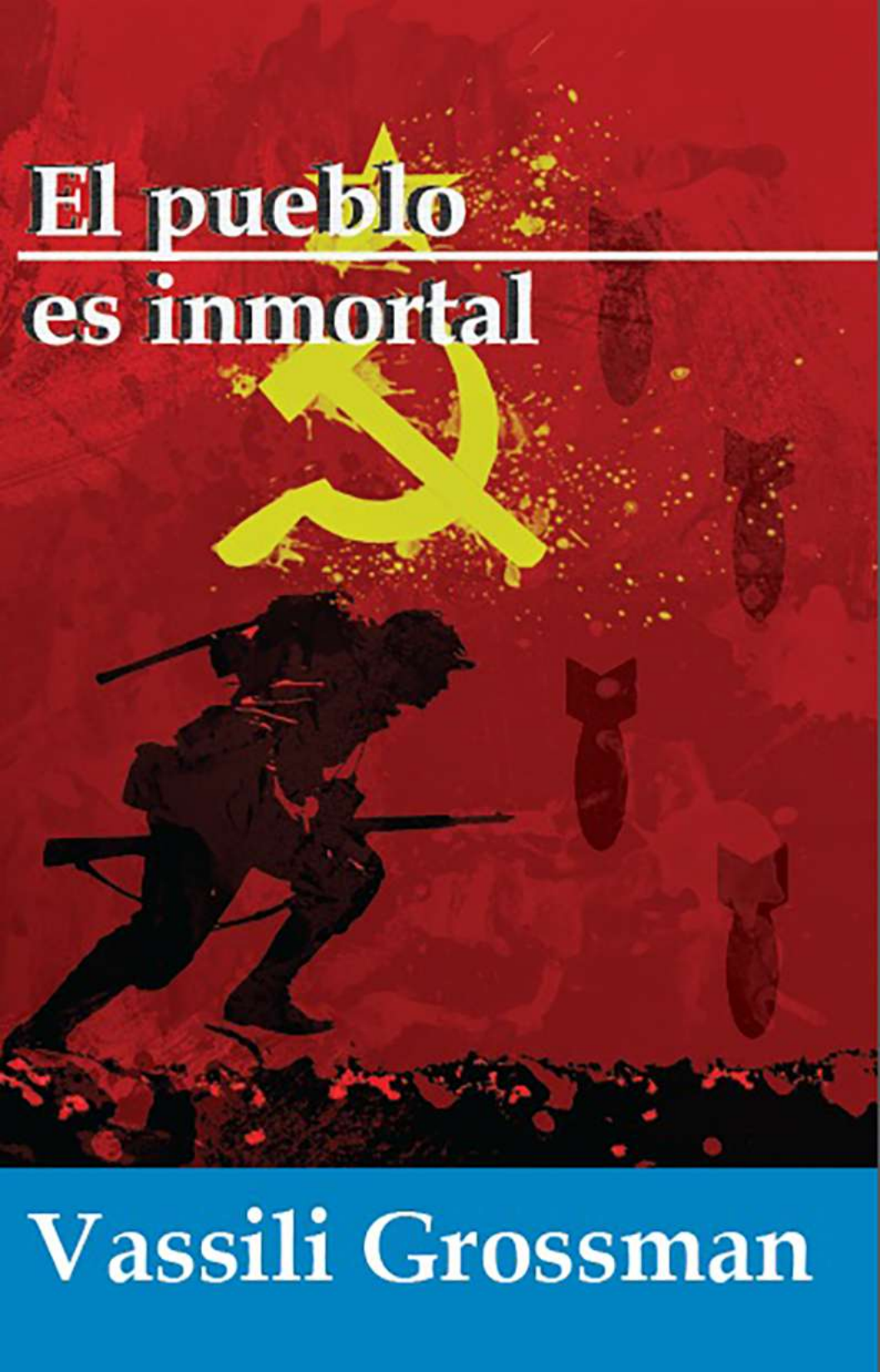


El pueblo es inmortal



Vassili Grossman

EL PUEBLO ES INMORTAL

VASSILI GROSSMAN

© Armando Bartra
Febrero 2015

Esta publicación es financiada con recursos de la RLS con fondos del BMZ y Para Leer en Libertad A.C.

www.rosalux.org.mx
brigadaparaleerenlibertad@gmail.com
www.brigadaparaleerenlibertad.com

Cuidado de la edición: Alicia Rodríguez y Jorge B. Fernández.
Diseño de interiores y portada: Daniela Campero.

Una tarde de verano de 1941 por el camino de Gómel marchaba la artillería pesada. Los cañones eran tan grandes que los soldados del cuerpo de tren, a pesar de haber visto ya muchas cosas en su vida, contemplaban con interés las enormes bocas de acero. El polvo llenaba el aire vespertino; las caras y los capotes de los artilleros eran grises, sus ojos estaban inflamados. Muy pocos iban a pie, la mayoría de ellos estaban sentados en los cañones. Uno de los combatientes bebía agua en su casco de acero, las gotas le resbalaban sobre la barbilla, resplandecían sus dientes humedecidos. Era como si el artillero sonriese; pero no sonreía. Su rostro estaba pensativo y fatigado.

— ¡Ai... re! —exclamó, de pronto, el teniente que encabezaba la marcha. Sobre el robledal, volaban rápidamente hacia el camino dos aviones. Los hombres observaban, alarmados, su vuelo y se decían unos a otros:

— ¡Son nuestros!

— No, son alemanes.

Y, como siempre en estos casos, se oyó una de las bromas habituales en el frente:

— ¡Son nuestros! ¿Dónde está mi casco?...

Los aviones pasaron cortando la carretera; y esto quería decir que eran soviéticos, porque los aparatos alemanes, generalmente, tan pronto como divisaban una columna seguían su rumbo, paralelamente al camino.

Remolques poderosos arrastraban los cañones por la calle aldeana, entre las casas pintadas de blanco, que rodeaban pequeñas vallas de madera; entre los huertos floridos, llenos de peonías rojas que llameaban bajo los rayos del sol poniente; entre las mujeres y los ancianos de barba blanca sentados junto a sus casas, los enormes cañones tenían un aspecto extraño y poco frecuente en esta marcha a través de la aldea apacible, que empezaba a sumirse en el crepúsculo vespertino.

Junto a un puentecillo que gemía bajo el peso desacomumbrado para él, un coche ligero aguardaba a que pasasen los cañones. El chofer, hecho por lo visto a tales esperas, contemplaba, sonriente, al soldado que bebía en el casco. Pero el comisario de batallón que estaba sentado a su derecha no hacía más que mirar hacia adelante para comprobar si ya se veía el final de la columna.

— Camarada Bogarev — dijo el chofer con acento ucraniano — ; vamos a tener que pernoctar aquí, porque la noche se aproxima.

El comisario movió negativamente la cabeza:

— Hemos de damos prisa. Me es imprescindible llegar al Estado Mayor.

— De todos modos, será imposible marchar de noche por estos caminos, y tendremos que dormir en el bosque — objetó el chofer.

El comisario se echó a reír.

— ¿Qué? ¿Tienes ganas de beberte unos vasos de leche?

— Naturalmente. Tomaríamos leche y comeríamos unas patatas fritas.

— ¡Tampoco nos vendría mal un trozo de pato! — dijo el comisario.

— ¿Por qué no? — contestó con alegre entusiasmo el chofer.

— Dentro de tres horas tenemos que estar en el Estado Mayor, por malos que sean los caminos y por oscuros que estén.

Poco después, el coche, seguido por una multitud de chiquillos rubios, reanudaba, a través del puente, su marcha.

— ¡Tío, tío! — gritaban —. Tome unos pepinos y unos tomates, tome unas peras — y arrojaban por las ventanillas abiertas del coche, pepinos y peras a medio madurar.

Bogarev saludó a los muchachos con la mano y notó que una honda emoción le oprimía el pecho. No podía, sino sentir simultáneamente alegría y amargura, ver el cariño con que los chicos campesinos acompañaban al Ejército Rojo en retirada.

Antes de la guerra, Sergio Alexandrovich Bogarev era profesor de marxismo en el Instituto de Enseñanza Superior de Moscú. Le atraía el trabajo de investigación y trataba de dedicar el menor tiempo posible a las lecciones: su mayor interés estaba en una obra que había comenzado dos años atrás. Cuando regresaba a su casa después de las tareas cotidianas, y se sentaba a la mesa para cenar, todavía sacaba de la cartera algún manuscrito y se ponía a leerlo, la mujer preguntaba si le parecía bien la comida o si los huevos necesitaban sal, y Bogarev respondía distraídamente cualquier cosa. Entonces ella — se enfadaba y se reía, mien-

tras que él le explicaba: “Sabes, Lisa, hoy he experimentado un verdadero placer: he leído unas cartas de Marx a Lafargue que aparecieron recientemente en un viejo archivo”. La mujer le escuchaba, apasionándose involuntariamente con todo lo que a él le apasionaba y le conmovía. Le quería, estaba orgullosa de él: sabía que sus camaradas le estimaban, que hablaban con entusiasmo de la cristalina pureza y la integridad de su carácter.

Y he aquí ahora a Sergio Bogarev en el puesto de jefe suplente de la sección de propaganda entre las fuerzas enemigas de la Dirección Política del frente. A veces recordaba las salas frías del archivo del Instituto, los manuscritos, la mesa llena de papeles, la lámpara de mesa bajo su pantalla verde, el chirrido de las ruedecillas de la escalera volante que la encargada de la biblioteca hacía correr a cada momento. Otras veces pasaban por su cerebro frases sueltas de la obra inconclusa, y entonces se ponía a reflexionar sobre las cuestiones que le agitaban tan vital y tan apasionadamente.

El coche corre por los caminos del frente. Nubes de polvo flotan sobre ellos: polvo oscuro, polvo de color ladrillo, amarillento, polvo fino de color gris que da a las caras una palidez de cadáver. Cientos de miles de botas de soldados rojos levantan este polvo; lo levantan las ruedas de los camiones, las orugas de los tanques, los remolques, las piezas de artillería, las pequeñas pezuñas de las ovejas, de los cerdos, las tropillas de caballos koljosianos, los numerosos rebaños de vacas, los tractores de los koljoses, los carros chirriantes donde van los evacuados, las alpargatas rústicas de los koljosianos y los zapatitos ligeros de las muchachas que

abandonan Bobruisk, Mosyr, Zhlobin, Shepetovka, Berdichey. Este polvo flota sobre Ucrania y sobre Bielorrusia, se levanta sobre la tierra soviética. Durante la noche, el cielo de agosto se enrojece con las cárdenas llamas de los pueblos incendiados. El trueno terrible de las bombas de aviación recorre los oscuros bosques de robles y de pinos, pasa por las temblorosas pobedas; las balas trazadoras, verdes y rojas, pespuntean el pesado terciopelo celeste; como blancas chispas se rompen los proyectiles antiaéreos, rugen monótonos entre las tenebrosas alturas los “Heinkels” cargados de bombas explosivas, igual que si el zumbido de sus motores dijese: “Ile-vo. Ile-vo”... Los viejos, los niños de las aldeas, de los caseríos despiden a los combatientes que se retiran y les dicen: “Bebed leche, queridos... Comed un poco de queso, tomad algunas tortas, hijos... Llevaos unos pepinos para la marcha”. Lloran, lloran los ojos de las ancianas, buscando entre los miles de rostros, graves, cansados, polvorientos, la cara del hijo propio. Y las viejas, tendiendo los pequeños hatillos blancos llenos de regalos, imploran: “Coge, coge; todos vosotros estáis en mi corazón como si fueseis hijos míos”.

Las hordas germanas venían del Oeste. Sus tanques traían pintados en las torretas calaveras sobre tibias cruzadas, dragones verdes y rojos, cabezas de lobos, colas de zorros, cabezas astadas de renos. Cada soldado además llevaba en sus bolsillos fotografías del país vencido, de la Varsovia destrozada, del Verdún cubierto de deshonor, del Belgrado en llamas, de las calles invadidas de Bruselas y Amsterdam, de Oslo y Narvik, de Atenas y Gdynia. La cartera de cada soldado alemán contenía retratos de muchachas y mujeres alemanas de cabellera ondulada en pijamas a rayas; cada

oficial llevaba consigo amuletos, talismanes —cachivaches de oro, collares, muñecos con ojos amarillos de cristal— y un manual militar ruso-germano, donde constaban las frases más usuales: “Manos arriba”, “Alto, no moverse”, “Dónde está su arma”, “Ríndase”. Cada soldado alemán se había aprendido de memoria: “Leche”, “Pan”, “Huevos”, y la palabra “Vamos, vamos”. Venían del Oeste.

Y decenas de millones de hombres salían a su encuentro desde el Oka cristalino y el ancho Volga, desde el Kama, severo y amarillo, desde el Irtysh espumoso, desde las estepas del Kazajstan, desde la cuenca del Donetz y desde Kerch, desde Astrakán, desde Voronezh. El pueblo se disponía a la defensa. Decenas de millones de brazos leales cavaban zanjas antitanques, trincheras, parapetos, vías de comunicación; los bosques tupidos enviaban silenciosos miles y miles de troncos a través de las carreteras y de los apacibles caminos vecinales; el alambre de espino rodeaba los patios de las fábricas; las calles y las plazas de las verdes y entrañables ciudades soviéticas se erizaban de vigas y de ejes de hierro contra los tanques.

En ocasiones Bogarev se maravillaba de la facilidad con que pudo cambiar de vida en el breve transcurso de unas horas: se alegraba de conservar su calma razonadora en todas las situaciones difíciles, de saber obrar rápida y resueltamente. Y, lo más importante, de ver que también aquí, en el frente, se conservaba él mismo tal como era, de ver que conservaba su mundo interior y que la gente le tenía confianza y respeto, porque calibraba su fuerza interna... Así mismo solía decirse: “No; no en vano me he dedicado a la filosofía marxista, la dialéctica me ha servido de buena instrucción

militar para esta guerra". A pesar de todo, no estaba satisfecho de su trabajo; le parecía que no mantenía suficiente contacto con los soldados rojos, que eran la palanca de la guerra, y sentía deseos de pasar de la Dirección Política a la actividad directa en el frente.

Frecuentemente tenía que tomar declaración a prisioneros alemanes, en su mayoría sargentos y suboficiales, y notaba que el sentimiento de odio al fascismo que le embargaba día y noche se convertía en asco y en desprecio durante los interrogatorios. En la mayoría de los casos, los prisioneros se comportaban como unos cobardes. Con rapidez y servilismo decían el número de la unidad a que pertenecían, el armamento con que contaba, pretendían que eran obreros, que simpatizaban con el comunismo, que en otras épocas habían estado en la cárcel por sus ideas revolucionarias, y todos, con una sola voz, decían: "Hitler kaput, kaput", aunque era evidente en absoluto que para su fuero interno estaban convencidos de todo lo contrario.

Sólo raras veces se encontraba con fascistas que, aún prisioneros, tenían el valor de declarar su adhesión a Hitler, su fe en la superioridad de la raza germana, llamada a esclavizar a los demás pueblos del mundo. Bogarev les interrogaba minuciosamente y llegaba a la certidumbre de que no habían leído nada, ni siquiera los folletos y las novelas fascistas, de que nunca habían oído hablar no ya de Goethe y Beethoven, sino ni siquiera de puntales del estado alemán como Bismarck de militares famosos como Moltke, como Federico II, como Schliffen. No conocían más que el nombre del secretario de la organización de barrio del partido nacional-socialista. Bolgarev estudiaba con atención las ór-

denes de los mandos alemanes y veía en ellas una extraordinaria capacidad de organización: metódica y organizada; los alemanes robaban, incendiaban, bombardeaban; sabían organizar la recogida de latas vacías de conserva en los vivaques militares, sabían elaborar de antemano todo el complejo movimiento de una enorme columna teniendo en cuenta miles de detalles y sabían cumplir con puntualidad, con exactitud matemática, hasta el último detalle. En su capacidad de obedecer mecánicamente, de marchar como muñecos inánimes, en el inmenso y complicado movimiento de masas de millones de soldados que encadenaba una disciplina feroz, había algo de bestial, algo impropio de la libre inteligencia humana. No era la cultura del raciocinio, sino la civilización de los instintos, algo así como la organización de los hormigueros y de los rebaños.

Durante todo el tiempo, Bogarev, entre el enorme montón de cartas y de documentos alemanes, había encontrado solamente dos cartas — una de alguna mujer joven dirigida a un soldado y otra, que su autor, también soldado, no había podido enviar a su casa — donde flotaban ideas privadas de automatismo, sentimientos libres de la obtusa bajeza filisteá, cartas llenas de vergüenza y de amargura por los crímenes que cometía el pueblo alemán. Una vez tuvo ocasión de interrogar a un oficial de cierta edad, antiguo profesor de literatura, y resultó también un hombre pensante que odiaba con sinceridad al hitlerismo.

— Hitler — le dijo — no es un creador de valores populares, es un saqueador. Se ha apoderado del amor al trabajo, de la cultura industrial del pueblo alemán, igual que un bandido ignaro puede robar un magnífico automóvil construido por un doctor en ciencias técnicas.

Jamás, jamás —pensaba Bogarev— logran vencer al país soviético. Por exactos que fuesen sus cálculos de las menudencias y de los detalles, por precisos que fuesen sus movimientos desde el punto de vista matemático, mayor era, sin embargo, su impotencia para la comprensión de lo principal y mayor, más desastrosa, sería la catástrofe que les aguardaba. Ellos planeaban el detalle y lo ínfimo; pero sólo pensaban en dos dimensiones. Las leyes del movimiento histórico en la guerra que habían iniciado no eran conocidas ni podían serlo por ellos, gente que se guiaba por sus instintos y por su bajo utilitarismo.

El coche corría entre el frescor de los bosques oscuros, sobre los puentecillos que atravesaban tortuosos riachuelos, por los valles envueltos en la neblina, junto a lagos apacibles que reflejaban el parpadeo de las estrellas desde el enorme cielo de agosto. El chofer dijo de repente en voz baja:

—Camarada comisario, ¿se acuerda usted del soldado que bebía agua en su casco, aquel que iba sentado sobre el cañón? No sé por qué se me ha ocurrido que debía ser mi hermano. Sólo ahora he comprendido por qué me llamó tanto la atención.

II

Antes de empezar la reunión del Consejo Militar, el comisario de división Cherednichenko paseó por el parque. Caminaba despacio, deteniéndose de vez en cuando para cargar de tabaco su corta pipa. Después de pasar junto al viejo palacio, que tenía una alta y oscura torre con un reloj parado, descendió hacia el estanque, sobre él se inclinaban las tupidas ramas verdes. El sol matinal iluminaba

ardientemente los blancos cisnes que nadaban en el estanque. Le parecía que los movimientos de los cisnes eran tan pausados y que sus cuellos estaban tan rígidos porque les costaba trabajo moverse en la densidad del agua verde oscura. Cherednichenko se detuvo y contempló, pensativo las blancas aves. La arena húmeda crujía bajo sus botas. Avenida adelante, por el lado de la sección de transmisiones, venía un comandante, ya maduro, de barba oscura y corta. Cherednichenko le conocía: prestaba sus servicios en la Sección de Operaciones y unas dos veces le había informado sobre la situación. Cuando llegó hasta el comisario, el comandante dijo en voz alta:

—Permítame, camarada miembro del Consejo Militar.

—Hable, hable —contestó Cherednichenko, observando que los cisnes, alarmados por la sonora voz del comandante, se retiraban hacia la orilla opuesta.

—Acabamos de recibir un parte del jefe de la 72 división especial.

—¿De Makárov?

—Sí, de Makárov. Datos muy importantes, camarada miembro del Consejo Militar: ayer, alrededor de las 23 horas, el enemigo emprendió un avance con grandes masas de tanques y de infantería motorizada. Los prisioneros han declarado que pertenecen a tres divisiones distintas del ejército de tanques de Guderán y que la dirección que se les dio es Uvecha-Novograd-Seversk.

El comandante echó también una mirada a los cisnes y continuó:

—Según manifiestan los prisioneros, las divisiones de tanques no tienen la dotación completa.

— Está bien — dijo Cherednichenko —: lo he sabido esta noche.

El comandante miró atentamente el rostro rugoso del comisario, sus ojos grandes y alargados. Tenía las pupilas mucho más claras que la oscura tez del rostro, que conocía los vientos y los hielos de la campaña ruso-germana de 1914 y las marchas por la estepa durante la guerra civil. La cara del comisario parecía tranquila y pensativa.

— Permítame retirarme, camarada comisario — dijo el comandante.

— Deme antes el último parte del sector central.

— El parte de operaciones de las 4.00.

— ¡Ah, ya ha salido el cero, cero! — dijo Cherednichenko —. Pero a lo mejor, es de las tres cincuenta y siete minutos...

— Puede ser, camarada miembro del Consejo Militar — sonrió el comandante —. El parte no dice nada de particular. En los sectores restantes, el enemigo no ha revelado actividad alguna. Únicamente al oeste ha ocupado la aldea Marchijina Buda, perdiendo en la operación cerca de batallón y medio.

— ¿Qué aldea? — preguntó Cherednichenko y se volvió hacia el comandante.

— Marchijina Buda, camarada miembro del Consejo Militar,

— ¿Es exacto? — preguntó con un acento serio el comisario.

— Absolutamente exacto.

El comandante quedó en suspenso unos segundos y sonriendo agregó como si se disculpaba:

—Bonitos cisnes, camarada miembro del Consejo Militar. El príncipe Paskevich de Eriván, los criaba igual que nosotros criábamos los patos en nuestra aldea. Ayer fueron muertos dos durante el bombardeo; sólo queda la cría.

Cherednichenko volvió a encender la pipa y echó una bocanada de humo.

—¿Me permite retirarme?

Cherednichenko asintió con la cabeza. El comandante dio un taconazo y se dirigió al Estado Mayor, pasando cerca de un viejo arce donde estaba apoyado el oficial de enlace de Cherednichenko. El comisario siguió contemplando largo rato los cisnes y las brillantes manchas de luz que se extendían sobre la verde superficie del estanque. Después dijo con una voz opaca, algo ronca:

¿Qué habrá sido de mamá y de Lionia? ¿Nos volveremos a ver algún día? —y empezó a toser fuertemente.

Cuando con su pesado andar de costumbre, emprendió el regreso hacia el palacio, el oficial de enlace que estaba aguardándole le preguntó: ¿Camarada comisario: ¿me permite usted que envíe el coche para recoger a su madre y su hijo?

—No —pronunció rápidamente Cherednichenko, y, reparó en el gesto sorprendido del oficial de enlace, añadió: Marchijina Buda ha sido ocupada esta noche por los alemanes.

El Consejo se reunía en la sala de los arcos. Pesados cortinajes enmarcaban los altos y estrechos ventanales. En la semioscuridad el mantel rojo de flecos que cubría la mesa parecía negro. Unos quince minutos antes de la reunión, el secretario de guardia cruzó silenciosamente por la alfombra y preguntó en voz baja al oficial de enlace:

—Mursijin, ¿han traído las manzanas para el jefe?

El oficial contestó con su hablar apresurado:

—He ordenado que las traigan como siempre, y también “Narsán” y los cigarrillos marca “Palmira del Norte”. Ahí lo traen todo.

En la sala entró un soldado con una bandeja donde había manzanas verdes y varias botellas de “Narsán”.

—Déjelo sobre aquella mesita —dijo el secretario.

—Como siempre, camarada comisario de batallón —contestó el soldado con acento ucraniano.

Pocos minutos más tarde entró en la sala el jefe del Estado Mayor: un general de rostro adusto y fatigado. Tras él llegó un coronel, el jefe de la Sección de Operaciones, con un rollo de mapas en la mano. El coronel era alto, delgado, de cara rojiza y el general, por el contrario, pálido y grueso pero, sin saberse por qué, se parecían el uno al otro. El general preguntó al oficial de enlace que se había cuadrado:

—¿Dónde está el jefe?

—Hablando por hilo directo, camarada general mayor.

—¿Hay enlace?

—Hace unos veinte minutos que fue restablecido.

—Ya ve usted, Piotr Efímovich —dijo el jefe del Estado Mayor—; en cambio su tan alabado Stemejel ha prometido restablecerlo solamente para mediodía.

—¡Tanto mejor, Ilya Ivanovich! —respondió el coronel y, con el amable respeto de un subalterno, añadió—: ¿Cuándo va usted a dormir? Van ya tres noches en claro.

—¿Sabe usted? La situación no es como para pensar en dormir —dijo el jefe del Estado Mayor, y acercándose a la

mesita, tomó una manzana. El coronel, después de extender un mapa sobre la gran mesa, le imitó. El oficial de enlace, que seguía cuadrado, y el secretario, que se hallaba cerca de la estantería, se miraron con una sonrisa.

—He aquí —dijo el jefe del Estado Mayor, inclinándose sobre el mapa y mirando la gruesa flecha azul con que se señalaba la dirección del movimiento de la columna alemana de tanques hacia la profundidad de un semicírculo rojo que era la línea defensiva soviética. Con ojos semicerrados, contempló el mapa, después mordió la manzana y, frunciendo la cara, dijo:

—¡Demonios, qué terriblemente agria!

El coronel mordió también su manzana y se apresuró a decir:

—Sí; puro vinagre... —y dirigiéndose al oficial de enlace, preguntó con severidad:

—¿Acaso no ha sido posible obtener mejores manzanas para el Consejo Militar? ¡Qué escándalo!

El jefe del Estado Mayor se echó a reír:

—Sobre gustos no hay nada escrito, Piotr Efímovich. Estas manzanas son un encargo especial del jefe. A él le gustan agrias.

Se reclinaron sobre la mesa y empezaron a hablar en voz baja entre sí. El coronel decía: “La amenaza sobre la principal línea de comunicación descifra claramente el objetivo del movimiento. Vea usted mismo: es el envolvimiento del flanco izquierdo”.

¡Qué va a ser envolvimiento! —opuso el general—. No es más que una amenaza de envolvimiento en potencia—. Dejaron las manzanas mordidas sobre la mesa y los

dos se enderezaron al mismo tiempo: en la sala había entrado el general Eremin, jefe supremo del frente: un hombre alto, enjuto, con el pelo corto y canoso. Entró taconeando fuertemente: no iba por la alfombra, como todos, sino por el crujiente y lustroso entarimado.

—¡Salud camaradas, salud! —dijo, y, dirigiéndose al jefe del Estado Mayor, le preguntó—: ¿Por qué tiene usted un aspecto tan cansado, Ilya Ivanovich?

—El jefe del Estado Mayor, que generalmente se dirigía a Eremin por su nombre completo —Víctor Andreievich—, ahora, antes de la importante reunión del Consejo Militar, contestó en voz alta:

—Me siento perfectamente bien, camarada teniente general —y añadió—: ¿Me permite usted que informe sobre la situación?

—Bueno. Ahí viene también el comisario —dijo el jefe.

En la sala había entrado Cherednichenko. Saludó calladamente y se sentó en el borde de una silla junto a una punta de la mesa.

—Un minuto —habló el jefe abriendo una ventana y dijo severamente al secretario—: He pedido que se abran las ventanas.

La situación, sobre la cual informaba el jefe del Estado Mayor no era buena. Se trataba del período de la guerra en que las cuñas del ejército germano fascista irrumpían en los flancos de las unidades soviéticas y las amenazaban con cercarlas. Nuestras unidades tenían que retirarse a nuevas posiciones. Se combatía encarnizadamente por cada paso, por cada cota. Pero el enemigo arreciaba en su ofensiva, mientras que las fuerzas soviéticas seguían yendo hacia

atrás. La propaganda fascista cantaba victoria. Grandes titulares en letras rojas encabezaban los artículos del “Volkischer Beobachter”; en los clubes fascistas se pronunciaban alegres discursos.

La situación, según el jefe del Estado Mayor, era difícil. Y tanto él como su ayudante el coronel, y el secretario, y el Jefe del frente, y el comisario, todos veían la flecha azul que apuntaba al cuerpo del país soviético y se clavaba en él. El jefe del frente sabía más que nadie sobre las divisiones y los regimientos de reserva, sobre las unidades que se hallaban en la retaguardia distante y que venían hacia el Oeste; intuía a la perfección dónde habrían de entablarse las batallas, sentía físicamente cada relieve del terreno, la fragilidad de los pontones tendidos por los alemanes, la profundidad de los impetuosos ríos, la consistencia de los pantanos, donde se enfrentaría con los tanques alemanes. Para él, la guerra no era un simple juego sobre los cuadrantes del mapa. El luchaba sobre la tierra rusa, sobre la tierra con bosques vírgenes, con neblinas mañaneras, con luz incierta de crepúsculos, con campos de cáñamo tupido, con altos trigales, con almiarés, con graneros, con aldeítas en las orillas escarpadas de los ríos, con barrancos tapizados de arbustos. El conocía la extensión de las carreteras que atravesaban los pueblos y los tortuosos caminos vecinales; sentía el polvo, el viento, la lluvia, las pequeñas estaciones ferroviarias voladas, las vías destruidas en los virajes. Y la flecha azul no le infundía temor ni le inquietaba. Era un general sereno, que amaba y conocía su tierra, que conocía y amaba la lucha. Quería solamente una cosa: avanzar. Pero se replegaba, y éste era su tormento.

El jefe del Estado Mayor, un profesor de academia, poseía todas las virtudes del militar docto que conoce los métodos tácticos y las decisiones estratégicas. Estaba dotado de una rica experiencia y le gustaba hallar parecidos y desemejanzas entre las operaciones que realizaban los ejércitos en el frente y las batallas del siglo XX y el XIX. Hombre de viva inteligencia, no se inclinaba ante ningún dogma. Apreciaba altamente la capacidad de maniobra del mando alemán, la movilidad de la infantería fascista, la destreza de sus fuerzas aéreas para apoyar y operar en coordinación con las tropas de tierra. Una noche soñó que estaba examinando en su despacho del Estado Mayor a Gamelin y le reprendía por no entender las peculiaridades de la guerra de maniobras. Le apenaba la retirada de las fuerzas soviéticas y sentía que la flecha azul estaba dirigida contra su propio corazón de militar ruso.

El jefe de la Sección de Operaciones del Estado Mayor pensaba con las medidas de la topografía militar. Para él, lo único real eran los cuadrantes del mapa; recordaba siempre con exactitud absoluta cuantos mapas habían sido cambiados en su mesa, qué líneas estaban trazadas con lápiz azul y cuáles con lápiz rojo. Le parecía que la guerra se desarrollaba sobre los mapas, que la sostenían los Estados Mayores. Para él, las flechas que indicaban el avance de las columnas motorizadas alemanas contra los flancos soviéticos se movían obedeciendo a las leyes matemáticas de las escalas y las velocidades. En este movimiento no veía otras leyes que las geométricas.

El hombre más sereno era el callado comisario de división, Cherednichenko. Le llamaban el “soldado Ku-

tusov", En las horas más rudas del combate, junto a este hombre parsimonioso, lento, de rostro concentrado y un poco triste, se creaba una atmósfera de extraordinaria serenidad. Sus escuetas e irónicas respuestas, sus palabras punzantes y, en ocasiones, rotundas eran luego difundidas y recordadas. Todos conocían bien su ancha y recia figura; le gustaba pasear lentamente, fumando su pipa, cavilando, o estar sentado en un banco, pensativo, con el ceño un poco fruncido, y cada jefe, cada soldado se alegraba, se sentía más animado cuando veía a este hombre de pómulos un poco salientes, de ojos entornados y entrecejo fruncido, siempre con la pipa en la boca.

Mientras informó el jefe del Estado Mayor, Cherednichenko estuvo sentado con la cabeza baja, y no fue posible saber si atendía o si pensaba. Sólo una vez se levantó, se acercó al jefe del Estado Mayor y miró el mapa.

Después del informe, el jefe del Ejército comenzó a hacer preguntas al general y al coronel. De vez en cuando miraba al comisario, suponiendo que intervendría en la discusión. A cada rato, el coronel extraía del bolsillo de la guerrera su estilográfica y probaba la pluma sobre la palma de la mano. Luego la guardaba; pero un segundo más tarde volvía a sacarla y probaba otra vez el filo de la pluma. Cherednichenko seguía sus ademanes. El jefe del frente se paseaba por la sala; bajo sus recias pisadas crujía el entarimado. La cara de Eremin se había ensombrecido: el movimiento de los tanques alemanes tendía a envolver el flanco izquierdo de uno de sus ejércitos.

—Escucha, Víctor Andreievich —dijo, inesperadamente, el comisario de división—: tú te acostumbraste de

pequeño a las manzanas verdes porque así las arrancabas en las huertas vecinas, y hoy sigues fiel a esa costumbre; pero la gente está sufriendo por ti.

Todos miraron las manzanas mordidas que había sobre la mesa y se echaron a reír.

—Realmente, no hay por qué traer sólo manzanas verdes —respondió Eremin.

—Así se hará, camarada teniente general —dijo, sonriente, el secretario.

—¿Qué es lo que hay ahí? —pronunció Cherednichenko y, acercándose al mapa, interrogó al jefe del Estado Mayor—: ¿Ahí es dónde pensáis deteneros y fortificaros?

—Sí, camarada comisario. Víctor Andreievich supone que aquí podremos emplear activamente con más eficacia nuestros medios de resistencia.

—Eso es cierto —dijo Eremin—; el jefe del Estado Mayor propone que, para el mayor éxito de la maniobra, emprendamos un contraataque en el sector de Marchijina Buda y recuperemos esta aldea. ¿Qué piensas tú, comisario?

—¿Recuperar Marchijina Buda? —preguntó por su parte Cherednichenko, y, en el tono de su voz, había algo que obligó a todos a volver la mirada hacia él. El comisario comenzó a chupar su pipa, que se estaba apagando, lanzó una bocanada de humo, trató de disiparlo con la mano, y, durante un buen rato, estuvo mirando el mapa.

—No. Yo estoy en contra —dijo después y, apuntando con la boquilla de la pipa hacia el mapa, explicó por qué estaba en contra, por qué no consideraba útil la operación.

El jefe del frente dictó una orden sobre el reforzamiento de las unidades del flanco izquierdo y sobre la reor-

ganización del grupo de ejército de Samarin. Dispuso también que fuese puesta en movimiento contra los tanques una unidad de infantería que tenía en reserva.

— ¡Ah, qué buen comisario voy a mandarles! — dijo Cherednichenko y firmó la orden después del jefe.

En este momento tronó el estallido de una bomba e, inmediatamente después, otro. Se oyeron los rítmicos disparos de los cañones antiaéreos de pequeño calibre y el suave y quejumbroso zumbido de los motores de los bombarderos alemanes. Ninguno volvió la cabeza hacia las ventanas. Únicamente el jefe del Estado Mayor dijo, enfadado, al coronel:

— Dentro de dos minutos se dará la alarma en la ciudad.

El comisario de división pidió al secretario:

— Camarada Orlovski, llame a Bogarev.

— Está aquí, camarada comisario de división; pensaba decírselo a usted cuando acabase la reunión.

— Bien — respondió el comisario, y, al salir, preguntó a Eremin —: ¿De acuerdo, pues, en lo que se refiere a las manzanas?

— Sí, sí, comisario; de acuerdo. Habrá manzanas de todas clases.

— ¡Así me gusta! — dijo Cherednichenko y se dirigió a la puerta, acompañado por el general y el coronel sonrientes. Ya en el umbral, le dijo, de paso, al coronel:

— Usted, coronel, ha estado dándole vueltas inútilmente a la estilográfica; ¿para qué echarla a perder? ¿Acaso se puede dudar un instante? ¡No se puede, no se puede! Le derrotaremos al alemán.

A Orlovski, el secretario del Consejo Militar, que se consideraba un buen conocedor en las relaciones entre los

hombres, le había parecido siempre extraño el sentimiento que el comisario de división profesaba hacia Bogarev. El comisario, un antiguo militar que tenía cerca de veinte años de servicio en el ejército, trataba siempre con cierto escepticismo a los jefes y comisarios de la escala de reserva. Bogarev era una excepción.

Hablando con Bogarev, el comisario cambiaba literalmente: abandonaba su mutismo habitual y una vez se estuvo charlando con él en su despacho hasta la madrugada. Orlovski no podía creerlo: el comisario hablaba calurosamente, hacía preguntas, escuchaba, volvía a hablar. Cuando el secretario entró en el despacho, los dos hombres estaban acalorados; parecía, no que hubiesen disputado, pero sí que habían mantenido un diálogo muy importante para ambos.

Ahora, al salir de la reunión, el comisario de división no sonrió, como de costumbre, al ver a Bogarev, que se había cuadrado, sino que se acercó a él con una expresión seria y dijo en un tono de voz como no le había oído nunca el secretario, ni siquiera en los momentos más solemnes:

—Camarada Bogarev, queda nombrado usted comisario militar de una unidad de infantería a la que el mando ha asignado una tarea de suma importancia.

Bogarev respondió:

—Agradezco la confianza.

III

Antes de la guerra, Simón Ignatiev, soldado de la primera compañía de infantería un muchacho alto y vigoroso vivía en un koljós de la región de Tula. El aviso de movilización le

llegó de noche, cuando dormía en el henil. Ignatiev gustaba de recordar con sus camaradas:

—¡Oh, qué despedida me hicieron! Tres hermanos míos, que trabajan en la fábrica de ametralladoras de Tula, llegaron de noche con sus mujeres, vino también el primer mecánico de la fábrica, bebimos mucho vino, cantamos.

Ahora, todo esto le parecía alegre y hasta solemne pero en aquel momento de la despedida a Ignatiev le era difícil mirar a la madre llorosa y al padre, que presumía de fortaleza.

—Mira, Senka —decía el padre— he aquí mis dos “jorges” de plata; tenía otros dos de oro, pero los di para el empréstito de la libertad. Toma ejemplo de tu padre-zapador, que hizo volar un puente con todo un regimiento alemán encima.

Y, aunque el viejo quería demostrar entereza, se veía que de buena gana se hubiera echado a llorar con las mujeres. Simón era el predilecto de sus cinco hijos, el más alegre y cariñoso de todos ellos.

Simón tenía la intención de casarse con la hija del presidente del koljós, Marusia Pesochina. La muchacha estudiaba en la ciudad de Odoev en unos cursos de contables. y para el primero de julio, debía regresar a su casa. Sus amigas, especialmente su madre, le avisaban: Senka Ignatiev les parecía un muchacho demasiado alegre, demasiado superficial. Amigo de cantar, de bailar, de beber, de divertirse, pensaban que no podría querer seriamente a una muchacha y serle fiel durante largo tiempo. Pero Marusia contestaba a las amigas:

—Sea como sea, a mí me es igual, chicas; le quiero tanto que apenas le miro se me enfrían las manos y los pies y hasta siento miedo.

Cuando estalló la guerra, Marusia pidió permiso por dos días, y en una sola noche anduvo treinta kilómetros para ver a su novio. Llegó a casa cuando amanecía y se enteró de que los movilizados habían sido llevados la víspera a la estación del ferrocarril. Entonces, sin descansar, anduvo otros dieciocho kilómetros hasta la estación ferroviaria donde estaba el punto de concentración. Allí le dijeron que el tren donde iban los muchachos se había marchado ya; pero se negaron a indicarle el destino:

—Es un secreto militar —le dijo, presumiendo de jefe, un teniente.

Marusia se desalentó, y apenas pudo llegar hasta la casa de una conocida suya que trabajaba como cajera en la estación. Por la tarde, llegó su padre y la llevó a casa.

Simón Ignatiev se hizo inmediatamente famoso en la compañía. Todos conocían a este robusto, alegre e infatigable muchacho. Era un excelente trabajador: cualquier herramienta, en sus manos, parecía un juguete. Y poseía, además, el don magnífico de trabajar con tanta facilidad, con tanto ardor, que cualquiera que estuviese viéndolo aunque no fuera más que un momento se sentía invadido en el acto por el deseo de coger el hacha, la sierra, la pala y ponerse a trabajar tan fácilmente, tan excelentemente como Simón Ignatiev. Tenía buena voz; conocía muchas canciones del tiempo antiguo, que le enseñó la Bogachija. La Bogachija era una vieja misántropa; no quería ver a nadie en su casa, durante meses enteros no cambiaba una sola palabra con nadie. Incluso cuando tenía que sacar agua del pozo iba de noche para no encontrarse con las mujeres de la aldea, que la aburrían haciéndole preguntas. Por eso, todos se extrañaron

cuando exceptuó a Ignatiev y empezó a contarle cuentos, a enseñarle las canciones que conocía. Durante algún tiempo, Ignatiev trabajó con sus hermanos mayores en la famosa fábrica de Tula. Pero pronto se fue de allí y regresó a la aldea.

—No puedo vivir más que al aire libre —decía—; para mí, caminar por mi tierra natal es como el pan y como el agua; pero en Tula todas las calles están empedradas...

Con frecuencia se iba por los campos del contorno, por el bosque, hacia el río. Llevaba a veces, una caña de pescar o un rifle; pero, más que nada para cubrir las apariencias, para que la gente no se riese de él. Le gustaba caminar rápidamente; después se detenía, escuchaba el canto de algún pájaro, luego sacudía la cabeza, suspiraba y seguía adelante. Otras veces escalaba una alta colina cubierta de nogales, que había junto a la orilla del río y allí se estaba cantando. En aquellos momentos sus ojos brillaban alegres como los de un borracho. Se había ganado fama de hombre raro en la aldea y fatalmente hubieran acabado riéndose de él por estos paseos con el rifle si no le estimasen demasiado por su fuerza, por su magnífica disposición para trabajar en no importaba qué momento, por la destreza con que cumplía cualquier tarea que se le encomendara. Podía gastarle a uno alguna broma pesada, aunque divertida; podía beber mucho sin llegar a embriagarse, contar episodios entretenidos; jamás regateaba el tabaco para sus interlocutores. En la compañía se ganó inmediatamente la estimación de todos, e incluso el adusto sargento Mordvinov solía decirle no se sabía si como reproche o como admiración: "Tú, Ignatiev, tienes un alma rusa".

Intimó, sobre todo, con dos muchachos: con el mecánico moscovita Sedoy y con Rodimtsev, koljosiano de Riazán,

un hombre moreno y fuerte de treinta y cinco años. Rodimtsev había dejado en su casa a la mujer con cuatro hijos.

En los últimos tiempos su unidad estaba de reserva en las afueras de la pequeña urbe. Algunos combatientes se habían instalado en las casas vacías, que abundaban en la ciudad, porque de sus ciento cuarenta mil vecinos más de cien mil se habían marchado al interior del país. Fueron evacuados de la ciudad la fábrica de maquinaria agrícola, los talleres ferroviarios y la gran fábrica de cerillas. Tenían un aspecto triste las silenciosas naves de las fábricas, las chimeneas apagadas, las calles desiertas del barrio obrero, los quioscos azules, donde hasta hace poco aún se vendían helados. En uno de estos quioscos solía refugiarse contra la lluvia el soldado regulador del tráfico con su haz de banderines de colores. En las ventanas de las casas abandonadas por sus dueños, había plantas marchitas. Bajo las ramas de los árboles, todo a lo largo de las calles, se estacionaban ocultándose de la aviación, los camiones que iban y venían del frente; por las plazas, donde antes jugaban los chicos con la arena dorada, corrían verdes y amarillos, los carros blindados. Sus bocinas agudas y penetrantes, sonaban como las voces de las aves de rapiña. Los arrabales de la ciudad habían sufrido mucho a consecuencia de los bombardeos aéreos. Todos los que se aproximaban a la ciudad podían ver un depósito reducido a ceniza con un gran letrero negro de humo que decía: "Peligro de incendio".

En la ciudad seguían funcionando los restaurantes, una pequeña fábrica de bebidas sin alcohol y las peluquerías. A veces, después de la lluvia brillaba el rocío sobre las hojas, los rayos del sol se reflejaban alegremente en los charcos, el

aire se hacía suave y puro. Por unos instantes la gente pensaba que no existía la terrible amargura que se cernía sobre todo el país, que el enemigo no se hallaba a cincuenta kilómetros de sus hogares. Las muchachas cambiaban miradas con los soldados rojos, los viejos se sentaban en los bancos de las plazoletas, los niños jugaban con la arena preparada para apagar las bombas incendiarias.

Ignatiev se sentía a gusto en esta verde ciudad semidesierta. El no compartía la profunda pesadumbre que embargaba a todos los vecinos que habían quedado en ella. No reparaba en los ojos llorosos de los ancianos, que miraban con ansiedad a cada uno de los militares que les salían al paso. No oía como gemían sordamente las viejas; ignoraba que durante la noche cientos de ancianos no dormían porque se estaban pegados a las ventanas, escrutando la obscuridad con sus ojos enrojecidos por el llanto. Sus labios pálidos mascullaban rezos; se acercaban a sus hijos, sumidos en un sueño, con sollozos que interrumpían las lágrimas o los gritos de terror; calmaban a los nietos, que se despertaban asustados y otra vez iban a la ventana, tratando de adivinar hacia qué dirección marchaban los coches en la profunda tiniebla.

Serían las diez de la noche cuando se dio la señal. A oscuras los choferes ponían en marcha los motores. Algunos vecinos que habían salido a la puerta de su casa contemplaban en silencio los preparativos de los soldados rojos. Una viejecita judía, que parecía una chica delgada, con la cabeza y los hombros envueltos en un chal de abrigo, preguntó a los soldados:

—Camaradas, qué nos recomendáis: ¿irnos o quedamos?

—¿Adónde vas a ir, abuela? —la interrogó el alegre Zhaveliev—. ¡Con tus noventa años no llegarás muy lejos a pie! La vieja movió tristemente la cabeza asintiendo a las palabras de Zhaveliev. Estaba cerca de un camión, alumbrada por la luz azul de sus faros. Con el extremo del chal la anciana limpió cuidadosamente, como si se tratara de la vajilla que se usa en Pascuas, una aleta del camión, que tenía adheridas algunas partículas de barro. Ignatiev observó el gesto de la viejecilla y sintió que una piedad espontánea invadía su corazón juvenil. La abuela, igual que si hubiera adivinado el sentimiento de Ignatiev, rompió a llorar:

—¿Qué hacer, qué hacer? ¿Es que os vais, camaradas?

El estrépito de los motores ahogó su hilo de voz, pero ella, sin que nadie la oyese siguió bisbiseando:

—Mi marido yace parálítico, mis tres hijos están en el frente; él último se incorporó ayer a la milicia popular, las nueras se han ido con sus fábricas, ¿qué hacer, pues camaradas?; ¿cómo marcharme, cómo?...

Un teniente, que salió al patio, llamó a Ignatiev y le dijo:

—Ignatiev: tres hombres se quedan hasta el amanecer para acompañar al comisario. Usted es uno de ellos.

—A sus órdenes, mi teniente: tres hombres se quedan para acompañar al comisario —repitió, satisfecho, Ignatiev.

Ignatiev quería pasar esta noche en la ciudad. Le había gustado la joven refugiada Vera, una muchacha que trabajaba en los servicios de limpieza del periódico local. Después de las 11 de la noche volvía de sus tareas, e Ignatiev, generalmente, la esperaba a esa hora en el patio. La mucha-

cha era alta, de ojos negros, abundante de pecho. A Ignatiev le encantaba quedarse con ella en el banco. Se sentaba a su lado, y la muchacha, entre suspiros, le contaba con su melodiosa voz ucraniana cómo vivía en Proskurov antes de la guerra, como había huido una noche de los alemanes a pie, con la ropa puesta y un poco de pan tostado; le contaba que había dejado en casa a sus padres y a un hermanito menor, que los alemanes bombardearon terriblemente el puente sobre el Sozh, cuando ella pasaba sobre él con toda una columna de refugiados. Todas sus conversaciones giraban en torno a la guerra, a los que cayeron en el camino, a los niños muertos, a las aldeas en llamas. En sus ojos negros flotaba constantemente una expresión de melancolía. Cuando Ignatiev quería abrazarla, le apartaba su mano y le decía:

—¿Para qué? Mañana tú te irás hacia un lado y yo hacia otro; tú no te acordarás de mí y yo te olvidaré.

—¿Y qué tiene que ver eso? —contestaba él—; a lo mejor, no te olvido.

—Claro que te olvidarás. Si me hubieras conocido antes, sabrías cuantas canciones sé cantar; ahora tengo dolorido el corazón. Y ella seguía apartando su mano. A pesar de todo, a Ignatiev le agradaba estar sentado con ella porque esperaba que, al fin y al cabo, reflexionaría y no le negaría su amor. De Marusia Pasochina se acordaba ahora muy de tarde en tarde. Le parecía que, estando en la guerra, el hombre no cometía ningún pecado si cortejaba de buena voluntad a una muchacha guapa. Cuando Vera le contaba sus cosas, Ignatiev atendía vagamente: todo el tiempo se lo pasaba mirando sus cejas oscuras y sus ojos negros, aspirando el perfume de su piel.

Los camiones, uno tras otro, salían a la calle, hacia la carretera de Chernigov. Durante largo tiempo estuvieron pasando cerca del banco donde se hallaba sentado Ignatiev. Y, de pronto, todo se hizo otra vez silencioso, oscuro, quieto; únicamente en las ventanas se veían las barbas núbilas de los viejos y el pelo canoso de las ancianitas.

El cielo, totalmente en calma, estaba estrellado. Sólo de vez en cuando brillaba alguna estrella que caía, y los militares pensaban que era una estrella abatida por un avión de guerra. Ignatiev aguardó a Vera, y la convenció de que se quedase un poco con él, en el banco.

— Estoy muy cansada —dijo la muchacha.

— Quédate un poquito —pidió él—. ¿No ves que mañana me voy?

Ella, entonces, se sentó a su lado. A pesar de la oscuridad, Ignatiev le miraba a la cara: le parecía tan bonita y tan deseable, que el soldado no hacía más que suspirar y suspirar. En realidad, la muchacha era muy hermosa.

IV

Bogarev se hallaba sentado, pensativo, junto a la mesa. Su entrevista con el jefe del regimiento, el Héroe de la Unión Soviética Mertsalov, le había producido desagradable impresión. El jefe le había tratado deferentemente, había estado atento con él; pero a Bogarev no le gustó su excesiva seguridad en sí mismo.

Bogarev se paseó por la habitación y llamó a la puerta del dueño de la casa:

— ¿No duerme usted todavía? —preguntó.

—Entre, entre, por favor —contestó rápidamente una voz de viejo.

El dueño de la casa era un antiguo abogado pensionista. Bogarev había conversado con él dos o tres veces. El viejo ocupaba una habitación grande, llena de estanterías y de montones de revistas atrasadas.

—Vengo a despedirme de usted, Alexei Alexeievich —dijo Bogarev. —Mañana, por la mañana, me voy.

—¡Qué lástima! —pronunció el viejo—; lo lamento con toda el alma. En estos días azarosos el destino me había obsequiado con un interlocutor como soñé durante largos años. Durante todo lo que me quede de vida recordaré con gratitud nuestras conversaciones de las tardes.

—Gracias —dijo Bogarev—; acepte un regalo de mi parte: un paquete de té chino. Sé que usted es aficionado a este brebaje.

Estrechó la mano de Alexei Alexeievich y volvió a su cuarto. Durante el corto tiempo de la guerra había logrado leer una decena de libros sobre temas militares: obras especiales que sintetizaban la experiencia de las grandes guerras del pasado. Leer era para él una función tan imprescindible como comer y beber.

Pero esta noche Bogarev no se dedicó a la lectura. Quería escribir algunas cartas: a su mujer, a su madre, a sus amigos. Mañana empezaba otra etapa en su vida y no sabía si en las próximas jornadas podría escribir a su gente.

“Querida mía comenzó a escribir—; por fin, he sido designado para el puesto con que soñaba, ¿te acuerdas?, y del que te hablé antes de irme...”

Se quedó pensativo y volvió a leer las primeras líneas de su carta. Naturalmente, la mujer se alarmaría al saber que

le habían designado para el puesto con que él soñaba tanto. Ella no podría conciliar el sueño aquella noche. ¿Era preciso escribirle sobre esto?

Se entreabrió la puerta, y en el umbral apareció el sargento.

—¿Me permite, camarada comisario? —dijo.

—Sí; ¿de qué se trata?

—Ha quedado la camioneta, camarada comisario, y tres soldados. ¿Cuáles son sus órdenes?

—Saldremos mañana a las ocho. Como el coche ligero está en reparación, iré en la camioneta. Hacia el anochecer alcanzaremos al regimiento. Ahora bien: no deje usted irse a nadie; duerman todos ustedes en el mismo sitio. Revise usted personalmente el coche.

—Así se hará, camarada comisario.

El sargento, por las trazas, quería decir algo más, Bogarev le miró interrogativamente.

—Camarada comisario, los reflectores están humeando en el cielo; me parece que vamos a tener pronto alarma.

El sargento salió y llamó a media voz:

—¡Ignatiev!

—Aquí estoy —respondió, disgustado, Ignatiev, y se acercó al sargento.

—No te muevas de aquí.

—Si no me voy del patio ni por un instante —respondió Ignatiev.

—Yo no sé si te vas por un instante o por dos; pero la orden del comisario es ésta: no moverse de aquí.

—A sus órdenes, camarada sargento: no moverse de aquí.

—Otra cosa: ¿cómo está el coche?

—Ya se sabe, en orden.

El sargento miró el cielo brillante, las casas en la penumbra y, bostezando, dijo:

—Oye, Ignatiev, si ocurre algo, despiértame.

—A sus órdenes, sargento: despertarle si ocurre algo —respondió Ignatiev, mientras pensaba—. “¡Qué pesado es el sargento! ¿porqué no va a dormir?” Volvió en seguida adonde estaba Vera y, abrazándola rápidamente, susurró ardiente, con disgusto, a su oído: —Dime para quién te conservas. ¿Para los alemanes o para quién? —¡Cómo eres! —respondió ella, y él sintió que la muchacha no sólo no apartaba su mano, sino que le abrazaba también—. ¡Cómo eres! No entiendes nunca nada —siguió diciéndole en voz muy baja—; tengo miedo a quererte; a otro se le puede olvidar, a ti no. Por eso pienso que no debo llorar también por ti; ya he llorado bastante hasta ahora. No sabía yo que tenía tantas lágrimas en mi corazón.

El no sabía qué contestar; pero, por otra parte, la muchacha no necesitaba su respuesta: optó por besarla. Se oyó el lejano e intermitente pitido de una locomotora, seguido de otro y de otro, que vibraron en el aire.

—¡Alarma! —dijo, apenada Vera—. ¡Alarma, otra vez alarma! ¿Qué va a ser de nosotros?

Y, de repente, comenzaron a oírse, a lo lejos, las descargas, cada vez más frecuentes, de los cañones antiaéreos. Los rayos de los reflectores, cuidadosamente, como si temiesen desgarrar el fino y azulado cuerpo de las estrellas, empezaron a recorrer el cielo, y las blancas y luminosas explosiones de los primeros proyectiles antiaéreos brillaron en lo alto.

V

Llegará un día en que se reúna el tribunal de las grandes naciones; un día en que el sol ilumine desdeñosamente la aguada cara de zorro de Hitler, su frente exigua y sus sienes hundidas, un día en que, junto a Hitler, sobre el banco de la deshonra, se agite pesadamente un hombre obeso de hinchadas mejillas, el atamán de la aviación fascista.

—“¡Que mueran!” —dirán las ancianas con los ojos ciegos de llorar.

—“¡Que mueran!” —dirán los niños, cuyos padres perecieron entre las llamas.

—“¡Que mueran!” —dirán las mujeres que se quedaron sin hijos—. “¡Que mueran, en nombre del sagrado amor a la vida!”

—“¡Que mueran!” —dirá la tierra hollada por ellos—. “¡Que mueran!” —susurrará la ceniza de las ciudades y las aldeas calcinadas—. Y el pueblo alemán verá con espanto las miradas de desprecio y de reproche dirigidas hacia él y, horrorizado, cubierto de vergüenza, gritará igualmente: “¡Que mueran, que mueran!”.

Dentro de cien años los historiadores leerán con un escalofrío las órdenes escritas serena y metódicamente en el Cuartel General del ejército germano para los jefes de las escuadrillas de aviación. ¿Quién las escribió? ¿Fieras? ¿Locos? ¿Quién escribió esas órdenes? ¿Seres vivos o los dedos de hierro de algún aparato mecánico?

El ataque de la aviación alemana comenzó cerca de las doce de la noche. Los primeros aviones de reconocimiento, volando desde gran altura, lanzaron bengalas y varias

cajas de bombas incendiarias. Las estrellas comenzaron a apagarse y a desaparecer cuando los pálidos globos de las bengalas quedaron como suspensos de los paracaídas en el aire. Tranquilamente, minuciosamente, el mortecino resplandor iluminaba las plazas de la ciudad, sus calles, sus callejones. A la luz de las bengalas se veía toda la ciudad sumida en el sueño: la blanca figura de un muchacho de escayola con un clarín en los labios a la entrada del Palacio de los Pioneros; las vitrinas de las librerías, las lucecillas sonrosadas y rojas dentro de enormes globos de cristal que había en los escaparates de las farmacias. La oscura fronda de los árboles corpulentos del parque surgió súbitamente entre la tiniebla dibujándose cada una de sus hojas como si estuviera recortada; los grajos sorprendidos por la repentina llegada del día se pusieron a graznar. Se veían los carteles del teatro de marionetas, las columnas y las ventanas del hospital, con sus cortinas blancas y sus tiestos de flores, los rótulos brillantes sobre los comedores públicos, centenares de pequeños jardines, las ventanitas de las casas, miles y miles de techos en cuesta; brillaban tímidamente las redondas claramboyas en los desvanes; manchas de color amarillo ámbar corrían por el lustroso entarimado de la biblioteca urbana. La ciudad durmiente estaba como abrasada por la blanca luz de las bengalas, la ciudad donde habitaban decenas de miles de viejos, de niños, de mujeres; la ciudad que tenía novecientos años de existencia; la ciudad donde, tres siglos atrás, diestros alarifes construyeron un seminario científico y una catedral blanca; la ciudad que poblaron generaciones enteras de alegres estudiantes y de artesanos hábiles. A través de esta ciudad pasaban los largos convoyes de los chumakos;

los barbudos timoneles de las almadías navegaban lentamente junto a las casas encaladas y se persignaban viendo las cúpulas de la catedral; ciudad gloriosa, que había obligado a retirarse a los tupidos bosques de húmedo verdor; ciudad donde, a lo largo de los siglos, trabajaron famosos médicos, ebanistas, curtidores, pasteleros, sastres, pintores, picapedreros. Esta antigua y hermosa urbe la orilla del río quedó iluminada por la claridad química de las bengalas en la oscura noche de agosto.

Cuarenta bimotores de bombardeo fueron preparados aún de día para el ataque. Mecánicos alemanes, con escrupulosidad de boticarios, llenaron de un líquido transparente y fluido los depósitos de los aviones. Las bombas explosivas de color negro aceituna y las plateadas bombas incendiarias, en la proporción establecida por los sabios militares para el bombardeo de una ciudad, fueron colgadas bajo las alas. El jefe de la escuadrilla acabó de estudiar el plan exacto del vuelo que había dado el Estado Mayor; los meteorólogos informaron con exactitud sobre el tiempo. Los pilotos comían chocolate, fumaban, escribían a sus casas breves y graciosas tarjetas postales: todos ellos eran muchachos bien nutridos con el pelo cortado a la moda.

Los aviones volaban acompañados por la música de sus motores. Les recibió el fuego punzante de los antiaéreos; los haces de los reflectores les apresaban en sus tenazas, y pronto uno de los aparatos se incendió, igual que un juguete de cartón destrozado se desplomó, describiendo volteretas, tan pronto envuelto en humeantes llamas oscuras como desprendiéndose de ellas. Pero los pilotos veían ya debajo de sí la ciudad dormida, que iluminaban las bengalas.

Una tras otra ensordecieron la ciudad las explosiones. La tierra se conmovió, volaron con estrépito los cristales rotos, saltó el estuco de las casas, empezaron a abrirse por sí solas las puertas y las ventanas. Mujeres a medio vestir, con sus hijos en brazos, corrían hacia los refugios. Ignatiev, agarrando de una mano a Vera, saltó hasta una zanja que había en las cercanías de la verja. Allí estaban ya reunidos los escasos vecinos que habían quedado en la casa. Lentamente salió al patio el viejo abogado, en cuyo domicilio se alojaba el comisario. Llevaba en sus manos un paquete de libros atado con una cuerda. Ignatiev ayudó al anciano y a Vera a bajar a la zanja. Luego corrió hacia la casa. En este momento se oyó el aullido de una bomba que caía. Ignatiev se tiró al suelo. Todo el patio se llenó de penumbra: era un fino polvo de ladrillo que había quedado flotando en el aire después del hundimiento de la casa contigua. Una mujer chilló: “¡Gases, gases!” ¿Qué van a ser gases? —contestó, enfadado, Ignatiev—. Es polvo, ¡quédate en la zanja!. Ignatiev dio un salto hasta la casa.

—¡Sargento, los alemanes están bombardeando! —gritó.

El sargento y los soldados se habían despertado ya y estaban poniéndose las botas; el resplandor del incendio les iluminaba. Las pequeñas marmitas de metal blanco resplandecían a la luz de las primeras llamas, sin humo aún. Ignatiev observó a los compañeros que se vestían a toda prisa, luego echó otra mirada a las marmitas y preguntó:

—¿Habéis traído también cena para mí?

—¡Vaya, hermano! —dijo Sedov—; ¡tú, contando las estrellas sentado con las mujeres en el banco y nosotros trayéndote la cena!

—¡Vestirse de prisa, más de prisa! —ordenó el sargento—. Y tú, Ignatiev, corre adonde está el comisario; hay que despertarle.

Ignatiev subió al segundo piso. Toda la vieja casa crujía bajo el tronar de las bombas; las puertas chirriaban; tintineaba alarmante la vajilla en los aparadores, y era como si la vieja casa se estremeciese, igual que un ser vivo al asistir a este trágico y brusco final de sus semejantes. El comisario estaba de pie, junto a la ventana. No oyó entrar a Ignatiev. Una nueva explosión estremeció la tierra; sorda y pesadamente cayó el estuco, llenando el cuarto de un polvo seco. Ignatiev estornudó. El comisario seguía junto a la ventana, sin oírle, mirando absorto hacia la ciudad. “¡Cómo es nuestro comisario!” —pensó Ignatiev y se apoderó de él un involuntario sentimiento de admiración—. En esta figura alta e inmóvil, que contemplaba los incendios todavía nacientes, había algo poderoso y cautivador.

Bogarev se volvió lentamente. Su rostro era sombrío. La expresión de un sentimiento hondo y penoso se reflejaba en él, en sus mejillas exhaustas, en sus ojos oscuros, en sus labios apretados: todo se había condensado en un amplio movimiento. “Severo como un icono” —pensó Ignatiev al ver la cara del comisario.

—Camarada comisario —dijo—: debería usted abandonar este sitio; están tirando muy cerca, si alguna bomba cae aquí, de la casa no quedará nada.

—¿Cómo se llama usted? —preguntó Bogarev.

—Ignatiev, camarada comisario.

—Camarada Ignatiev, transmita al sargento mi orden: ayudar a la población civil. ¿No oye usted cómo gritan las mujeres?

—Ayudaremos, camarada comisario. En cuanto a apagar los incendios, poco se podrá hacer: la mayoría de las casas son de madera, y no hay quien combata tantos incendios a la vez los vecinos jóvenes que podrían ayudar han sido evacuados o están en la milicia. No han quedado más que chicos y viejos.

—Acuérdese, camarada Ignatiev —dijo, de repente, el comisario—; acuérdese usted de todo lo que está viendo. Acuérdese de esta noche, de esta ciudad, de estos viejos, de estos niños.

—¿Acaso es posible olvidar, camarada comisario?

Ignatiev contemplaba el rostro sombrío del comisario y repelía: “Tiene razón, camarada comisario, tiene razón”. Después pidió:

—“¿Me autoriza usted a llevarme esa guitarra que está colgada en la pared? De cualquier manera la casa va a arder, a los soldados les gusta mucho oír como toco la guitarra.

—Pero la casa no arde todavía —dijo, estricto, Bogarev.

Ignatiev miró la guitarra, suspiró y se dirigió hacia la puerta. Bogarev empezó a acomodar los papeles en sus portaplanos, se puso el capote y la gorra y volvió a la ventana.

La ciudad ardía. Un humo rojo ondulante, lleno de chispas, se elevaba hacia lo alto; llamas de un color pardo oscuro oscilaban sobre el mercado. Miles de lenguas de fuego —blancas, anaranjadas, tenuemente amarillentas, rojas, azules— se elevaban como una enorme cúpula sobre la ciudad; las hojas de los árboles se encogían y se marchitaban. Palomas, grajos, cuervos se agitaban en el aire caliente; sus nidos ardían. Los tejados de chapa de hierro, calentados por

el fuego atroz, estaban rojos; los chasquidos de la hojalata, dilatándose del calor, parecían disparos; por las ventanas, llenas de macetas floridas, salía el humo, a veces de un blanco lechoso, otras veces negro fúnebre; otras sonrosado o de un gris ceniciento, y se retorció, formaba nubes, se alzaba lo mismo que un surtidor de finos chorrillos de oro que parecían mechones rubios o, de pronto, brotaba hacia fuera, denso e impetuoso, como proyectado por un pecho gigantesco; velaba la ciudad, se extendía sobre el río y sobre los valles, se agarraba en jirones a los árboles del bosque.

Bogarev bajó al patio. Entre esta enorme hoguera, entre el humo y las explosiones de las bombas, entre los gritos de los niños, había gente serena y valerosa: luchaban contra el fuego, extinguían con arena las bombas incendiarias, salvaban de las llamas a los ancianos. Soldados rojos, bomberos, milicianos, obreros, artesanos, concentrando todas sus fuerzas, sin prestar atención a la muerte aulladora, con las caras negras de hollín, la ropa humeante, luchaban por su ciudad, hacían todo lo que estaba a su alcance para salvar y defender de las llamas cuanto humanamente era salvable y defendible. Bogarev advirtió en el acto la presencia de estos hombres valientes; aparecían de pronto, entre el humo y el fuego; ligados por la gran fraternidad del heroísmo, iban juntos a la proeza, se lanzaban a las casas en llamas y volvían a sumirse en el humo y el fuego, sin decir sus nombres, sin conocer el nombre de aquéllos a quienes salvaban.

Bogarev vio caer una bomba incendiaria sobre el tejado de una casa de dos pisos: echando chispas, como un cohete, había comenzado a extenderse deslumbradoramente blanca. Subió raudo la escalera, pasó al desván y, en medio

de una atmósfera abrasadora, que olía a arcilla humeante, se acercó a la claraboya, siniestramente iluminada, La chapa caliente le quemaba las, manos; las chispas le saltaban al uniforme; pero pudo llegar rápidamente hasta donde estaba la bomba y, de un fuerte puntapié, la tiró hacia abajo. La bomba cayó sobre un macizo, iluminó por un instante las flores y después, empotrándose en la tierra blanda, empezó a apagarse. Desde el tejado Bogarev vio que dos hombres con uniforme de soldados rojos sacaban en una cama plegable a un anciano. Reconoció en uno de los soldados a Ignatiev, el que le pidió la guitarra; el otro, Rodimtsev, era más bajo de estatura y más ancho de hombros. La vieja judía les decía algo apresuradamente, por lo visto les daba las gracias por la salvación de su marido. Ignatiev hizo un ademán con la mano. En este gesto, amplio, pródigo, liberal, parecía resumirse el gran corazón y la noble naturaleza del pueblo. En este momento los cañones antiaéreos empezaron a tronar más reciamente; a sus disparos se unió el tableteo de las ametralladoras. Una nueva oleada de bombarderos fascistas atacaba la ciudad ardiente. Otra vez se oyó el punzante aullar de las bombas arrojadas por los aviones.

—¡A las zanjas! —gritó alguien. Pero la gente, enardecida, por la lucha, ya no sentía el peligro.

Bogarev parecía haber perdido también la medida del tiempo, de la duración, de la continuidad de los hechos. Igual que todos extinguió los conatos de incendio, echó arena sobre las bombas incendiarias, extrajo del fuego prendas medio chamuscadas, ayudó a los sanitarios que vinieron con la ambulancia de la asistencia pública a depositar los heridos sobre las camillas; corrió con sus soldados hasta la

casa de maternidad, que había empezado igualmente a arder; estuvo sacando libros de la biblioteca pública en llamas. Algunas escenas se grabaron para siempre en su memoria: un hombre salió velozmente de una casa gritando: "¡Fuego, fuego!" Pero, de pronto al ver en torno suyo el enorme incendio de la ciudad, se calmó, se sentó en el bordillo de la acera y allí se quedó inmóvil. Recordaba cómo, en medio del calor y del humo, empezó a difundirse un suave aroma de flores: el fuego había llegado a una perfumería. Recordaba a una mujer joven que había perdido el juicio: estaba de pie, en el centro de una plaza desierta, iluminada por las llamas, con el cadáver de su nena en los brazos. En una esquina yacía un caballo herido. En sus ojos que ya estaban vidriándose, aunque vivos aún, Bogarev vio repetidas, como en un espejo, las hogueras de la ciudad: se reflejaban en las oscuras y llorosas pupilas llenas de tristeza del caballo las llamas de las casas, el humo apelotonándose en el aire, las luminosas ruinas calentadas al rojo vivo y todo ese bosque de estrechas y altas chimeneas de las estufas, que crecía y crecía, allí donde antes estaban las casas devoradas por el fuego.

De pronto, Bogarev pensó que también él había absorbido la trágica muerte de la antigua ciudad apacible.

—Mientras viva, mientras respire, mientras mis dedos tengan fuerza de moverse y yo pueda pronunciar aunque no sea más que una palabra... —Se dijo a sí mismo y, lentamente, la rigurosa decisión igual que un juramento solemne cruzó por su cerebro—: Que no exista para mí otra tarea que la tarea del combatiente, que pueda dedicar todas las fuerzas de mi inteligencia y de mi alma a la misión de despertar la venganza y el odio.

Al amanecer, el incendio comenzó a amainar. El sol naciente contemplaba las ruinas humeantes, contemplaba a los viejos, sentados sobre sus bultos, entre los cacharos, las plantas y los retratos descoloridos de negros marcos, que una mano trémula descolgó de las paredes en la noche. Y este sol que, a través del humo de los incendios que se iban apagando miraba a los niños muertos, tenía una blancura mortecina, velada por el humo y el hollín. Bogarev fue al Estado Mayor para recibir instrucciones y volvió a la casa. En el patio se le acercó el sargento.

—¿Cómo está el coche? —preguntó Bogarev.

—En regla —respondió el sargento; que tenía los ojos inflamados por el humo.

—Hemos de marchar ya; reúna a la gente.

—Aquí, camarada comisario, ha ocurrido algo terrible —dijo el sargento—. Cuando estaba amaneciendo ya, una bomba alemana cayó al lado junto de la trinchera donde estaba refugiada la gente; casi todos resultaron heridos; pero ha habido también dos muertos: el viejecillo de la casa donde se alojaba usted y una muchacha refugiada —y al decir esto, sonrió—. La muchacha con que Ignatiev charlaba todas las noches.

—¿Dónde están? —preguntó Bogarev.

—Los heridos han sido hospitalizados y los muertos están allí. Ahora mismo ha venido un carro por ellos —repuso el sargento.

Bogarev se dirigió al patio, donde se había congregado alguna gente para ver los cadáveres. Era difícil reconocer al viejo. Cerca de él estaban tirados los libros rotos, salpicados de sangre, que se habían caído del paquete. Por

lo visto. en el momento de la explosión había sacado la cabeza de la zanja, no muy profunda. “Anales. Tácito” —leyó Bogarev el título de uno de los libros, caído junto al cadáver—. La muchacha refugiada parecía viva. Su tez morena escondía la palidez del rostro; las negras pestañas le velaban los ojos, la muchacha sonreía con una sonrisa entre pícara y confusa, igual que si le diese vergüenza de verse rodeada de tanta gente.

El carrero se acercó a la muchacha, la cogió por las piernas y dijo:

—¡Eh! ¿Quién me ayuda?

—Deja! —gritó Ignatiev, y, levantando cuidadosa y ligeramente el cuerpo de la muchacha, lo depositó sobre el carro. Una chica, que tenía en sus manos una flor mustia, se acercó y puso la flor sobre el pecho de la muerta. Bogarev ayudó al carrero a recoger el cadáver del anciano. La gente, con la cara manchada de hollín y los ojos encendidos, estaba inmóvil, la cabeza inclinada.

Una mujer vieja, mirando el cadáver de la muchacha, susurró: “Dichosa”. Bogarev se encaminó hacia la casa. La gente que rodeaba el carro seguía silenciosa y, únicamente una voz ronca, dijo con tristeza:

—¿Véis lo que han hecho? En una noche han reducido a cenizas una ciudad como la nuestra y han salido huyendo...

—¿Por qué dices que han huido? Seis fueron derribados por los nuestros —respondió un soldado rojo.

Bogarev salió pronto de la casa del abogado muerto. Contempló por última vez la habitación semidestruida, el piso lleno de cristales rotos, arrancados de las estanterías

por la expansión; contempló los muebles movidos de su sitio. Después de pensar un rato, descolgó de la pared la guitarra, la cogió y la llevó a la camioneta.

El soldado Rodimtsev, tendiendo su marmita a Ignatiev, que se hallaba junto a la camioneta, le dijo: “Come, Ignatiev, ahí tienes unos macarrones blancos; carne me dieron ayer únicamente para mí”.

—No tengo ganas de comer —respondió Ignatiev— sólo quiero beber; tengo todo seco por dentro.

Pronto abandonaron la ciudad. La mañana estival les recibió con toda su solemne y tranquila belleza. A mediodía hicieron alto en el bosque. Un estrecho y cristalino arroyuelo, serpenteando graciosamente sobre los pedregales, corría entre la arboleda. El aire fresco calmaba la tez irritada, los ojos se serenaban bajo la inmóvil sombra de los nogales. Bogarev vio entre la hierba una familia de hongos blancos —eriguídos con sus sombreritos grises sobre los gruesos troncos albos—, y viéndolos, recordó con qué entusiasmo su mujer y él se dedicaron a recoger setas el año último, en la casa de campo. ¡Qué alegría si entonces hubiesen encontrado juntos tantos hongos blancos!

Los soldados rojos se lavaban en el arroyo.

—Quince minutos para el almuerzo —dijo Bogarev al sargento—. Se paseaba lentamente entre los árboles, contento y apenado al mismo tiempo por la inalterable belleza del mundo, por el susurro de las hojas. De pronto, se detuvo, aguzó el oído y miró hacia el coche. Ignatiev tocaba la guitarra, mientras los otros comían pan y conservas y escuchaban.

VI

En el Estado Mayor se habían reunido todos los mandos. El jefe del Regimiento, —el comandante Mertsalov, Héroe de la Unión Soviética, que había participado en la guerra finlandesa— estudiaba el mapa con Kudashov, el jefe del Estado Mayor, un hombre calvo como de cuarenta años, lento de acción y de palabra.

Al capitán Babadzhanian, jefe del primer batallón, le dolían las muelas, cuando llegó Bogarev: de día, sudando, había bebido agua fría en una fuente, y ahora, según su expresión, “sentía adolorida toda la mandíbula”. El comandante Kochetov, jefe del segundo batallón, un hombre bondadoso, de verbo inagotable, se burlaba de Babadzhanian a cada momento. También estaba allí el apuesto y vigoroso teniente Mishanski, ayudante del jefe del Estado Mayor. Al regimiento le había sido encomendada una misión importante: con ayuda de la artillería pesada, tenía que atacar por sorpresa a los alemanes y golpearles de flanco para frenar el movimiento del enemigo, que intentaba envolver nuestro ejército, y permitir así que saliesen de la bolsa en que se hallaban algunas de las unidades de infantería que constituían el cuerpo de ejército. Mertsalov puso al corriente de esta misión a los jefes y los comisarios de los batallones. Cuando acababa de leer la orden llegó Koslov, el jefe de la sección de reconocimiento, un teniente pecoso de ojos redondos, que también había sido llamado. Al entrar taconeó sonoramente. Luego se presentó al jefe del regimiento silabeando claramente cada palabra; pero, al hacerlo, sus redondos ojos sonrieron con maliciosa y condescendiente tranquilidad.

Durante toda la reunión Bogarev no pronunció una sola palabra. Estaba aún bajo la influencia del incendio nocturno y varias veces sacudió la cabeza como si quisiese volver en sí. Al comienzo, los jefes tornaban frecuentemente la vista hacia él; pero después, se acostumbraron y dejaron ya de mirarle.

Babadzhanian, sonriente, igual que si le hubieran dejado de doler las muelas, dijo, dirigiéndose a Bogarev:

— ¡Me gusta, camarada comisario: el ejército se retira, piénselo usted bien, todo el ejército, mientras que el batallón de Babadzhanian tiene que emprender la ofensiva! ¡Palabra de, honor que me gusta!

El representante del regimiento vecino de artillería, un teniente coronel sombrío que asistía igualmente a la reunión y que todo el tiempo había estado tomando notas en su cuaderno de apuntes, dijo:

— Solamente, camaradas, debo advertirles que el consumo de proyectiles se hará de acuerdo con las normas.

— Naturalmente, eso es lo que está previsto por el reglamento -repuso Kudashov y, el teniente coronel añadió:

— Sí, sí, camaradas, las normas son las normas...

Babadzhanian le respondió alegremente:

— ¿Qué normas? Yo no conozco más que una norma: ¡la victoria!

Después de la discusión práctica, el diálogo giró en torno al ejército alemán. Mishanski habló sobre el ataque de los alemanes en la zona de Lvov.

— Venían hombro con hombro en una fila de no menos de un kilómetro de anchura; unos cuatrocientos metros detrás avanzaba otra hilera en idéntica formación, y tras esta

segunda fila, una tercera -refería Mishanski—, venían por entre los trigales crecidos, cada hombre con un fusil automático y una arrogancia única. Nuestra artillería les segaba materialmente: pero ellos seguían avanzando, avanzando ¡cosa extraordinaria! No disparaban, no gritaban, no parecía que estuviesen borrachos, y caían más y más entre el trigo, mientras los restantes continuaban su marcha. ¡Ah, juro que fue un cuadro estupendo!

Empezó a recordar luego cómo marchaban las columnas de miles de tanques alemanes por las carreteras de Lvov y de Proskurov, cómo de noche, iluminados por las bengalas verdes y azules, descendían los paracaidistas alemanes, cómo una vez los destacamentos de motociclistas ametrallaron a un Estado Mayor soviético, de qué manera coordinaban su actividad los tanques y los aviones alemanes.

—No es una broma lo que han hecho con Francia — terminó —: ¡dar cuenta en treinta días de una fuerza tan enorme ha sido posible únicamente gracias a su perfecta organización!

—Sí, organización tienen, tienen — aprobó el jefe del regimiento.

—Sí, — agregó Mishanski —; yo he visto esa máquina en funcionamiento. Y no hay nada que decir, han revolucionado por completo la estrategia y la táctica.

—¿Qué quiere usted decir: que son sabios e invencibles? — preguntó, de repente, Bogarev, con aire de enojo.

Mishanski miró hacia él y repuso condescendiente:

—Usted me perdonará, camarada comisario; pero soy hombre del frente y estoy acostumbrado a decir lo que pienso.

—Pues yo jamás se lo toleraré. Ni a usted ni a ningún otro —interrumpió Bogarev—. ¿Entiende?

—Sin embargo, tampoco hay que subestimar las cosas —terció Kochetov—. Mis hombres dicen: el alemán es cobarde; pero lucha espléndidamente...

—Nosotros no somos chiquillos —habló Bogarev—: sabemos que estamos enfrentándonos con el ejército más poderoso de Europa, con un ejército que dispone de un material que, lo diré francamente, supera al nuestro en la presente etapa de la guerra y, en general, ¿qué decir? Tenemos que vérnoslas con los alemanes, y ya está dicho todo. Ahora bien, camarada Mishanski: después de escucharle a usted atentamente me veo en la necesidad de darle una pequeña lección. Considero que esta lección es imprescindible. Usted debe aprender a despreciar al fascismo; usted debe comprender que el fascismo es lo más bajo, lo más ruin, lo más reaccionario que hay sobre la tierra. El fascismo es una mezcolanza miserable de sustitutivos y de latrocinios en el más amplio sentido de la palabra.

Esta repugnante ideología carece en absoluto del elemento fascismo hay que despreciarlo con todas las fibras del alma, ¿comprende usted? Le pido que me escuche: las ideas sociales del fascismo son un delirio viejo y obtuso ridiculizado ya por Chernishevski y por Engels. Toda la doctrina militar del fascismo se halla íntegra en la doctrina de los antiguos Estados Mayores alemanes.

Los golpes de flanco, las cuñas y todo lo demás son una copia servil. Los tanques y los descensos aéreos con que los fascistas han asombrado al mundo están plagados: la idea de los tanques es de los ingleses y la de los desembar-

cos aéreos nuestra. Nunca terminaré de asombrarme de la monstruosa esterilidad creadora del fascismo. ¡Ni una sola maniobra militar nueva! Todo copiado. ¡Ni un solo gran invento! Todo robado. ¡Ni una sola arma nueva! Todo alquilado. En cualquier rama el pensamiento creador alemán aparece esterilizado: los fascistas no pueden inventar, no pueden escribir libros, música, poesía. Son el estancamiento, el pantano. ¡Un solo elemento han aportado a la historia y a la política: la ferocidad y el bandidismo organizados! Despreciar, reírse de su penuria intelectual: he aquí lo que hay que hacer, camarada Mishanski. ¿Me ha comprendido usted o no? Y de este espíritu debe penetrarse todo el Ejército Rojo de arriba a abajo, debe penetrarse todo el país. Y, si a usted le parece que por ser un hombre del frente está en posesión de la verdad cuando su psicología es la psicología del hombre que ha estado replegándose todo el tiempo, yo le digo que en sus palabras hay una nota de adulación...

Bogarev se puso de pie y, mirando fijamente a Mishanski, terminó rotundo:

— Como comisario de la unidad, le prohíbo pronunciar palabras que, además de ser indignas de un patriota, no se ajustan a la verdad objetiva. ¿Entendido?

Debía empezar el batallón de Babadzhanian. Estaba fijado el ataque para las tres de la madrugada. Koslov, que ya por dos veces había explorado el terreno, informó detalladamente sobre el dispositivo de los alemanes en el sovjós. Los tanques y los carros blindados estaban en la plaza; los soldados dormían en los depósitos donde se guardaban las legumbres del sovjós, Los depósitos formaban un cobertizo de

unos cuarenta a cincuenta metros de longitud. Los alemanes se habían acomodado allí confortablemente. Obligaron a los campesinos del contorno a llevar varios carros de paja, a extenderla, a cubrirla con sacos vacíos que hacían las veces de jergones. Los alemanes se desnudaban para dormir, se quitaban incluso las botas. Encendían la luz sin preocuparse de cerrar las contraventanas. Por la noche cantaban a coro, y las patrullas de reconocimiento que habían llegado hasta la huerta pudieron oír claramente sus canciones. A los exploradores les indignaron, precisamente, estos cánticos: “Ellos cantan -decían-, mientras los nuestros callan”.

Y realmente, entonces no se oía cantar a los soldados rojos. Durante las marchas guardaban silencio. En los altos, tampoco cantaban ni bailaban.

Al oscurecer la artillería divisionaria del regimiento ocupó sus posiciones. Poco después el jefe y el comisario de la división entraron en la isba donde estaba el puesto de mando y se sentaron a la mesa: el comisario sacó un tablero de ajedrez y lo colocó sobre ella; el jefe extrajo de su mochila las figuras. Inmediatamente los dos se inclinaron sobre el tablero y concentraron la atención en la partida. Kochetkov, el jefe del segundo batallón, dijo:

—¡Cuántos artilleros habré visto en mi vida! Pues bien: todos jugaban al ajedrez.

El comisario, sin apartar la vista del tablero, repuso:

—Y, por lo que yo he podido observar, en las unidades de infantería no hacen más que jugar al dominó.

El jefe de la división, también mirando fijamente el tablero, añadió por su parte:

—Eso es exacto —y, señalando el tablero con el dedo, dijo—: Así, Sergio, perderás. Vas a perder la reina

igual que aquella vez, cerca de Mosir. Se inclinaron los dos sobre el tablero y quedaron silenciosos. Unos cinco minutos después, cuando Kochetkov se había marchado ya, el comisario de la división agregó: ¡Bah! No pierdo ninguna figura —y, sin quitar la vista del tablero, volvió a dirigirse al ausente Kochetkov:

—En cambio, a los de caballería les gusta jugar a los naipes. ¿No es cierto, camarada Kochetkov?

El muchacho que estaba de guardia en el teléfono de campaña rompió a reír; pero inmediatamente se calló y, dando vueltas a la manivela del aparato, dijo con un acento serio:

—Luna, luna, Medinski ¿eres tú? Control.

El jefe del regimiento Mertsalov hablaba en voz baja con el jefe del Estado Mayor cuando en la isba entró de nuevo Babadzhanian, delgado, alto, nervioso. Sus ojos brillaban en la oscuridad. Empezó a hablar apresuradamente, señalando con el dedo en el mapa:

—Es un caso excepcional. El servicio de reconocimiento informa exactamente donde se hallan estacionados los tanques. Si emplazásemos las piezas de artillería sobre esta colina, podríamos destruirlos con fuego directo. ¡Palabra de honor! ¿Cómo se puede desaprovechar una ocasión así? ¡Están igual que sobre la palma de la mano, créame usted, igual que sobre la palma de la mano! —y mostró, golpeando sobre la mesa, su mano morena y huesuda.

Mertsalov contempló unos segundos a Babadzhanian y dijo:

—Estoy de acuerdo. Puestos a golpear, golpeemos. No me gusta discutir mucho. Se acerca a los artilleros:

—Camaradas ajedrecistas, tenemos que distraeros. Venid aquí.

Todos juntos se inclinaron sobre el mapa.

—Está claro: quieren cortar la carretera, en total no son más que 40 kilómetros, y salir a la retaguardia de nuestro ejército.

—Por eso es importante nuestra operación —asintió el jefe de Estado Mayor—; tengan ustedes presente que el propio jefe del ejército está atento a lo que hagamos.

—Ayer los alemanes gritaban por los altavoces: “Entregaos, soldados rojos, han llegado nuestros tanques lanzallamas y os vamos a abrasar a todos; pero los que se entreguen volverán a sus casas” —dijo el jefe de la división Rumiantsev.

—Se portan descaradamente —comentó Mertsalov—; hasta ofende su desfachatez: duermen descalzos cuando yo hice más de veinticuatro horas que no me he quitado las botas; van por los caminos del frente con los faros encendidos...

Se quedó pensativo un rato y agregó:

—¡Qué comisario tenemos! Sus palabras, ¿queréis creer? me han llegado al alma...

—Es demasiado brusco —opuso el jefe del Estado Mayor—; a Mishanski le ha apabullado.

—A mí, sin embargo, me ha parecido muy bien —dijo riéndose, Mertsalov—: os diré francamente lo que siento: los dos me ponéis nervioso. Mishanski, con sus relatos, y usted con sus maneras y sus normas... Yo soy un hombre sencillo, militar de profesión: tengo más miedo a las palabras que a las balas.

Miró al Jefe del Estado Mayor y resumió alegremente:

—Buen comisario. Lucharemos Juntos.

VII

El batallón de Babadzhanian se había situado en el bosque, Los combatientes estaban sentados o tendidos bajo los árboles, en pequeñas chozas hechas de ramaje marchito y crujiente. A través del follaje se veían las estrellas, el aire estaba sereno y cálido. Bogarev y Babadzhanian iban juntos por un sendero apenas perceptible.

—¡Alto! —exclamó el centinela y agregó rápido—: Que uno se acerque hasta mí y que los otros sigan donde están.

—Los otros son también uno -dijo. riéndose Babadzhanian, y, después de acercarse al centinela, le bisbiseó al oído la consigna. Reanudaron la marcha. Se detuvieron junto a una de las chozas para escuchar la conversación a media voz de unos combatientes rojos.

—Dime qué piensas: ¿dejaremos así a Alemania después de la guerra o qué? —preguntaba una voz reposada y reflexiva.

—¡Quién sabe! -respondió otra voz—. Ya veremos eso después.

—He aquí una conversación excelente en plena retirada —dijo alegremente Bogarev.

Babadzhanian miró la esfera luminosa de su reloj. Ignatiev, Rodimtsev y Sedov no habían podido dormir después de la noche de insomnio en la ciudad incendiada. El sargento los despertó y les mandó en busca de la cena. La cocina de campaña brillaba en la oscuridad del bosque. En torno suyo se agrupaban los combatientes y hacían sonar sus platos aunque tratando de no producir mucho ruido. Todos conocían ya la inminente salida nocturna.

Los tres soldados, golpeando con sus cucharas, comían el rancho y conversaban sin prisa. Rodimtsev, que había participado ya en seis ataques, explicaba lentamente a sus camaradas:

—La primera vez, claro, uno siente miedo. Siente miedo porque no comprende qué puede venir y de dónde. Yo os diré: los combatientes poco expertos temen mucho al fusil automático; pero los automáticos hacen mucho fuego sin puntería fija. Tampoco la ametralladora da bien en el blanco; basta tenderse en un bache o detrás de un montículo cualquiera y ya puedes buscar tranquilamente un sitio para dar el otro salto. Otra cosa es el mortero, esta arma sí que es fuerte, odiosa y os diré con franqueza que todavía me pongo triste cuando pienso en los morteros. Contra los morteros hay una sola salvación: avanzar; si uno se echa a tierra o retrocede, cae sin remedio.

—¡Oh, cómo siento la muerte de Vera! —dijo Ignatiev—. Está como viva ante mis ojos. ¡En fin!...

—Yo no pienso ahora en las mujeres —objetó Rodimtsev—. En esta guerra he perdido el gusto de la mujer. Otra cosa son los hijos. A los hijos sí que querría verlos, pasar con ellos aunque no fuese más que un día.

—No; tú no me comprendes —explicó Ignatiev—. Simplemente es que siento pena. ¡Tan joven, tan bondadosa! ¿Por qué la mataron?

—A ti ¡qué te va a dar pena! —dijo Rodimtsev—. Todo el día estas sentado en la camioneta toca que te toca la guitarra.

—Eso no quiere decir nada —habló, el moscovita Sedov—. Ignatiev es de ese natural: para él nada tiene im-

portancia. —Y mirando al cielo estrellado a través del follaje tierno y oscuro agregó lentamente:

— Los animales y las plantas luchan por su existencia; pero el alemán pelea por el dominio.

— Tienes razón, Sedov — dijo Rodimtsev, aficionado a los términos científicos e incomprensibles —: lo que acabas de decir es enteramente justo. Sigue hablando.

— En mi casa, me asustaba el chirrido de una puerta; de noche no me atrevía a andar por el bosque. Pero aquí no tengo miedo a nada. ¿Por qué? ¿Será porque me he acostumbrado, porque mi corazón ha cambiado en esta guerra, se ha templado? Veo que hay algunos que tienen mucho miedo; pero yo, pase lo que pase, sigo en mi puesto, y ¡ya está! Yo también era un hombre pacífico, jamás había pensado en la guerra. Nunca en mi vida había peleado con nadie, ni de muchacho: cuando me emborrachaba alguna vez no sólo no me peleaba con nadie, sino que al contrario, me echaba a llorar, porque sentía lástima de la gente.

— Te has hecho así por todo lo que has visto — dijo Sedov —; cuando uno escucha a la gente, cuando uno ve algo como el incendio de ayer, deja de tener miedo al mismo diablo.

— ¡Quién sabe! — prosiguió Rodimtsev —. No ignoro que hay miedosos. Pero a nosotros nos inculcó su regla el jefe del batallón: lo que tenemos, no lo damos. Por muy amargo, por muy difícil que sea, resistimos.

— Sí, nuestro jefe es firme — aprobó Sedov, — aunque, a veces, tenemos que pasar por trances muy antipáticos.

— Por supuesto, el jefe es bueno; además, no nos lleva donde no debe, ahorra la sangre de sus combatien-

tes. Y lo principal es que comparte con nosotros todas las dificultades. Recuerdo que una vez —vosotros no estabais aún— se pasó todo un día, enfermo, metido hasta el pecho en un pantano. Aquel día incluso empezó a escupir sangre. Fue cuando los tanques enemigos se dirigían a Novograd-Volynsk. Yo fui a un bosquecillo para secarme y le vi en tierra, completamente desfallecido. Me acerqué a él y le dije: “Camarada capitán, coma usted algo; aquí tengo pan y salchichón”. Y él, sin abrir los ojos, reconociéndome por la voz, me dijo: “Gracias, camarada Rodimtsev, no tengo hambre; lo que yo quisiera es recibir una carta de mi mujer y mis hijos: desde el principio de la guerra he perdido su rastro”. Y lo dijo de un modo que, os lo juro, me alejé pensando: ¡esto sí que es sufrir!...

Ignatiev se puso de pie, desentumeció sus brazos y lanzó un aullido.

—¡Qué fuerte es este hombre! —dijo Rodimtsev.

—¿Qué dices? —preguntó Ignatiev entre enojado y alegre a la vez.

—¿Qué? ¡Nada! Todo está claro. La comida es buena. Por lo que respecta al trabajo, en el pueblo el trabajo es más difícil. ¿Cómo no vas a estar robusto y vigoroso?

—Sí, hermano —asintió una voz irónica desde la oscuridad—; en la guerra, el trabajo no es pesado; pero si un casco de kilo y medio te da en el vientre, ya sabrás dónde es más pesado el trabajo: si aquí o en casa.

—Ya cantó el ruisñor de Kursk —dijo Sedov y, dirigiéndose al hombre invisible en la sombra, le preguntó:

—¿No te gusta que los alemanes hagan fuego?

—Me basta con que a ti te guste —contestó una voz enojada.

Poco después el batallón emprendió la marcha. Los hombres iban en silencio, sólo se oían, tenuemente, las voces de mando de los jefes y, de vez en cuando, las maldiciones de los que tropezaban con alguna raíz que atravesaba el camino forestal. Iban por un paso abierto en el bosque de encinas. Los árboles callaban, no se movía una hoja, el bosque, alto, negro, inmóvil, parecía una masa fundida. Los combatientes pasaban a veces por amplios claros del bosque y entonces se extendía de pronto, sobre sus cabezas el cielo estrellado de color azul prusia, casi negro, y sus corazones se sobresaltaban cuando caía vertiginosa alguna estrella radiante. Pronto se cerraba otra vez el bosque en derredor suyo, y ante sus ojos surgía toda una masa de estrellas doradas, alternando con las gruesas ramas de las encinas, y, delante, en la oscuridad, blanqueaba apenas el camino arenoso. El bosque se acabó y los combatientes salieron a una vasta llanura. Iban por campos donde, no había sido recogida la cosecha. En la penumbra, por el rumor de los granos que caían, por el crujido de la paja bajo sus pies, por el roce de los tallos que se enganchaban en sus guerreras, distinguían el trigo, el centeno, la avena, el alforfón. Esta marcha sobre el cuerpo tierno de la cosecha no segada con las recias botas militares, el crujir, que parecía una triste lluvia, de los granos que chasqueaban en la oscuridad, hablaba a muchos corazones aldeanos sobre la guerra, sobre su carácter sanguinario más elocuentemente que los incendios en el horizonte, que los hilos rojos de las balas trazadoras que subían lentamente hacia las estrellas, que las aspas azules de los reflectores flotando en el cielo, que el distante y opaco fragor de las bombas. Era una gue-

rra no vista aún: el enemigo pisoteaba toda la vida del pueblo, arrancaba las cruces de los cementerios, donde estaban enterrados los padres, prendía fuego a los libros infantiles, hollaba los huertos donde nuestros abuelos plantaron cerezos y. manzanos, oprimía con sus botas las gargantas de las abuelas que relataban a los niños viejas fábulas en .que aparecía un gallito de oro, ahorcaba a los toneleros, a los herreros, a los viejos y refunfuñones serenos de las aldeas. Como esto no conocía nada aún Ucrania, Bielorrusia, Rusia. Como esto no había habido nada aún en la tierra soviética. Y los combatientes rojos iban de noche, pisando con sus botas el trigo propio, su alforfón; se acercaban al sovjós donde, entre las casas blancas, estaban detenidos unos tanques negros, que tenían pintados dragones con largas colas. Y, naturalmente, un hombre bondadoso y tranquilo como Iván Rodimtsev tenía que resumir: “No; no habrá clemencia alguna con ellos”.

Todavía antes de que el primer proyectil cayese cerca del desván donde se alojaban los soldados de infantería y los tanquistas alemanes, un combatiente rojo, cuyo nombre no recordaba nadie, se abrió paso entre las alambradas, llegó inadvertido a las huertas y desde allí, saltando una cerca, salió a la plaza y comenzó a arrastrarse hacia las gavillas de heno que los alemanes habían amontonado el día anterior. Le observó entonces un centinela y le dio el alto. El combatiente rojo siguió arrastrándose sin contestar hacia las gavillas. El centinela quedó tan desconcertado por la intrepidez de este hombre, que tardó en abrir fuego y, cuando, por fin, disparó, la primera ráfaga de su fusil automático, el combatiente rojo estaba ya sólo a algunos metros

del heno amontonado. El combatiente rojo tuvo tiempo de arrojar una botella de líquido inflamable sobre un montón de heno y cayó muerto. Las llamas rojo-amarillentas del heno incendiado iluminaron los tanques, las tanquetas, los blindajes alemanes que estaban en la plaza. Igualmente abrieron fuego los cañones desde unos 600 metros de distancia. Los artilleros vieron salir corriendo a los soldados alemanes del largo desván que les servía de cuartel.

—¡Ay, la infantería se retrasa! —dijo enfadado, Rumiantsev al comisario del grupo artillero Nevtulov.

Pero, de súbito, un cohete rojo dio la señal de ataque. Inmediatamente callaron los cañones. Hubo un instante de calma mientras se levantaban los hombres tendidos en la tierra, y luego se alzó, sobre el bosque oscuro, sobre el trigo no recogido, un “hurra” lento, no muy fuerte, entrecortado. Eran las compañías de Babadzhanian que se lanzaban al ataque. Comenzaron a hablar las ametralladoras, resonó el estampido de los disparos de fusil.

Babadzhanian tomó el auricular de manos del soldado de enlace, y a su oído llegó la voz del jefe de la primera compañía:

—Irrumpí en el extremo del pueblo. El enemigo huye. Babadzhanian se acercó a Bogarev, y el comisario descubrió lágrimas en los ojos negros y ardientes del jefe del batallón.

—¡El enemigo huye, él huye, el enemigo huye, camarada comisario! —dijo jadeante—. ¡Podríamos cortarle a los canallas su camino de repliegue! —exclam—; ¡pero Mertsalov no ha puesto el batallón donde debía ponerlo! ¿Por qué del revés? ¡En el flanco tenía que haberlo colocado!

Desde el puesto de observación se veía cómo los alemanes corrían del extremo hacia la plaza. Muchos de ellos, desnudos llevaban en sus manos las armas y la ropa. El largo desván-cuartel ardía íntegramente, ardían los tanques en la plaza, sobre los autocisternas de combustible se alzaba una hoguera que parecía una torre encendida. Entre los soldados se podía distinguir a los oficiales, gritando, amenazando con sus pistolas; pero huyendo también.

—He aquí lo que hace la sorpresa —pensaba Bogarev, fijándose en los grupos de soldados que iban de un lado para otro entre los edificios.

—¡Las ametralladoras, las ametralladoras adelante!— gritó Mertsalov y se lanzó hacia la compañía que estaba de reserva. Con los primeros ametralladores entró él en la aldea. Los alemanes se replegaron por el camino natural hacia Marchijina Buda, situada a nueve kilómetros del sovjós, Muchos tanques y blindados pudieron escapar; los alemanes se llevaron sus muertos y heridos.

Amanecía ya. Bogarev examinaba las máquinas alemanas calcinadas que olían a pintura y a aceite quemado: palpitaba el metal muerto que no se había enfriado aún.

Los combatientes rojos se reían. Se reían y bromeaban los jefes; hasta los heridos, exaltados, con sus labios exangües; se hablaban unos a otros sobre el combate nocturno. Bogarev comprendía que este asalto por sorpresa a un sovjós, rápidamente preparado, era sólo un pequeño episodio en medio de nuestro largo repliegue. El comisario sentía con su alma entera la enormidad del territorio perdido por nosotros, las grandes ciudades perdidas, las zonas industriales, la tragedia de los millones de hombres

que quedaron bajo el poder fascista. Sabía que en los últimos meses habíamos perdido decenas de miles de aldeas y que esta noche no reconquistamos más que una. Pero al mismo tiempo experimentaba una alegría desmedida, porque con sus propios ojos había visto correr de un lado para otro a los alemanes, había visto a sus oficiales vociferantes y fugitivos. Había oído la alta y alegre conversación de los combatientes rojos, había visto lágrimas de alegría en los ojos del jefe, nativo de la lejana Armenia, cuando los combatientes reconquistaron de manos de los alemanes la aldeíta perdida en el límite entre Ucrania y Bielorrusia. Bogarev comprendía que esto era un fruto insignificante del gran árbol de la victoria.

Tal vez sólo él conocía la verdadera situación en que se encontraban las tropas que realizaron este asalto nocturno. Al despedirse de él le había dicho el comisario de la división:

—Hay que mantenerse, mantenerse hasta lo último—. Vio el mapa en el Estado Mayor del frente y se representó con claridad la misión del regimiento: conservar el camino natural que pasaba cerca del sovjós y no permitir a las unidades alemanas abrirse paso hacia la carretera situada a retaguardia de nuestro ejército en repliegue. Comprendió que el destino inminente del regimiento no sería fácil. A las siete de la mañana los bombarderos alemanes efectuaron una incursión.

Aparecieron inesperadamente por detrás del bosque. “¡Aire!” —avisaron los centinelas—. Los bombarderos en picado, rompiendo su formación de patrulla, se pusieron en fila india y luego cerraron el círculo de tal modo que

el avión de cabeza salió a la cola del último aparato. Observando atentamente la tierra empezaron a dar vueltas sin prisa como un carrusel sobre el sovjós. Esta ronda angustiosa y horrible duró aproximadamente minuto y medio. Los hombres, en la tierra, pasaban corriendo encorvados, de un abrigo a otro como si jugasen al escondite. “¡Quietos no corred!” — gritaban los jefes. De repente picó el avión de cabeza y, detrás de él, otro y luego un tercero; aullaron las bombas, tronaron sus explosiones. El humo negro, los cuajarones de tierra, el polvo llenaron el aire. Los hombres tendidos trataban de apretarse todavía más a la tierra, aprovechando cada hueco del terreno, como si les empujase el aullido de las bombas, el estruendo de las explosiones, el jadeo de los motores de los aparatos que salían del picado.

Uno de los combatientes que estaban tendidos en tierra se irguió un poco y empezó a disparar con su fusil automático contra los aviones en picado. Era Ignatiev.

—¿Qué haces? ¿No ves que nos estás descubriendo? ¡Suspende el fuego inmediatamente! — gritó Mishanski desde una zanja antiaérea.

Pero el combatiente: sin escucharle, seguía disparando.

—He ordenado alto el fuego —volvió a gritar Mishanski—. Muy cerca de él rompió a disparar un nuevo fusil automático. ¡Y ahora otro! Maldito sea su... — gritó Mishanski mirando en torno suyo y, de pronto se cortó a media frase. El que disparaba ahora era el comisario Bogarev...

—El bombardeo no les ha servido para nada a los alemanes —resumió el jefe de Estado Mayor del regimiento—: han estado planchando el aire durante 35 minutos, han arrojado unas cincuenta bombas y vea usted mismo

el resultado: dos hombres heridos levemente y una ametralladora destrozada.

En este momento se acercó Koslov. Su rostro que se hubiera dicho más delgado, estaba cubierto de esa especie de velo oscuro que distingue a los hombres que acaban de salir del infierno de un combate. Será el hollín de los incendios, el humo de las explosiones o el polvo liviano que levanta la onda expansiva, será todo ello mezclado con el sudor del combate: todo es posible. Pero el caso es que después de un combate los rostros se afilan y oscurecen siempre, se hacen más severos, los ojos se vuelven más sombríos y más profundos.

—Camarada jefe del regimiento —informó Koslov—: Saitsev acaba de volver del reconocimiento y dice que a Marchijina Buda llegaron tanques alemanes; él ha contado hasta un centenar. La mayoría de ellos son medios; pero hay un buen porcentaje de máquinas pesadas.

Mertsalov miró los entrecejos fruncidos de los jefes y dijo:

—Ya veis, camaradas, qué acertadamente le hemos pisado al alemán en la garganta.

Y se marchó hacia la plaza del sovjós.

Los combatientes rojos abrían trincheras a lo largo de la carretera, cavaban hoyos para los antitanquistas.

El apuesto e impertinente Zhavelev preguntó en voz baja a Rodimtsev:

—¿Es verdad que tú irrumpiste el primero en el depósito alemán? Dicen que había allí más de mil relojes.

—Sí, había tantas cosas buenas que alcanzarían no sólo para nuestros nietos, sino hasta para nuestros biznietos —afirmó Rodimtsev.

—¿Cogiste algo como recuerdo? —preguntó Zhavlev guiñándole un ojo.

—¿De qué hablas, por Dios? —dijo, asustado, Rodimtsev—. Mi carácter no me lo permite, me da asco incluso tocar las cosas alemanas. Y, además, ¿para qué coger nada?

Yo sostengo ahora un combate a muerte.

Miró en torno suyo y señaló:

—¡Pero este Ignatiev, este Ignatiev! Nosotros echamos una pala de tierra y él tres. Entre dos hombres hemos abierto una trinchera y él sólo ha cavado ya un par de zanjas.

—Y encima canta el muy granuja —dijo Sedov— lleva dos días sin dormir.

Rodimtsev escuchó, levantó la pala:

—Pues es verdad que está cantando —dijo alegremente—. ¿Qué decís a esto?

VIII

María Timofeevna Cherednichenko, la madre del comisario de división, una vieja de tez oscura, con más de setenta años, se marchaba de su aldea natal. Los vecinos querían que se hubiese ido con ellos durante el día; pero María Timofeevna estaba cociendo pan para el camino y no podía tenerlo listo antes de la noche. Al día siguiente, por la mañana pensaba marcharse el presidente del koljós, y ella decidió salir con él. Su nieto Lionia, de once años de edad, había venido a visitarla cuando acabó sus estudios en una escuela de Kiev, unas tres semanas antes de la guerra. Desde que comenzó la guerra, la vieja no había recibido cartas de su hijo. Por ello pensaba llevar el nieto a Vorochilovgra-

do, a casa de los padres de su madre, muerta hacía ya tres años. El comisario había rogado varias veces a su madre que fuese a vivir con él: en su gran casa de Kiev, ella podría estar más cómoda y mejor atendida. Cada año iba a visitarle; pero no pasaba en la casa del hijo más de cuatro semanas. Su hijo la llevaba de paseo por la ciudad en su coche. Había visitado dos veces el Museo Histórico, le gustaba mucho el teatro. En el teatro, la gente miraba con interés y respeto a esta alta, grave y vieja campesina, sentada en la primera fila, con sus manos rugosas de trabajadora. Habitualmente el hijo acudía cuando faltaba ya poco para el final porque su trabajo le tenía siempre ocupado. Por el vestíbulo del teatro iban los dos Juntos y todos abrían paso a la anciana grave y derecha, con un pañuelo negro sobre los hombros, y al comisario de división, también de tez oscura y severa donde se repetían los rasgos del rostro femenino. “Madre e hijo”-susurraban las mujeres en voz baja y volvían la cabeza para verles pasar.

En 1940 María Timofeevna estuvo enferma, y no pudo visitar a su hijo; de paso para las maniobras de su unidad, él se detuvo dos días en la aldea. También esta vez el hijo rogó a María Timofeevna que fuese a vivir con él en Kiev. Después de la muerte de su esposa se sentía solo y le daba miedo que Lionia creciese sin el cariño femenino. Por otra parte, le amargaba la idea de que su madre siguiera trabajando a los 70 años en el koljós, la idea de que tuviese que ir todos los días por agua a un pozo lejano y tuviera que cortar su propia leña.

La vieja le escuchó sus razones en silencio, sirviéndole té bajo el manzano plantado ante él por su padre. Al

atardecer fue a visitar con él la tumba del padre. En el cementerio le dijo:

—¿Acaso puedo yo marcharme de aquí? Aquí debo morir. Tendrás que perdonarme, hijito.

Y ahora estaba dispuesta a abandonar su aldea natal. En vísperas del viaje fue a despedirse de una vieja amiga suya. La acompañó el nieto. Cuando llegaron a la casa, vieron que las puertas estaban abiertas de par en par. En el patio se hallaba el tuerto Vasili Karpovich, pastor del koljós. Junto a él iba y venía el perrillo canelo del dueño de la casa con el rabo entre las piernas.

—Sí, Timofeevna, ya se marcharon todos —dijo Vasili Karpovich—; por lo visto, pensaron que usted se había ido hoy.

—No; nosotros nos marcharemos mañana —dijo Lionia—. El presidente del koljós nos ha dado caballos.

El sol poniente rojeaba en los tomates cuidadosamente colocados en el quicio de la ventana por la dueña de la casa. A través de la empalizada se veían hermosas flores, árboles frutales pintados de blanco con puntales debajo de las ramas. Contra la empalizada descansaba la tranca de madera cuidadosamente cepillada con que se cerraban las puertas del patio; en la huerta, entre las hojas verdes se veían sandías amarillentas, el maíz maduro, las vainas de las judías, miraban en torno suyo los ojos negros de los girasoles.

María Timofeevna entró en la casa abandonada. También aquí todo conservaba huellas de vida apacible, del amor de los dueños a las flores y a la limpieza; en la ventana había rositas rizadas, en el rincón, una gran planta doméstica de hojas oscuras; sobre la cómoda un limón y

dos tiestos con palmeras de fino tallo. Y en la casa, todo —la mesa de la cocina, con huellas negras, redondas, de los pucheros calientes, el tocador de color verde con flores blancas pintadas en él, el armario con vasos donde nadie había bebido nunca, los cuadros oscuros en las paredes— todo, todo hablaba de la larga vida transcurrida en esta casa abandonada, del abuelo, de la vieja, de los niños que dejaron sobre la mesa un manual de estudio literario, de las noches serenas del invierno y el estío. Y miles de blancas casas ucranianas como esta quedaron desiertas, y sus dueños, los hombres que las construyeron y plantaron árboles en torno suyo iban ahora sombríos, levantando polvo con sus botas, por las carreteras que llevaban hacia el este.

—Abuelito, ¿abandonaron al perro? —preguntó Lionia.

—No quisieron llevárselo; ya cuidaré yo de él —dijo el viejo y se echó él llorar.

—¿Por qué lloras? —interrogó María Timofeevna.

—¡Ay, por qué, por qué! —contestó el viejo y agitó la mano.

Con el pesado movimiento de su mano de uñas negras y deformadas por el duro laborar expresó el hundimiento de su vida.

María Timofeevna, apresurándose, volvió a su casa, y el pálido y delgado Lionia apenas la alcanzaba, hacía alguna pregunta pueril:

—Abuelita, ¿tú qué crees: una gallina tiene espina dorsal?

—Cállate Lionichka, cállate —contestaba la vieja.

¡Qué amargo le parecía ahora pasar por esta calle de la aldea! Por esta misma calle la llevaron, hace mucho tiempo,

a la iglesia para la bendición nupcial. Por esta calle marchó detrás del ataúd del padre, de la madre, del marido. Y mañana tendrá que subir a un carro cargado de enseres recogidos a toda prisa y abandonar la casa donde ella vivió como ama cincuenta años, donde educó a sus hijos, donde había llegado su silencioso, inteligente y compasivo nietecito.

En la aldea iluminada por el sol caliente de la tarde, en las casas blancas, en las empalizadas llenas de flores, en las huertas, susurraban que ya no había tropas rojas hasta el mismo río y que el viejo Kotenko que durante la colectivización se fue al Donbass para volver más tarde, había ordenado a su vieja que pintase de blanco la casa, igual que en vísperas de Pascua. Y la viuda Gulenkaia, junto al pozo, explicaba a todos:

— Dicen que Kotenko da a cada uno pequeñas franjas de tierra, la gente asegura que él cree en Dios.

Rumores oscuros, turbios corrieron por la aldea. Los viejos, saliendo a la calle, miraban hacia allí desde donde cada tarde, en el polvo sonrosado por el sol poniente, se veía volver del campo a los rebaños, miraban hacia el bosque lejano, hacia el encinar en que abundaban los hongos; por allí tenían que aparecer los teutones. Las mujeres llorando, sollozando, abrían zanjas en las huertas, ante las casas, escondían sus enseres -mantas, botas de fieltro, vajilla- y miraban hacia el Oeste. El Oeste estaba claro y tranquilo.

El presidente del koljós Grischenko fue a la casa del viejo Kotenko para pedirle los cuatro sacos que le había prestado un mes atrás.

Kotenko, un viejo alto y recio de espaldas, a lo sumo de unos 65 años de edad, la barba espesa, veía, sentado Junto a una mesa, como la vieja encalaba la casa.

—Buenos días —saludó Grischenko—; vengo en busca de mis sacos.

Kotenko preguntó malicioso:

—¿Estás a punto de marcharte, presidente del koljós?

—Claro que hay que marcharse —contestó Grischenko y miró con animosidad al viejo. Parecía haberse erguido en los últimos días, su modo de hablar se había hecho socarrón y lento; por primera vez le tuteaba.

—Sí, sí; hay que marcharse —seguía—. ¿Cómo vas a dejar de marcharte tú? El presidente del soviet de la aldea se marchó, de la oficina se marcharon todos, el tenedor de libros se marchó, casi todos los vuestros se marcharon, incluso el cartero también, todos los jefes de brigada se marcharon.

Se echó a reír y añadió:

—Mira lo que ocurre: no te puedo devolver los sacos. El yerno los llevó con grano a Beli Kolodets, y no volverá hasta pasado mañana.

Grischenko movió la cabeza y acordó tranquilamente:

—Bien; que se pierdan; es igual. Pero ¿qué idea te ha dado de pintar ahora la casa?

—¿Pintar la casa? —preguntó, a su vez, el viejo—. Quería decirle al presidente para qué estaba pintando la casa. Pero, reservado, cazarro, hecho a ocultarse, tampoco esta vez se atrevió. “¡Quién sabe! ¿Y si me pega un tiro?” —pensó. Estaba como ebrio de alegría, y hubiera querido ahora, aunque el Oeste estaba desierto aún, aunque el presidente del koljós andaba todavía por las casas, vaciar todo lo que albergaba en su alma, todo lo que había pensado en las largas noches del invierno, aquello de que no hablaba

ni siquiera con su vieja. Hacía mucho tiempo -unos cuarenta años- visitó a un tío suyo que trabajaba como jornalero en la hacienda de un rico kulak estoniano. Igual que un poema que sonase para él con un acento inapagable se grabaron en su corazón y en su alma los recuerdos de la vaquería donde el suelo de cemento se fregaba con jabón, del molino de vapor, del mismo amo, un viejo vigoroso de barba abundante, con un buen chaquetón amarillo de piel. Millares de veces se había complacido en evocar el rico trineo pintado de colores claros, el caballo joven, caliente y dócil que piafaba cerca del zaguán y al mismo amo, con su famosa pelliza, con su gorro alto y costoso, con sus guantes bordados, con sus botas de suave fieltro. Recordaba que una vez, de paso por el bosque donde los peones cortaban leña, el amo extrajo un frasco del bolsillo, desatornilló su fantástico tapón y bebió un trago de vodka mezclado con grosellas de color entre marrón y rojo. El amo no era comerciante, no era un terrateniente señorial: el amo era un campesino, un verdadero campesino; pero un campesino rico, fuerte. Convertirse en un campesino rico, que tuviese buenas vacas coloradas, en cuya hacienda trabajaran decenas de fornidos y dóciles jornaleros era la ilusión, la vida, el aliento de Kotenko. Había ido acercándose a la realización de su sueño duramente, tenazmente, con inteligencia. En 1916 tenía 60 hectáreas de tierra, había construido un molino de vapor. Dos de sus hijos se marcharon al Ejército Rojo y cayeron en el frente de la guerra civil. Kotenko prohibió a su mujer que colgase sus retratos en las paredes de la casa. Kotenko no perdía la esperanza, rezaba a Dios. En 1931 se marchó al Donbass y durante ocho años estuvo trabajando

en una mina. Pero el poema de su vida de mujik no quiso ni podía morir.

Y ahora —pensaba él— había llegado el tiempo de realizar su ilusión.

Durante muchos años le consumió la envidia a la vieja Cherednichenko. Kotenko comprobaba que el honor que él quiso obtener durante el régimen zarista lo había recibido ella después de la revolución por su vida trabajadora. A ella la llevaban a la ciudad, ella pronunciaba discursos en el teatro. Kotenko no podía contemplar serenamente su retrato publicado en el periódico del distrito: le parecía que la vieja de labios finos, que tenía un pañuelo negro sobre los hombros, se burlaba de él con sus ojos inteligentes y severos. “¡Ay, Kotenko, tú no has vivido honradamente!” —decía su rostro—. Y le abrasaba el odio cuando veía a la vieja ir tranquilamente a trabajar en el campo, cuando los vecinos le decían:

—La Timofeevna se ha ido a Kiev a visitar a su hijo; un teniente vino a buscada en un coche azul.

Pero ahora Kotenko sabía que su espera no había sido inútil, que quien había tenido razón era él y no ella. No en vano se había dejado crecer una barba como la de aquel kulak estoniano, no había esperado en vano, sus esperanzas no habían florecido en vano.

Y, mirando al presidente que le observaba, se contenía y se tranquilizaba a sí mismo: “Espera, espera; has aguardado mucho más, ahora no te queda más que un día, un día solo”.

—¡Quién sabe! —contestó bostezando a la pregunta de Grischenko—. Le habrá venido a la cabeza la idea de

pintar la casa en este tiempo. Y, si a la mujer se le antoja algo, ¿qué vas a hacer?

Salió de la casa para acompañar al presidente. Largo rato permaneció contemplando el camino desierto. En su cabeza se agitaban alegres y emocionadas ideas:

— La Cherednichenko edificó una casa en mi tierra; luego esto significa que la casa será mía, y, si la vieja quiere seguir en ella, tendrá que pagarme el arriendo en moneda de oro... La cuadra del koljós está en mi tierra; entonces será también mía... La huerta del koljós fue plantada en mi tierra, luego las cerezas y las manzanas serán igualmente para mí... Y el colmenar del koljós volverá a ser mío: yo demostraré que durante la revolución me quitaron esas colmenas...

El camino aparecía tranquilo, desierto, sin polvo; los árboles a lo largo del camino estaban inmóviles. Rojo, lleno, tranquilo, el sol descendía hacia la tierra.

“Por fin no he esperado en vano” -pensaba Kotenko.

IX

Lionia preguntó:

— Abuelita, ¿podremos marcharnos nosotros?

— Sí que podremos, Lionichke —contestó María Timofeevna.

— Abuelita, ¿y por qué retrocedemos siempre nosotros? ¿Es que son más fuertes los alemanes?

— Duerme Lionichka —contestó María Timofeevna—; mañana al amanecer, nos marcharemos. Yo también me acostaré una hora, descansaré un poco y luego recogeré

lo necesario para el camino. Me es difícil respirar; parece que me hubiesen colocado una piedra sobre el pecho. Querría quitarla; pero no me alcanzan las fuerzas.

— ¿Y a mi papá no le habrán matado, abuelita?

— ¿De qué hablas, Lionia? A tu papá no le matarán. Tu papá es fuerte.

— ¿Más fuerte que Hitler?

— Sí, más fuerte, Lionichka. Era un mujik como nuestro abuelo y ahora es general. Es inteligente, no. sabes tú qué inteligente.

— Papá está siempre callado, abuelita. Recuerdo que siempre me ponía sobre sus rodillas en silencio. Pero una vez cantamos juntos unas canciones.

— Duerme, Lionia, duerme.

— ¿Y la vaca vendrá con nosotros?

Nunca María Timofeevna se había encontrado tan débil como este día. Había mucho que hacer; pero como si toda su fuerza se hubiese disipado, ahora se sentía débil, decrepita. Colocó un edredón y una almohada sobre un banco y se acostó. Daba calor la estufa. Y también de los panes recién extraídos del horno, de los panes dorados como el sol, que exhalaban un aroma dulce y agradable venía calor. ¿Acaso habría sido ésta la última vez que sacaba su pan del horno, acaso no volvería a comer pan de su propio trigo? Los pensamientos se confundían en su cabeza.

Recordando su infancia se veía así también, echada sobre el horno caliente, encima de la pelliza paterna de pelo largo, devorando con la vista las empanadas que su madre acababa de sacar del horno. “¡Manka! Ven a desayunar” —le llamaba el abuelo. ¿Dónde estaría ahora el

hijo? ¿Viviría aún? ¿Cómo podría llegar hasta él? “¡Manka, Manka! —le llamaba después su hermana, y bajaba y corría descalza por el fresco suelo de arcilla. Habría que llevarse todos los cuadros, habría que quitar las fotografías de la pared. Las flores se quedarían. Los árboles frutales se quedarían. Las tumbas se quedarían también. No había ido al cementerio, para despedirse. Igualmente se quedaría el gato. Los koljosianos decían que en las aldeas incendiadas quedaban únicamente los gatos. Los perros se iban con sus amos; pero los gatos —acostumbrados a las casas— no querían marcharse. ¡Oh, qué calor, qué difícil respirar, qué pesadas las manos! Era como si las manos sintiesen ahora todo el peso del trabajo realizado por la vieja en sus setenta años de vida. Las lágrimas resbalaban a lo largo de sus mejillas, y era difícil alzar la mano; corrían y corrían las lágrimas. Así lloró ella, de niña, una vez que la zorra le quitó el pato más gordo. Por la tarde volvió a la casa y la madre le preguntó con extrañeza:

—Manka, ¿dónde está nuestro pato?

Ella se echó a llorar, y las lágrimas le corrían por las mejillas hasta que el padre, severo, siempre silencioso, se acercó a ella y le dijo mientras acariciaba sus cabellos: “No llores, hijita, no llores”. Y ahora le parecía que lloraba también evocando su gran felicidad cuando sintió en su cabeza la mano áspera aunque cariñosa del padre. Le parecía que en esta amarga noche final de su vida se había borrado el tiempo y que a la casa, que estaba a punto de abandonar, venía otra vez su infancia, su adolescencia, los primeros años de su vida familiar. Escuchaba el llanto de sus hijos, pegados al pecho, el murmullo pícaro y alegre de sus ami-

gas; veía a su marido joven, fuerte, de cabellos negros, le veía ante la mesa agasajando a los invitados; escuchaba el ruido de los tenedores, el crujir de los pepinos salados, duros como manzanas. Los invitados empezaban a cantar, y ella les acompañaba con su voz juvenil, sentía sobre sí las miradas de los campesinos, el marido se enorgullecía de ella y, moviendo cariñosamente la cabeza, el viejo Afanasi comentaba: “¡Ah, esta María!...”

Se durmió por fin. Más tarde la despertó un ruido extraordinario, salvaje, como nunca había habido en la aldea. Lonia también despertó, la llamaba: “¡Abuelita, abuelita, levántate corriendo! Abuelita, despiértate; no hay que dormir”.

Ella se acercó rápidamente a la ventanilla, descorrió la cortina y observó: ¿Era de noche aún o es que había amanecido un nuevo y horrible día? Todo tenía un color entre rojo y sonrosado, como si el pueblo entero -las casitas bajas, los troncos de los árboles, las huertas, las empalizadas- estuviese rociado de un agua sangrienta. Se oían disparos, ruido de motores de automóvil, gritos. Los alemanes habían irrumpido en el pueblo, había llegado la horda... Así llegó la horda que venía del Oeste: con emisoras de radio, perfectas, con aparatos de níquel, de cristal, de wolfram, de molibdeno, con neumáticos producidos en fábricas de caucho sintético. Y, como si les avergonzasen estas máquinas preciosas creadas fuera de su voluntad por el trabajo y la ciencia de Europa, los fascistas habían pintado en ellas los símbolos de su cruel salvajismo: osos, lobos, zorras, dragones, calaveras sobre tibias cruzadas.

María Timofeevna comprendió que para ella había llegado la muerte.

—Lionia —dijo—, corre en busca del pastor, de Vasilí Karpovich—; él te llevará, él irá contigo adonde está papá.

Ayudó a su nieto a vestirse.

—¿Dónde está mi gorra? —preguntó el chico.

—No hace frío; vete sin la gorra.

Y él, como si fuese un adulto, comprendió inmediatamente por qué no había que ponerse ahora el traje de marinero con botones dorados.

—¿Me puedo llevar la pistola y los anzuelos? —preguntó en voz baja.

—Llévatelos, llévatelos -y ella le entregó la pistola de juguete.

María Timofeevna abrazó a su nieto, le besó en los labios. Luego le dijo:

—Vete, Lionichke, dile a papá: tu madre te envió un saludo ardiente. Y tú, nietecito, recuerda a tu abuela, no me olvides.

Salió de la casa para despedirle cuando los alemanes llegaban al patio.

—Ve corriendo por las huertas. ¡Por las huertas! —le gritó.

El corría, y notaba como si las palabras de la despedida se hundiesen para siempre en su turbada alma infantil, sin sospechar que estas palabras se clavarían en su mente y ya no podría olvidarlas nunca.

María Timofeevna recibió a los alemanes en el umbral de su casa. Vio que detrás de los alemanes estaba el viejo Kotenko. Y, aún en este terrible instante, a María Timofeevna le sorprendieron los ojos del anciano; ávidamen-

te, escudriñándola hasta lo hondo, buscaban en su rostro, señales de perturbación, de espanto.

Un alemán alto, delgado, con el rostro sucio y sudoroso, le preguntó en ruso, cuidadosamente, como si destacase cada palabra con mayúsculas:

—¿Es usted la madre del comisario?

Y ella, sintiendo la muerte, se enderezó todavía más y repuso serenamente, alzando la voz:

—Yo soy su madre.

El alemán la miró lentamente al rostro, contempló el retrato de Lenin, luego observó el horno y la cama deshecha. Los soldados que había detrás de él examinaban la casa, y la vieja, con su vista aguda, cazaba sus miradas que iban rápidas del jarro de leche sobre la mesa a las toallas bordadas con gallos rojos, al pan candeal, al trozo de tocino medio envuelto en un limpio paño de lana, a la botella de licor de cerezas que brillaba en la ventana como si fuese un enorme rubí.

Uno de los soldados dijo algo en voz baja; -los demás se echaron a reír. Y otra vez María Timofeevna sintió, con su comprensión exacerbada, de qué hablaban los soldados. Sería alguna broma soldadesca sobre la buena comida que les había correspondido. De repente la vieja se estremeció porque acababa de comprender la indiferencia horrible que los alemanes sentían por ella. A los alemanes no les interesaba, no les conmovía, no les afectaba esta gran desgracia de una mujer de setenta años, dispuesta a morir. Simplemente la vieja estaba en el camino hacia el pan, hacia el tocino, hacia el lino y las toallas, y los soldados querían comer y beber. Ella no despertaba su odio porque

no la sentían peligrosa. Ellos la miraban igual que la gente mira a un gato o a un ternero. Ella estaba ante los soldados como una vieja innecesaria, que existía por casualidad en el espacio vitalmente indispensable para los alemanes.

No había, no podía haber en la tierra nada más espantoso que este desprecio por la gente. Los alemanes avanzaban, marcaban los itinerarios en sus mapas, anotaban en sus diarios la cantidad de miel que habían comido, describían las lluvias, contaban cómo se bañaban en los ríos, las noches de luna, las conversaciones con los amigos. Muy pocos de ellos escribían sobre los asesinatos en un sin fin de pueblos con nombres difíciles que se olvidaban rápidamente. Esto les parecía una cosa legal, de escaso interés.

—¿Dónde está el hijo del comisario? —interrogó el alemán.

—¿Es que tú haces también la guerra contra los niños, canalla? —preguntó a su vez María Timofeevna.

Quedó allí mismo donde cayó, en el umbral, de su casa y los tanquistas alemanes, pasando cuidadosamente junto al charco de sangre negra, iban y venían llevándose los enseres de la casa y hablando animadamente entre sí: “El pan está todavía caliente. Si tú fueses un buen muchacho, me darías, por lo menos, una de las cinco toallas. ¿Qué quieres? Es que yo no he tenido nunca una toalla como éstas con gallos bordados...”

En el centro de la habitación se alzaba una mesa cubierta con un mantel blanco. Sobre la mesa, había miel, nata, salchichón ucraniano mechado con tocino y ajo, grandes jarrros oscuros llenos de leche. En la mesa hervía el samovar.

Sergio Ivanovich Kotenko, vestido con una chaqueta negra, que aún olía a naftalina, con un chaleco también negro y una camisa blanca bordada de buen lino, atendía a los huéspedes alemanes: un mayor, jefe del destacamento de tanques, y un oficial de bastante edad con gafas de oro y una calavera blanca en la manga de su uniforme. Los oficiales estaban cansados después de la larga marcha nocturna; se veía el cansancio en la palidez de sus rostros.

El mayor apuró la leche que había en un vaso de color marrón oscuro y elogió bostezando:

—Esta leche me gusta mucho; tiene un sabor como de chocolate.

Sergio Ivanovich, acercando los platos llenos a los huéspedes propuso:

—Coman ustedes, por favor. ¿Por qué no toman nada?

Pero los oficiales fatigados no tenían ganas de comer: bostezaban y removían perezosamente con sus tenedores las rodajas de salchichón en los platos.

—Habría que echar a la calle a este viejo y a su esposa —dijo el oficial de gafas—: yo, literalmente, me ahogo con el olor de la naftalina. O habrá que recurrir a la máscara antigás.

El mayor se echó a reír.

—Pruebe usted la miel —dijo—; mi mujer me escribe: “Come lo más que puedas miel ucraniana”.

—¿No encontraron al chico? —preguntó el oficial de gafas.

—No; hasta ahora no.

El mayor tomó una rebanada de pan y la untó de mantequilla; luego sacó con la cuchara un poco de miel y,

después de extenderla sobre el pan, engulló rápidamente la rebanada. Por último, bebió varios sorbos de leche.

—En serio, no está mal —aprobó.

Kotenko ardía en deseos de preguntar a quién tenía que exponer sus derechos a la casa, a la cuadra koljosiana, a las colmenas, a la huerta. Pero se había apoderado de él un sentimiento incomprensible de timidez. Antes pensaba que, tan pronto como llegasen los alemanes, se notaría ágil y libre, que se sentaría a la mesa con ellos, que conversaría con ellos, que dialogarían. Pero los alemanes, no sólo no le habían invitado a sentarse, sino que en sus rostros burlones, en su modo de bostezar, adivinaba indiferencia. Cuando hablaban con él los alemanes fruncían, impacientes, las cejas; su oído atento cazaba palabras alemanas que no comprendía pero que evidentemente se referían, burlo-nas y despreciativas, a él y a su mujer.

Los dos oficiales se levantaron de la mesa y, murmurando la misma palabra incomprensible, que debía expresar algún saludo perezoso, salieron a la calle camino de la escuela donde sus ordenanzas les habían preparado las camas.

Amanecía ya; humeaban los incendios a punto de extinguirse.

—¿Y qué? ¿Te duermes o no, Motria? —preguntó Sergio Ivanovich.

—No puedo dormir —contestó la mujer.

Un sentimiento de alarma y de angustia se apoderaba paulatinamente de Kotenko. Miró la mesa, la comida que nadie había tocado. Tanto como él había soñado con un alegre y solemne festín para comenzar esta nueva vida de hombre rico.

Se tendió en la cama; pero durante largo rato no pudo conciliar el sueño. En su mente se mezclaban los recuerdos de sus hijos, que cayeron luchando en el Ejército Rojo y de la vieja Cherednichenko. No había asistido a sus últimos minutos. Cuando la vieja levantó su mano para abofetear al oficial, Sergio Ivanovich salió corriendo al patio y se detuvo junto a la empalizada. Oyó un disparo dentro de la casa y los dientes, de la emoción, comenzaron a rechinarle. Pero el oficial que salió de la casa parecía tan tranquilo, los soldados que saqueaban la casa tenían un aspecto tan bondadoso, conversaban tan reposadamente, que Sergio Ivanovich acabó por serenarse también. “Se habría vuelto loca la vieja —pensó—. ¡Querer abofetear a un oficial!” Gimió y se volvió sobre el otro costado. Le molestaba el olor de la naftalina. Del olor le pesaba la cabeza, le dolían las sienes. Se levantó silenciosamente, se acercó al baúl en que guardaba la ropa de invierno, sacó las fotografías -guardadas allí por la vieja donde sus hijos aparecían con gorras desoldados de Budionni y con sables. Echó una ojeada rápida a los muchachos de ojos redondos y mejillas gruesas que le miraban atentos y curiosos desde los retratos, rompió las dos cartulinas y echó los pedazos debajo del horno. Volvió a acostarse. Se sentía al mismo tiempo tranquilo y triste. “Ahora todo estará como yo quería” —pensó y se quedó dormido.

Cuando se despertó ya eran más de las nueve. Salió a la calle. La aldea estaba llena de polvo. A la calle central de la aldea continuaban llegando enormes camiones cargados de infantería. Nubes de soldados vagaban por entre las casas.

Sus caras enjutas, tostadas del sol, parecían ajenas y sospechosas.

“He aquí una fuerza” —pensó Sergio Ivanovich—. Oyó gritos por la parte del pozo y miró hacia allí. Anna, la hija de Cherednichenko, llevando dos cubos de agua, corría hacia su casa. La perseguía a grandes zancadas un hombre alto con zapatos amarillos de suela gruesa. “¡Ay, buena gente! Nuestra casa está ardiendo. ¡La han incendiado los malditos y ahora no nos dejan apagar el fuego!” —gritaba llorando, la muchacha.

El soldado alto la alcanzó y, después de obligarla a dejar los cubos en el suelo, le dijo algo rápidamente, la agarró por la mano, empezó a mirarla directamente, a los ojos llenos de lágrimas. Llegaron dos soldados más, comenzaron a hablar y a reírse, abrieron sus brazos para cerrar el paso a la muchacha. Entre tanto, el techo de paja ardía con un fuego alegre y claro como el sol matutino del estío. El polvo cubría la calle, cubría los rostros humanos, el aire olía a quemado, de los sitios donde hubo algún incendio se alzaban frágiles columnas de humo blanco, de los hogares abrasados quedaban como monumentos tristes sus altas y delgadas chimeneas. En algunos hornos se veían ollas, pucheros. Mujeres y niños, con los ojos enrojecidos del humo, cavaban en los escombros, extraían algunos utensilios semiquemados, alguna olla de hierro fundido, una sartén. Sergio Ivanovich vio a dos alemanes que se disponían a ordeñar una vaca. Uno tendía a la vaca un platillo con patatas espolvoreadas de sal. La vaca, recelosa, comía las patatas y miraba de reojo al otro alemán, que había instalado un cubo brillante bajo sus ubres. Hacia la parte del lago se oía

un animado diálogo en alemán y el grito de susto de los patos. Varios soldados, dando saltos de rana, cazaban con sus brazos entreabiertos los patos que otros dos soldados absolutamente iguales a ellos, rubios, metidos en el agua hasta la cintura empujaban hacia la orilla. Los dos soldados salieron del agua y se acercaron, desnudos, a la vieja maestra Anna Petrovna, que en aquel momento cruzaba la plaza. Haciendo muecas empezaron a bailar. Los demás soldados se desternillaban de risa viendo su baile.

Sergio Ivanovich fue a la escuela: allí, en el columpio donde antes, durante los recreos, jugaban los niños, estaba colgado el presidente del koljós Grischenko. Sus pies, descalzos parecían tocar casi la tierra: pies vivos, callosos, con los dedos torcidos. Su cara oscura, llena de sangre coagulada, miraba directamente a Sergio Ivanovich, y Sergio Ivanovich suspiró: Grischenko se burlaba de él. Le miraba con unos ojos horribles, salvajes; le sacaba la lengua e, inclinando pesadamente la cabeza, le preguntaba: “¿Qué, Kótenko; por fin se realizó tu ilusión, llegaron los alemanes!”

A Sergio Ivanovich se le nubló la cabeza. Quiso gritar; pero le fue imposible y no hizo más que un ademán. Luego dio media vuelta y se marchó. “Aquí está mi cuadrá” —dijo en voz alta, mirando atentamente las huellas negreantes del incendio: vigas, cabrias, postes. Fue después al colmenar y ya desde lejos vislumbró las colmenas revueltas y destruidas, oyó el zumbido de las abejas que parecían guardar el cadáver del joven apicultor tendido bajo un fresno. “Aquí está mi colmenar —dijo—; aquí está mi colmenar”. Se detuvo para mirar la nube de abejas que volaban sobre el cadáver del apicultor. Luego fue a ver la

huerta koljosiana: ni una manzana, ni una sola pera quedaban en los árboles. Los soldados serraban los árboles frutales, los derribaban a hachazos, maldiciendo esta madera tan dura. “El cerezo y el peral son los árboles más difíciles de talar porque sus fibras están entremezcladas» — pensó Sergio Ivanovich.

En la huerta humeaban las cocinas de campaña. Los cocineros limpiaban los patos, pelaban los lechones recién sacrificados, mondaban patatas, zanahorias, remolachas, arrancadas de las huertas koljosianas, Bajo los árboles estaban tendidos o sentados decenas, cientos de soldados, y todos ellos masticaban, masticaban, haciendo chascar los labios, tragando el jugo de las blancas manzanas, de las peras dulces como el azúcar. Y a Sergio Ivanovich le parecía que este chasquido de los labios alemanes apagaba todos los demás rumores: las sirenas de los camiones que llegaban constantemente, el ruido de los motores, los gritos, el largo mugir de las vacas, la algarabía de los pájaros. Le parecía que, si en este momento hubiera sonado un trueno, también su fragor se habría ahogado bajo el chascar de los labios de cientos y cientos de alemanes comiendo a toda prisa.

La cabeza se le turbaba cada vez más a Sergio Ivanovich. Erraba por la aldea sin rumbo y sin objeto. Al verle las mujeres se apartaban, los niños huían a los patios y se escondían en la alta hierba junto a las empalizadas, los hombres resbalaban sobre él la mirada de unos ojos ciegos que no querían ver, pasaban rozándole sin contestar a sus preguntas, las viejas que ya no temían a la muerte le amenazaban con sus puños secos y tostados y le maldecían. Iba por la aldea, mirando de reojo. Una capa de polvo cubría su chaqueta negra, se le ensució la cara sudorosa. La cabe-

za le dolía terriblemente. Y pensaba que este dolor en las sienes provenía del intenso aroma de naftalina que se le había alojado en la nariz, que el zumbido con que le atornaban los oídos venía del alegre chascar de los labios de cientos y cientos de alemanes que comían al unísono.

Entretanto, los camiones negros seguían llegando, venían por el polvo amarillo y gris; cada vez llegaban nuevos alemanes escuálidos, y sin esperar a que abriesen las bordas de los camiones y tendieran las escalerillas, se tiraban de un brinco y corrían a las casas blancas, a las huertas, a los jardines, a los corrales, a los gallineros.

Sergio Ivanovich regresó a su casa y se detuvo en el umbral. La mesa, ricamente preparada desde anoche, estaba sucia de vómito y llena de botellas vacías. Los alemanes borrachos iban tambaleándose de habitación en habitación. Uno de ellos sondaba con las tenazas el vientre oscuro del horno, otro, de pie sobre un taburete, quitaba del rincón de los iconos las toallas bordadas que Sergio Ivanovich colgó allí anoche. Al ver a Sergio Ivanovich, pronunció rápidamente una larga frase en alemán. De la cocina llegaba rumor de mandíbulas masticando rápidas, alegres y ruidosas: los alemanes comían tocino, manzanas, pan. Sergio Ivanovich salió al zaguán de la casa. Allí, en un rincón oscuro, junto al barril de agua, aguardaba su mujer.

Un terrible dolor le oprimió el corazón. Aquí estaba, callada, sumisa, dócil, su mujer, que en toda la vida no le había contradicho una vez sola, que nunca le había dirigido ni una palabra brusca

—¡Motria, mi pobre Motria! —pronunció en voz baja y, de repente, titubeó. La estaban mirando unos ojos vivos y juveniles.

—Quería haberme llevado las fotografías de mis hijos —explicó la mujer con una voz que él no reconoció—; pero tú las rompiste anoche y las echaste debajo del horno —dijo y salió para siempre de la casa deshonorada.

Kotenko quedó en el zaguán semioscuro. Por un instante apareció en su imaginación el kulak estoniano con su pelliza de piel colorada, masticando alegre y ruidosamente... Luego le pareció ver de pronto, a María Cherednichenko, iluminada por las llamas, los cabellos canosos escapándole de debajo del pañuelo oscuro. Y otra vez volvió a envidiarla ardientemente. Pero esta vez no le envidiaba su vida: esta vez envidiaba su limpia muerte... Por un segundo vio claro el terrible abismo donde había caído su alma.

Empezó a tantear con la mano, buscando la cuerda del cubo. El cubo cayó ruidosamente; pero no tenía cuerda. Se la habían llevado los alemanes.

—¡No! — decidió y, quitando de sus pantalones el fuerte cinturón de cuero, comenzó allí mismo, en el zaguán oscuro, a preparar un nudo corredizo y a afianzarlo al garfio que había sobre el barril.

X

De noche en el puesto de mando del regimiento cenaban Mertsalov y Bogarev. Comían carne en conserva de unas pequeñas latas. Mertsalov, llevándose a la boca un trozo de carne con grasa congelada, dijo: —Algunos calientan estas conservas; pero, a mi juicio, frías saben mejor.

Después de las conservas comieron pan y queso; a continuación empezaron a beber té. Con la bayoneta que

les servía para abrir las latas de conserva, Mertsalov rompió un gran terrón de azúcar. Pequeñas esquirlas salieron disparadas en todas direcciones. El jefe del Estado Mayor se inquietó: dos o tres trocitos puntiagudos de azúcar le habían dado en la cara.

—Se me olvidaba por completo —dijo Mertsalov—. Tenemos también mermelada de frambuesa. ¿Qué opina usted, camarada comisario?

—Mi opinión es bastante positiva: se trata, precisamente, de mi mermelada predilecta.

—Entonces está muy bien. Pero a mí me gusta más la mermelada de guindas. ¡Esa sí que es mermelada!

Los dos bebieron simultáneamente un sorbo ruidoso de té, levantaron simultáneamente la cabeza.

—Cuidado que la tetera está completamente negra. La habrán calentado en la hoguera.

—No, han hecho el té en la cocina de campaña; pero Proskurov lo habrá recalentado en la hoguera —dijo sonriente Mertsalov.

—Sí, camarada Mertsalov, su experiencia de la vida de campaña es unas setenta veces mayor que la mía. ¿Dónde podemos echar la confitura? Creo que lo más sencillo será directamente en el saco.

Los dos simultáneamente volvieron a beber su té, simultáneamente volvieron a levantar la cabeza, se miraron el uno al otro y sonrieron.

Estos días les habían aproximado entre sí: en general la vida en la primera línea acerca impetuosamente a los hombres. Vive uno todo un día con un compañero y le parece que ya no ignora nada sobre él: sus costumbres en la

comida, de qué lado le gusta dormir, si rechina los dientes en el sueño, dónde está evacuada su mujer, y, a veces, llega uno a conocer cosas que en tiempo de paz no hubiera podido saber de su amigo más íntimo ni en diez años. La amistad afianzada por la sangre y el sudor del combate es fuerte. Después de apurar su té. Bogarev inició una conversación sobre un tema importante:

—¿Qué opina usted, camarada Mertsalov: resultó bien nuestra incursión nocturna contra el sovjós donde estaban los tanques alemanes?

—¡Qué contestarle a eso! —dijo sonriendo Mertsalov—. Irrumpimos por sorpresa en plena noche, el enemigo huyó y nosotros ocupamos el pueblo. Por esta operación nos corresponden condecoraciones. ¿Es que usted, camarada comisario, considera que la operación ha tenido poco éxito? —preguntó luego sin dejar de sonreír.

—Claro que para mí ha sido un fracaso —dijo Bogarev—: un completo fracaso.

Mertsalov se acercó a él:

—¿Por qué?

—¿Cómo por qué? Porque los tanques se nos escaparon. ¿Cree usted que hablo en broma? Si hubiéramos organizado mejor la coordinación, no se nos habría escapado ni un solo tanque. Pero, ¿qué ocurrió? Que cada jefe de batallón actuó aisladamente, sin saber nada de su vecino. Y no conseguimos el golpe sobre el centro, que es, precisamente, donde estaban concentrados los tanques. Esto es lo primero. Ahora lo segundo: cuando los alemanes comenzaron a replegarse, se debía haber trasladado el fuego de la artillería sobre el camino por donde ellos se retiraban y así

hubiéramos aniquilado montones de enemigos; pero, después de las primeras descargas, la artillería enmudeció, se rompió el enlace con ella y ya no recibió ninguna otra misión. Teníamos que derrotarles, aniquilarles por completo; pero se nos escaparon. Además —prosiguió, contando con los dedos—, hubo bastantes más descuidos. Por ejemplo, se debía haber enviado parte de las ametralladoras a la retaguardia enemiga. Allí había un bosquecillo que parecía especialmente preparado para eso. Estas ametralladoras hubieran recibido a los alemanes; pero, en lugar de ello, les empujamos sólo de frente y ni una sola vez tratamos en serio de salir a su flanco.

—Eso es verdad —asintió Mertsalov—; los alemanes se ampararon con un insignificante grupo de fusiles automáticos y detuvieron el fuego.

—Entonces ¿a qué vienen las condecoraciones? —preguntó Bogarev riéndose—. ¿Acaso porque el jefe del regimiento, el conocido camarada Mertsalov, en lugar de dirigir el fuego y la colocación de las ametralladoras, de los fusiles automáticos, de los cañones ligeros y pesados, de los morteros regimentales y de las compañías, tomó en el momento más difícil un fusil y se lanzó a la cabeza de un puñado de hombres? La situación era extraordinariamente complicada, y el jefe del regimiento no tenía por qué correr adelante con el fusil, sino pensar bien hasta que le brotase el sudor en la frente, adoptar decisiones rápidas y concretas.

Mertsalov apartó el vaso de té, y con un acento adolorido, preguntó:

—¿Qué más piensa usted, camarada comisario?

—Estoy pensando muchas cosas —sonrió Bogarev—. Parece que, ante Mohilev, se dio aproximadamente

el mismo cuadro: los batallones actuaron cada uno por su cuenta y el jefe del regimiento fue al ataque con la compañía de exploración.

—¿Y qué más? —preguntó calmadamente Mertsalov.

—Pues que la deducción está clara: el regimiento carece de la debida coordinación; como regla, entra al combate con retraso y, en general, se desplaza lentamente, sin agilidad, durante el combate los enlaces funcionan mal, muy mal. El batallón que avanza no sabe quién tiene a su derecha: si a un vecino o al enemigo. Armas excelentes no se aprovechan bien. Por ejemplo, los morteros no son utilizados en el combate. Hay quien los lleva de un lado para otro; pero muchos de ellos ni siquiera disparan. El regimiento no emplea la maniobra de flanqueo, no trata de salir a la retaguardia del enemigo. Empuja de frente y nada más.

—Bien, bien. Muy interesante —dijo Mertsalov—. ¿Qué deducción se debe sacar de todo esto?

—¿Qué deducción? La deducción es que el regimiento combate mal, peor de como debe combatir.

—Bien. Pero, la deducción, la deducción fundamental —preguntaba Mertsalov, cada vez más apremiante.

Por lo visto, pensaba que el comisario no quería decir su última palabra.

Pero Bogarev siguió reposadamente:

—Usted es un hombre audaz, dispuesto a entregar su vida; pero manda mal el regimiento. Sí; la guerra es una cosa compleja. En la guerra intervienen tanques, aviación, una masa de distintos medios de fuego: todo esto se desplaza rápidamente, colabora, en el campo de batalla surgen

a cada paso combinaciones y problemas más complicados que los que se presentan en el ajedrez. Hay que resolver estos problemas; pero usted rehuye su solución.

— ¿Eso quiere decir que Mertsalov no sirve?

— Estoy seguro de que sirve. Pero no querría que Mertsalov pensase que todo está bien, que ya no queda nada por aprender. Si los Mertsalov pensasen de este modo, no podrían triunfar sobre los alemanes. En esta batalla de los pueblos no es bastante conocer la aritmética de la guerra; para apalear a los alemanes hace falta conocer las matemáticas superiores.

Mertsalov callaba. Bogarev dijo bondadosamente:

— ¿Por qué no bebe usted su té?

Mertsalov apartó todavía más el vaso.

— No quiero — dijo sombrío.

Bogarev se echó otra vez a reír.

— Vea usted — dijo —. Desde el primer día se establecieron relaciones amistosas entre nosotros. Yo estaba encantado por ello. Acabamos ahora de tomar té con una excelente mermelada de frambuesas. Yo le he dicho varias cosas agrias, antipáticas; he echado a perder, si se puede decir así, nuestro té. ¿Cree usted que a mí me es agradable que esté enojado, que se sienta ofendido y que ahora me maldiga en su interior con las palabras más duras? No es agradable. Sin embargo, estoy satisfecho, muy satisfecho de que haya ocurrido todo esto. Nosotros no tenemos sólo que mantener nuestra amistad: por encima de todo tenemos que triunfar. Enfádese si quiere, Mertsalov; ese es asunto suyo, pero recuerde que yo le he hablado de cosas muy serias, que yo le he dicho la verdad.

Se levantó y salió del blindaje.

Mertsalov siguió con su mirada triste; después salió de repente y, dirigiéndose al jefe del Estado Mayor que acababa de despertarse, comenzó a gritar:

—Camarada mayor, ¿escuchaste la lección que me ha dado? ¿Eh? ¿Por quién me tomará? ¿Eh? ¡Imagínate! A mí, que tengo título de Héroe de la Unión Soviética; a mí que llevo cuatro heridas en el pecho.

Bostezando observó el jefe del Estado Mayor:

—Es un hombre muy difícil; yo lo definí desde el principio. —No; es mucho más. Está tomando té con mermelada de frambuesas de pronto, te dice tranquilamente: “¿Cuál es la deducción? Muy sencilla: que usted dirige mal el regimiento”. ¿Y qué vas a contestarle? Fue tan inesperado que me desorienté. Y eso me lo dijo a mí, a Mertsalov...

XI

De noche, el coronel Petrov, jefe de la división, llamó a Mertsalov por teléfono. Era muy difícil hablar porque a cada momento se interrumpía la comunicación y se oía extraordinariamente mal. Al final del diálogo, la comunicación se cortó por completo. De las palabras del coronel, Mertsalov comprendió que en las últimas horas la situación había empeorado radicalmente en el sector definido por la división. Ordenó que despertasen a Mishanski y le envió al Estado Mayor de la división. Hasta el Estado Mayor había unos 12 kilómetros. Una hora más tarde Mishanski volvía con una orden por escrito del jefe de la división. Una columna de tanques alemanes con buena cantidad de infantería mo-

torizada había irrumpido en la retaguardia de la división, aprovechando la circunstancia de que un pantano al este del gran bosque se secó durante los días cálidos y secos de agosto. Los alemanes salieron así a la carretera evitando el camino natural que defendía el regimiento de Mertsalov. Ante el nuevo estado de cosas la división había recibido la orden de pasar a una línea de defensa más al sur de punto que ocupaba actualmente. Al regimiento de Mertsaeve con el grupo de obuses agregado a él se le ordenaba replegarse cubriendo el camino natural. Mishanski contó que mientras estuvo en el Estado Mayor de la división enrollaron va el hilo telefónico, quitaron los postes y cargaron todo en los camiones, que los dos regimientos de fusiles, la artillería de la división y el regimiento de obuses estaban ya preparados para ponerse en marcha a las 10 de la noche y que el batallón médico-sanitario había salido a las seis de la tarde. En mi presencia —agregó— llegaron delegados de enlace uno del Estado Mayor del Ejército y otro del vecino de la derecha, el mayor Beliaev, a quien yo había ya encontrado en Brest. Me dijo que en su sector se libran día y noche combates sangrientos. Nuestra artillería hizo allí algo terrible; pero los alemanes presionan y presionan.

—Sí, se está creando una situación muy seria —dijo el jefe del Estado Mayor.

Mishanski se inclinó hacia él y le dijo en voz baja:

—Esto se puede expresar con una sola palabra: cerco...

Mertsalov interrumpió enojado.

—Dejen de hablar de cercos, tenemos que actuar de acuerdo con la orden. —Se dirigió al oficial de guardia—:

Llame a los jefes de los batallones y al jefe del grupo de obuses. ¿Dónde está el comisario?

—Con los zapadores —repuso el jefe del Estado Mayor.

—Dígale que venga al puesto de mando.

La noche era oscura, silenciosa, muy alarmante. La alarma estaba en la temblorosa luz de las estrellas, la alarma crujía bajo los pies de los centinelas, la alarma era una ronda de sombras oscuras entre los árboles inmóviles, la alarma, sacudiendo las ramas, iba con las patrullas de reconocimiento y no las abandonaba cuando después de pasada la zona de vigilancia, se aproximaban al Estado Mayor del regimiento. La alarma murmuraba en la corriente oscura cerca de la presa del molino; la alarma estaba en todas partes: en el cielo, en la tierra, en el agua. Hubo momentos en que cada uno de los que entraban en el Estado Mayor era asaltado a preguntas en espera de que trajese malas noticias; momentos en que cualquier relámpago lejano obligaba a aguzar el oído y, al rumor más leve, los centinelas aprestaban los fusiles y ordenaban: “¡Alto!, ¡que disparo!” En estos minutos, Bogarev, silencioso, observaba con admiración a Mertsalov, el jefe del regimiento de tiradores. Era el único que hablaba alegre, seguro, en voz alta. Se reía y bromeaba. En estas horas nocturnas tan cargadas de peligro, toda la gran responsabilidad por los millares de hombres, por los cañones, por la tierra descansaba sobre él; pero esta responsabilidad no le pesaba demasiado. ¡Cuántas preciosas cualidades del espíritu humano maduran el alma, la fortalecen en una noche como ésta! Y miles de tenientes, de comandantes, de coroneles, de generales,

de comisarios vivían, en toda la extensión del enorme frente, horas, semanas, meses de esta gran responsabilidad que temple e instruye a cada uno.

Mertsalov en medio de sus hombres, les explicaba la tarea. Parecía que un sinfín de recios hilos de enlace se estaba tendiendo entre él y los hombres acostados en el bosque oscuro, los hombres que permanecían en los puestos de vigilancia, los hombres que se hallaban de guardia en los emplazamientos artilleros, los hombres, que aguzaban la vista y el oído en los puestos avanzados de observación. Era alegre, sereno y sencillo este comandante de 35 años, de cabellos rubios, con el rostro lleno y tostado por el sol, con unos ojos claros que a veces parecían grises y a veces azules.

—¿Damos la señal de alarma a los batallones? —preguntó el jefe del Estado Mayor.

—Que duerman una hora más los muchachos. El combatiente tarda poco en levantarse -repuso Mertsalov—. Seguro que estarán durmiendo con las botas puestas.

Miró a Bogarev y le dijo:

—Lea usted la orden del jefe de la división.

Bogarev leyó la orden donde se indicaba al regimiento la dirección y su tarea: con un batallón debía detener el movimiento de los alemanes en el camino natural hasta la noche y con las fuerzas restantes conservar el paso sobre el río Uzh.

—¡Ah! Hay otra cosa más -dijo Mertsalov como si, de improviso, hubiera recordado algún detalle de poca importancia y se enjugó la frente con el pañuelo—. ¡Qué calor hace! ¿No le gustaría salir a respirar un poco de aire fresco? Durante varios segundos permanecieron silenciosos en la oscuridad. Mertsalov dijo luego en voz baja:

Se trata de lo siguiente: unos quince minutos después de pasar Mishanski, los alemanes cortaron el camino. No tengo enlace ni con el Estado Mayor de la división ni con las unidades vecinas. En una palabra: el regimiento está cercado. Yo he tomado ya mi decisión. El regimiento se dirigirá hacia el paso del río para cumplir allí su tarea y luego se abrirá camino a fin de unirse con los nuestros, mientras que el batallón de Babadzhanian y los obuses se quedarán en el camino que pasa por el bosque para detener al enemigo. Volvieron a callar los dos.

—¡Diablos! no cesan de disparar con balas trazadoras hacia arriba —dijo Mertsalov.

Bogarev aprobó:

—Me parece que su decisión es justa.

—Vea usted —Mertsalov apuntó al cielo—: un cohete verde. Yo, naturalmente, me quedaré con el batallón... ¡Otro cohete más!

—De ningún modo —protestó vivamente Bogarev—: Soy yo quien debe quedarse con el batallón. Le voy a demostrar por qué debo quedarme yo y por qué tiene usted que conducir el regimiento.

Convenció a Mertsalov. Se despidieron en la oscuridad. Bogarev no vio el rostro de Mertsalov; pero sentía que estaba recordando la difícil conversación que sostuvieron mientras tomaban el té.

Una hora más tarde rompió marcha el cuerpo de tren del regimiento. Los caballos iban por el camino calladamente, incluso resoplaban sin hacer ruido, como si comprendiesen que no se podía descubrir el secreto de este movimiento nocturno. En silencio los combatientes rojos

salían de la oscuridad para volver a entrar en ella. Desde la oscuridad les despedían los que se quedaban. En esta callada despedida de los batallones había al mismo tiempo, una gran solemnidad y una profunda tristeza.

Las piezas del grupo de obuses ocuparon sus emplazamientos antes del amanecer. Los artilleros cavaban zanjás de protección, traían del bosque ramas para ocultar los cañones. El jefe del grupo Rumiantsev y el comisario Nevtulov dirigían la preparación de almacenes para las municiones. Elegían las direcciones desde donde podrían ser más amenazadores los tanques enemigos y, tratando de adivinar las eventualidades del combate inminente, disponían las piezas, indicaban en qué sitio había que cavar las trincheras y los caminos de comunicación. Tenían a su disposición reservas de botellas con líquido inflamable y bombas antitanques, pesadas como planchas. Bogarev les dio a conocer la tarea.

—La cosa es difícil —dijo Rumiantsev—; pero ya no es la primera misión complicada que nos toca.

Comenzó a hablar sobre la táctica de los tanques alemanes en sus ataques, sobre los aspectos fuertes y débiles de los bombarderos en picada y de los cazas alemanes, sobre las particularidades de la artillería enemiga.

—Tengo bastantes minas, camarada comisario —dijo Rumiantsev—. ¿No convendría minar el camino?

—El sitio ideal —explicó Nevtulov— está a un kilómetro del sovjós: a un lado, un barranco y, al otro lado, un bosque espeso. El enemigo no tendrá ningún atajo.

Bogarev estaba de acuerdo.

—¿Qué edad tiene usted? —preguntó, de repente, a Rumiantsev.

— Veinticuatro años — contestó Rumiantsev y, como si quisiera justificarse, agregó —. Pero estoy combatiendo ya desde el 22 de junio.

— ¿Y qué tal ha combatido usted?

— Yo le puedo informar, camarada comisario, si tiene usted tres minutos libres- dijo Nevtulov.

— Sí, sí, léelo, Seriozha, Es que lleva un diario desde el primer día de la guerra — dijo Rumiantsev.

Nevtulov extrajo un cuaderno de su cartera de campaña. A la luz de una linterna eléctrica Bogarev vio que la tapa del cuaderno estaba adornada con letras de papel de color.

Nevtulov comenzó a leer: “El 22 de junio el regimiento recibió la orden de intervenir en defensa de la patria y el grupo de artillería del capitán Rumiantsev disparó una poderosa salva contra el enemigo. Los cañones lanzaban sobre las cabezas fascistas tonelada y media de metal cada minuto...”

— Seriozha escribe bien — elogió Rumiantsev.

— Siga usted leyendo.

“... El día 23 el regimiento aplastó dos baterías de artillería, tres baterías de morteros y más de un regimiento de infantería. Los fascistas retrocedieron 18 kilómetros. Este día el regimiento gastó 1,380 obuses... El 25 de junio el grupo del capitán Rumiantsev hizo fuego contra un puente sobre el río Kamenni Brod. El paso fue destruido y aniquiladas una compañía de motoristas y dos de infantería...”

— Y así cada día — dijo el capitán Rumiantsev —. ¿Verdad, camarada comisario que no escribe mal?

— Todavía combates mejor — elogió Bogarev.

— No, hablando en serio, Seriozha tiene talento de

escritor —dijo Rumiantsev—. Antes de la guerra publicaron una narración suya en la revista “Smena”...

—Aquí todo está en orden —pensó Bogarev; iré al batallón de Babadzhanian...

Cuando se marchaba, tanteando cuidadosamente el camino porque, deslumbrado por la luz de la linterna eléctrica, no veía nada, hasta sus oídos llegó la voz de Rumiantsev:

—Ni que decir tiene que mañana no podremos jugar al ajedrez.

—¿Dónde situó usted, Rumiantsev, los tractores de remolque? —preguntó Bogarev.

—Todos los tractores de remolque, los camiones y el combustible están en el bosque, camarada comisario, y podrán alcanzar los emplazamientos por un camino libre del fuego enemigo —contestó, en la oscuridad, Rumiantsev.

Bogarev encontró a Babadzhanian en el puesto de mando. Babadzhanian le describió los preparativos del batallón para la defensa. Escuchándole. Bogarev contemplaba los ojos negros y brillantes, las mejillas bronceadas y hundidas del jefe del batallón.

—¿Por qué tiene usted hoy los ojos tan tristes? —preguntó Bogarev.

Babadzhanian hizo un ademán:

—Camarada comisario, —explicó— desde el principio de la guerra no he recibido ninguna carta de mi mujer ni de mis hijos. Les dejé a seis kilómetros de la frontera rumana. No sé por qué se me había metido en la cabeza que mañana es el cumpleaños de mi mujer y que sin falta debía recibir carta de ella. Si no una carta, por lo menos alguna

noticia. Esperaba, esperaba este día, lo estuve aguardando todo un mes, y hoy, precisamente, ha sido cercado el regimiento. Nuestro correo regimental no funcionaba bien cuando teníamos enlace. Ahora no hay ni que esperar. Durante mucho tiempo estaremos sin recibir cartas.

—Sí; lo que es mañana, no va usted a recibir ninguna carta —habló, pensativo, Bogarev y luego añadió—. Es interesante: me ha tocado ver con frecuencia que los hombres de hogar, los que quieren mucho a sus hijos, a su mujer, a su madre, son los que combaten mejor.

—Eso es verdad —asintió Babadzhanian—. Se lo puedo demostrar en mi batallón. Por ejemplo, uno de mis mejores combatientes es Rodimtsev. Y hay muchos como él.

—Yo conozco un ejemplo más en su batallón —dijo Bogarev.

—¿Qué dice usted, camarada comisario? —protestó, confuso Babadzhanian y agregó con viveza—. La cosa es fácil de comprender: ¡se trata de una guerra patria!

XII

Los alemanes rompieron la marcha a la madrugada. Los tanquistas con las escotillas superiores abiertas, comían manzanas, contemplaban el sol naciente. Algunos llevaban únicamente calzoncillos y camisetas deportivas con mangas anchas y cortas, que sólo les llegaban a los codos. A la cabeza iba, no muy separado de los demás, un tanque pesado. Su jefe, un alemán corpulento, con un brazalete de corales rojos que le envolvía el brazo fofa y blanco a la altura del codo, volvió su carota, sembrada de grandes pecas,

hacia el sol y bostezó. De debajo de su boina salía un largo mechón de cabellos claros. Estaba sentado sobre el tanque como un ídolo de la presunción soldadesca, como un dios de la guerra injusta. Su tanque estaba ya a seis kilómetros de Marchijina Buda cuando la cola férrea de la columna viraba todavía ruidosamente en la plaza aldeana. Rápidos, lo mismo que una bandada de pollitos impetuosos entre pesadas carpas, pasaron, adelantándose a los tanques, los motoristas. Aún rozando a los tanques, no reducían la velocidad y saltaban en los baches de la carretera, los sidecars de color verde oscuro se bamboleaban como si quisieran soltarse de las motocicletas. Al pasar junto al tanque de cabeza, los motoristas, encorvados sobre la máquina, flacos, de tez oscura, tostada por el sol, sin girar la cabeza, alzaban rápidamente la mano para saludar al jefe y volvían a pegarla al manillar. El alemán corpulento contesta a los saludos con un lánguido ademán de su brazo fofo. La compañía de motoristas pasó velozmente dejando a sus espaldas una larga estela de polvo blanco. El sol saliente tiñó de color rosa esta polvareda oscilante, que flotaba sobre el camino, y el tanque de cabeza penetró zumbando en la ligera nube de polvo.

En lo alto, silbando agudamente, pasaron unos "Messerschmidt-109". Los cuerpos finos, como libélulas, de los Messers iban tan pronto hacia la derecha como hacia la izquierda, ascendían y descendían Impetuosamente; sobrepasando, a veces, la cabeza de la columna de tanques volvían raudos para atrás con bruscos virajes. Su silbido era tan agudo, que no lo podía ahogar ni el sordo y potente fragor de los tanques. Los "Messerschmidt" descendían

sobre cada bosquecillo, sobre cada barranco, escudriñaban los trigales sin segar. Siguiendo a los tanques salieron al camino los negros camiones de seis ruedas de la infantería motorizada. Los soldados, sentados en bancos plegadizos, llevaban torcidos sus gorros cuarteleros, sujetaban con las manos los oscuros fusiles automáticos. Los camiones se desplazaban entre una espesa polvareda que el potente sol de verano no podía atravesar. El polvo, en nubarrones prietos y largos, flotaba sobre los campos y los bosques, los árboles se hundían en la tupida niebla, y parecía que la tierra, al arder, despidiese este humo seco y asfixiante.

Era el movimiento clásico, elaborado y comprobado, de las columnas motorizadas alemanas. El alemán corpulento de la boina iba también sentado en su tanque cuando a las cinco de la mañana del 10 de mayo de 1940 la pesada máquina a la cabeza de otra columna como esta, avanzaba a lo largo de una carretera por entre las colinas, los muros de piedra, los verdes viñedos de Francia. Exactamente igual le adelantaron, en el minuto establecido de antemano, los motoristas, exactamente igual revolotearon en el cielo de Francia los aviones del destacamento de protección. En el amanecer claro y temprano del 1º de septiembre de 1939 su tanque derribó el poste fronterizo de una carretera polaca, entre los altos troncos de los fresnos, y miles de rápidas manchas solares saltaban, silenciosamente, sobre la coraza negra. Así irrumpió la columna de tanques, con todo su peso, en la carretera de Belgrado: el cuerpo moreno de Serbia crujió convulso bajo las rápidas orugas. Así se abrió paso antes que nadie a través de la garganta semioscura y fresca desde donde se divisaba la mancha azul clara

del golfo de Salónica, la costa rocosa... Seguía bostezando, acostumbrado a todo, este ídolo de la guerra injusta, cuyas fotografías se publicaban en todos los periódicos ilustrados de Munich, de Berlín, de Leipzig.

Cuando salió el sol los jefes subieron a la cumbre de la colina. Babadzhanian pidió los prismáticos a Rumiantsev y observó atentamente el camino, Bogarev contemplaba el cuadro de la alegría matutina del mundo, que, después de la noche, renacía en el frescor, en el rocío, en la neblina ligera, entre los breves y tímidos chirridos de los grillos campestres. Rápido y sombrío, pasó, hundiéndose en la arena un escarabajo negro, iban a su quehacer las hormigas, una bandada de pájaros despegó de las ramas de un árbol y, después de sumergirse unos segundos en el polvo ya caliente por los primeros rayos del sol, se marchó ruidosamente hacia un riachuelo. Son extraordinariamente intensas las impresiones que la guerra produce en el hombre. La eterna paz de la naturaleza desaparece bajo las imágenes bélicas, y a los hombres situados en la colina les parecía que las vagas nubecillas en el cielo eran explosiones de proyectiles antiaéreos, que los álamos eran altas y negras columnas de humo y de tierra levantadas, por las bombas de aviación, que las hileras de grullas en el cielo eran las rígidas formaciones de las escuadrillas de combate, que la niebla que pendía sobre el valle era el humo de las aldeas incendiadas, que los matorrales junto al camino eran camiones camuflados con ramaje que esperaban la señal para ponerse en marcha. Durante las incursiones aéreas más de una vez había oído decir Bogarev: “Mirad, los alemanes han lanzado una bengala roja”, y en el acto la respuesta burlona: “No, hombre; que no es una bengala,

sino una estrella". En las noches sofocantes de estío más de una vez los relámpagos eran tomados por fuego lejano de artillería... Y ahora mismo, cuando de las copas de los árboles se levantaron, hacia la parte oriental del cielo, unas rápidas chochas negras, todos creyeron que eran aviones alemanes en formación quebrada. "Que el diablo se lleve a las chochas —dijo Nevtulov—; antes de un ataque alemán había que prohibirlas que volasen".

Varios segundos más tarde, como si se hubieran despegado de los árboles, aparecieron unos aviones. Iban a poca altura sobre la tierra, pintados de color oscuro, extraordinariamente rápidos, llenando el aire con un sordo tronar.

De las vertientes de la colina, donde estaban situados en trincheras y parapetos los combatientes rojos empezaron a saludar con los gorros y con las manos: el batallón había visto las estrellas rojas en las alas de los aparatos.

—¡Son nuestros, nuestros aviones de asalto! —gritó Babadzhanian.

—Van los "J.L." al asalto —dijo Rumiantsev—; mirad, mirad, el avión jefe balancea los planos. Quiere decir: Veo al enemigo, voy al ataque.

Es buena y fuerte la confraternidad de armas. Los hombres del frente la han sentido y comprobado muchas veces. Suena dulce y alegre el ruido de los cañones que apoyan a su infantería en el combate, el ruido de los proyectiles que vuelan hacia allí donde van las tropas atacantes. Es un apoyo no sólo de la fuerza: es también un apoyo del alma y de la amistad.

Pero ese día el batallón no tuvo más apoyo que el saludo matutino de la aviación. Ese día estaba solo en el campo de batalla...

En el campo, a unos diez metros del camino natural, habían sido cavados hoyos entre la cizaña. En estos hoyos aguardaban ahora hundidos en la tierra hasta el pecho, hombres con guerreras de color gris verdoso, con gorros que tienen una estrella roja. En el fondo de estos hoyos hay frágiles botellas; en sus bordes se apoyan los fusiles. Los combatientes rojos tienen en los bolsillos de los pantalones tabaqueras con “majorka”, cajas de cerillas aplastadas durante el sueño, galletas, trozos de azúcar, y en los bolsillos de las guerreras hojas arrugadas de cartas de sus mujeres desde la aldea, cachos de lápices, mechas, envueltas en hojas del periódico del Ejército, para las bombas de mano. Cada uno de estos hombres hundidos en la tierra hasta el pecho lleva al costado una bolsita de hule con granadas. Y, si se fija uno en cómo fueron cavados los hoyos, verá que aquí dos amigos se apretaron el uno al otro, que más allá cinco paisanos, deseando también estar cerca entre sí, cavaron sus hoyos en hilera. Cierto que el sargento les avisó: “No os peguéis tanto, muchachos, que eso no se debe hacer”; pero, en la terrible hora de un ataque blindado de los alemanes, le conforta a uno ver cerca el rostro sudoroso de un amigo, poderle gritar: “No tires la colilla, que yo la fumaré” y sentir, con el humo caliente, la tibieza y la humedad de la colilla arrugada.

Están metidos hasta el pecho en la tierra, ante ellos se extiende un campo y un camino desiertos. Pasarán veinte minutos, y los tanques impetuosos de dos mil puds (16 kilogramos) cada uno, los tanques armados de cañones imponentes, romperán el silencio y alzarán remolinos de polvo.

-¡Vienen! — gritará el sargento— ¡Vienen, cuidado muchachos!

A su espalda, en la vertiente de la colina, están los ametralladores detrás de los parapetos; más arriba, a espaldas de los ametralladores, se sientan en sus trincheras los tiradores; más allá a sus espaldas, están los emplazamientos de la artillería, y, detrás, el puesto de mando, el batallón médico-sanitario... Más allá, a sus espaldas, están los Estados Mayores, los aeródromos, las reservas, las carreteras, los bosques, están -oscuras en la noche-, las ciudades y las estaciones ferroviarias, luego Moscú, todavía más lejos, siempre a sus espaldas, el Volga, las fábricas de la retaguardia encendidas, de noche, con brillante luz eléctrica, cristales sin tiras de papel, blancos barcos iluminados en el Kama. Todo el gran país a sus espaldas. Ellos están hundidos en sus hoyos, sin nadie delante. Fuman cigarrillos liados con papel del periódico del Ejército, tocan los bolsillos de sus guerreras y sienten las cartas ya gastadas por los dobleces. Sobre sus cabezas flotan las nubes, vuela un pájaro y desaparece, ellos están hundidos hasta el pecho en la tierra, y esperan, observan el terreno. Estos hombres tendrán que rechazar el empuje de los tanques. Sus ojos ya no ven a los amigos, sus ojos esperan al adversario. Que mañana, cuando llegue el día de la victoria y de la paz, los recuerden los que hoy están a sus espaldas, que recuerden a los antitanquistas, a los hombres con guerreras verdes, con frágiles botellas de líquido inflamable, con bolsas de hule llenas de bombas de mano al costado... Que les cedan el asiento en el vagón ferroviario, que compartan con ellos el té del camino.

A la izquierda, una ancha zanja antitanque, reforzada con gruesos troncos, se extiende desde un riachuelo pantanoso hasta el camino; a la derecha del camino hay un bosque.

Rodimtsev, Ignatiev y el joven moscovita Sedov observan el camino. Sus hoyos están muy cerca. A su derecha, al otro lado del camino están Zhavelev, el sargento Morev, el instructor político Eretkin, jefe del grupo voluntario de cazadores de tanques. Tras ellos, dos equipos de ametralladoras: el, equipo de Glagolev y el de Kordajin. Fijándose bien, se ven las ametralladoras, que miran desde la oscura cueva hecha de tierra y de madera, hacia la carretera y, observando más a la derecha, se localiza los artilleros del puesto de observación haciendo crujir las ramas de roble ya casi marchitas, que habían clavado en la tierra.

— ¡Eh, antitanquistas, vámonos de pesca, que por la mañana pican bien! —, grita un artillero.

Pero los antitanquistas ni siquiera vuelven la cabeza. Sin duda, el artillero puede estar más alegre que ellos: ante él se halla la zanja antitanque, a la izquierda, entre él y el camino, están las recias espaldas de los cazadores de tanques con guerreras desteñidas por la sal del sudor. Viendo estas espaldas, viendo las nucas tostadas, de un color entre negro y rojo el observador bromea:

— ¿Y si fumásemos? — propone Sedov.

— No estaría mal — acepta Ignatiev.

— Toma de mi tabaco; es más fuerte — invita, Rodimtsev, y le tira a Ignatiev un botellín liso de agua de colonia mediado de “majorka”.

— ¿Y tú qué; no fumas? — le interroga Ignatiev.

— Me sabe amarga la boca; he fumado mucho. Prefiero comer una galleta. Dame una de las tuyas, que son más blancas.

Ignatiev le tira una galleta. Rodimtsev la limpia cuidadosamente de arena y de polvo de tabaco y empieza a comerla sin prisa.

— Que vengan cuanto antes — dice Sedov, tragándose el humo — ; no hay cosa peor que esperar.

— ¿Te aburres? — pregunta Ignatiev — . Lo digo porque me he olvidado de traer la guitarra.

— Déjate de bromas — dice enfadado, Rodimtsev.

— Sin embargo — dice Sedov — , este camino blanco, muerto, es horrible. Nada se mueve en él. En toda mi vida podré olvidarlo.

Ignatiev, alzándose un poco hasta apoyarse con los brazos en el borde de su agujero, mira hacia adelante y calla.

— El año pasado, precisamente por esta época estuve en una casa de reposo — empieza a contar Sedov y escupe enojado. Le irrita el silencio de sus camaradas. Ve que Rodimtsev, exactamente como Ignatiev, mira hacia adelante, alargando un poco el cuello.

— ¡Sargento, los alemanes! — grita Rodimtsev.

— ¡Vienen! — dice Sedov y suspira apenas.

— ¡Cuidado que levantan polvo! — murmura Rodimtsev — ; parece que viniesen miles de toros.

— ¡Y nosotros les recibiremos a botellazos! — grita Sedov.

Sus nervios están tirantes hasta el máximo, el corazón le golpea furiosamente, las palmas de las manos se le cubren de un sudor tibio y él las seca contra el áspero borde arenoso del hoyo.

Ignatiev contemplaba en silencio las nubes de polvo sobre el camino.

En el puesto de mando sonó el teléfono. Rumiantsev tomó el auricular. Hablaba un observador: el destacamento avanzado de los motoristas alemanes había chocado con el sector minado del camino. Varias máquinas volaron en los atajos a derecha e izquierda del camino; pero dentro de pocos minutos el resto del destacamento reanudaría su avance.

— ¡Ahí están, mirad! — dijo Babadzhanian —. Ahora les recibiremos—. Llamó por teléfono al teniente Kosiuk jefe de la compañía de ametralladoras, y le ordenó que dejase a las motocicletas acercarse a corta distancia y luego abriese fuego con sus ametralladoras.

— ¿A cuántos metros? — preguntó Kosiuk.

— ¿Para qué quiere usted saber los metros? — dijo Babadzhanian —. Hasta el árbol seco que hay a la derecha del camino.

— Hasta el árbol seco — repitió la orden Kosiuk.

Tres minutos más tarde rompieron fuego las ametralladoras. La primera ráfaga quedó corta: en el camino aparecieron rápidas nubecillas de polvo, como si una bandada numerosa de gorriones se estuviese bañando apresuradamente en ellas. Los alemanes rompieron ruego sobre la marcha. No veían el blanco; pero su fuego sin puntería era muy denso: sonaba el aire, lleno de invisibles cuerdas mortíferas; las leves columnillas de polvo, apelonándose en nubes redondas, se arrastraban a lo largo de la colina. Los combatientes rojos, parapetados en las trincheras, se agacharon, mirando temerosamente de vez en vez al aire azul que cantaba sobre ellos.

Mientras tanto, las ametralladoras precisaron sus ráfagas contra los motoristas que corrían a toda velocidad. Un momento antes parecía que ninguna fuerza podría parar este destacamento móvil que llenaba el aire con el estampido de sus disparos. Pero ahora el destacamento se convertía en cenizas, se paraban las máquinas, volcaban, las ruedas de las motos destrozadas seguían girando por inercia. Los motociclistas que quedaron indemnes viraron hacia el campo.

— ¿Qué piensan los camaradas artilleros? — preguntó Babadzhanian a Rumiantsev. ¿Son malos nuestros ametralladores?

Los motoristas fueron perseguidos con fuego de fusil. Un alemán joven, cojeando con un pie herido o lastimado, salió de debajo de su máquina volcada y alzó los brazos. Se detuvo el fuego. El alemán estaba parado en mitad del camino, la guerrera rota, con una expresión de sufrimiento y de horror en el rostro sucio y cubierto de arañazos, por donde corría la sangre, y extendía, extendía los brazos hacia arriba como si quisiera arrancar las manzanas de un árbol que había cerca de él. Luego empezó a gritar y, lentamente, cojeando, agitando los brazos en alto, se dirigió hacia nuestras trincheras. Se oían cada vez más netamente, sus gritos, y las carcajadas iban gradualmente de trinchera en trinchera, de parapeto en parapeto. Desde el puesto de mando se veía bien la silueta del alemán con los brazos en alto; pero los oficiales no podían comprender por qué se reían los combatientes. En este momento sonó el teléfono, y desde el puesto de mando avanzado explicaron el motivo de la inesperada alegría.

— Camarada jefe del batallón — sonó en el auricular, ahogándose de risa, la voz del jefe de la compañía de ametralladoras, Kosiuk-. El alemán que cojea no para de gritar como un loco: “¡Ruso, entrégate!”, y resulta que él mismo tiene los brazos en alto... Por lo visto, del miedo ha confundido todas las palabras rusas que sabe.

Riéndose con los demás, Bogarev aprobó — le gustaba esta risa cuando venían los tanques, le gustaba mucho — y luego preguntó a Rumiantsev:

— ¿Tenemos todo preparado, camarada capitán?

Rumiantsev repuso:

— Todo se halla dispuesto, camarada comisario. Los datos para el tiro están ya preparados, las piezas se hallan cargadas, cubriremos con nuestro luego concentrado todo el sector por donde tienen que desplazarse los tanques.

— ¡Aire! — gritaron simultáneamente varias voces.

Simultáneamente también sonaron los dos aparatos telefónicos.

— Vienen, el de la cabeza está a dos mil metros de nosotros — dijo Rumiantsev, arrastrando las palabras. Los ojos se le habían hecho graves y serios; pero su boca seguía riéndose.

XIII

Los aviones y los tanques aparecieron casi simultáneamente. A poca altura sobre la tierra venían seis “Messerschmidt-109”; encima de ellos volaban dos patrullas de aviones de bombardeo, y más alto aún, aproximadamente a 1,500 metros, otro grupo de “Messerschmidt”.

— La formación clásica antes del bombardeo — mur-

muró Nevtulov-: los “Messers” de arriba protegen la entrada al picado y los de abajo la salida. Ahora se nos vendrán encima.

—Hay que descubrirse —dijo Rumiantsev—; no tenemos otro remedio; pero les vamos a recibir bien. —Y ordenó a los jefes de las baterías que rompiesen el fuego. Bogarev tomó el auricular. Podía escuchar las conversaciones telefónicas entre los jefes de las baterías y sus puestos de observación. —¡Fuego! —sonó una lejana voz de mando, y por algunos instantes todos los ruidos quedaron ahogados, en los oídos sólo retumbaban, como martillazos ensordecedores, las poderosas salvas. En el acto se levantó un viento agudo, ululante: los proyectiles volando hacia el objetivo. Parecía que bosques enteros de álamos, de pobos, de abedules habían empezado a susurrar, a agitar sus millones de hojas, a plegarse, a mecerse en alas de una potente y repentina ola de aire. Parecía que el viento desgarraba su fuerte y flexible tejido en las finas ramas, parecía que en su carrera impetuosa arrastraría consigo a la gente, se llevaría consigo la misma tierra. A lo lejos sonaron las explosiones. Una, otra, varias juntas, luego otra más.

Bogarev oyó en el auricular una distante voz que comunicaba los datos para el tiro. En la entonación de estas voces silabeantes que sólo pronunciaban cifras vivía toda la pasión del combate. Los números triunfaban, los números radiaban: números vivientes, tenaces. Y, de repente, la voz que comunicaba los datos para el tiro era sustituida por otra: “Lozenko, ¿tú te llevaste de la choza un paquete de “majorka” que estaba empezado ya?”. “Sí, me lo llevé. ¿Es que tú nunca has cogido la mía?” Y, de nuevo, la voz del jefe que comunicaba los datos y la voz que los repetía.

Mientras tanto, los bombarderos describían círculos en el aire, buscando los objetivos. Nevtulov corrió a los emplazamientos de la artillería.

—No suspender el fuego pase lo que pase, —gritó al Jefe de la primera batería.

—A sus órdenes, no suspender el fuego —contestó el teniente que mandaba la batería.

Dos “Junkers” picaron sobre los emplazamientos. Las ametralladoras antiaéreas de repetición disparaban contra ellos ráfaga tras ráfaga.

—Pican con audacia —dijo Nevtulov—: no se puede decir nada en contra.

—¡Fuego! —gritó el teniente.

Las tres piezas de la batería dispararon una salva. Su estruendo se confundió con el de las bombas que estallaban. Nubes de tierra y de arena cubrieron a los artilleros.

—¿Morosov, estás sano? —gritó el teniente.

—Absolutamente sano, camarada teniente —contestó el apuntador Morosov—; nuestra batería es la más alegre, camarada teniente.

—¡Fuego! —ordenó el jefe de la batería.

Los restantes aviones estaban dando vueltas sobre la primera línea de fuego; desde allí llegaba el eco de las ráfagas de ametralladora y del frecuente estallido de las bombas. Los artilleros trabajaban con una frenética tenacidad, con una pasión impetuosa; en sus movimientos coordinados, que unía la fraternidad de ideas y de esfuerzos, se reflejaba la solemne potencia del trabajo en común. Aquí ya no trabajaban hombres aislados: el georgiano esbelto, el pequeño tártaro de recias espaldas, el judío, el ucraniano de

ojos negros, el famoso apuntador Morosov. Aquí trabajaba un solo hombre. Este hombre echaba una ojeada rápida a los “junkers” que, después de salir del picado, viraban y volvían a bombardear las baterías; este hombre se enjugaba el sudor, sonreía, exclamaba “¡Oh!” cuando disparaba su pieza, reducía al mínimo de tiempo su difícil y complicada labor, este hombre de cien manos, este hombre irresistible y dinámico a quien el noble sudor del trabajo había lavado cualquier huella de temor en su cara. Este hombre se hallaba también en la segunda pieza de la primera batería, en la tercera pieza, se hallaba en los cañones de la otra batería. No paraba un segundo, no se echaba al suelo, no corría al refugio cuando venían, aullando, las bombas, no dejaba de actuar bajo los golpes férreos de las explosiones, no se detenía para mirar alegremente cuando los combatientes de reserva de la tercera compañía gritaban: “¡Los antiaéreos han dado a uno; ahora cae ardiendo!” Este hombre no perdía el tiempo, este hombre trabajaba. Para todos estos hombres fundidos en uno solo no existía más que una palabra: “ ¡Fuego!” Y esta palabra, unida a su trabajo, engendraba el fuego.

El apuntador Morosov, de cabello erizado y cara pecosa, gritaba: “¡Nuestra batería es la más alegre!”, y los que dirigían el fuego, viendo el trabajo destructivo de quienes cumplían sus órdenes, añadían constantemente al fuego números y números.

Los proyectiles comenzaron a estallar absolutamente inesperados para el enemigo en medio de la columna de tanques. El primer obús dio en la torreta de un tanque pesado y la destrozó. Desde el puesto de observación se vio con los prismáticos cómo los alemanes que tenían medio cuerpo

fuera de las escotillas comenzaban a esconderse rápidamente en máquinas.

—Se esconden como las marmotas en sus guaridas, camarada teniente —dijo un explorador que estaba en el puesto de mando de la artillería.

—Sí, verdaderamente es eso —asintió el teniente e indicó con un movimiento de cabeza al telefonista—. Ogu-rechenko, llama al cuarto.

Sólo el corpulento alemán que iba en el tanque de cabeza, no se había escondido bajo la escotilla. Con su brazo que oprimía un encendido brazalete de corales hizo un ademán como para animar a las máquinas que iban detrás de él. Luego sacó del bolsillo una manzana y la mordió. La columna seguía avanzando sin alterar su formación. Únicamente allí donde alguna máquina incendiada o estaba detenida en medio del camino, los conductores daban un pequeño rodeo. Otros tanques, sin volver al camino, seguían a campo traviesa.

A dos kilómetros de la línea fortificada los tanques rompieron su formación y continuaron su avance desplegados. Apretados a la derecha por el bosque y a la izquierda por el río, iban en una masa compacta de varias filas. En el camino ardían unos veinte tanques. El fuego de la artillería rusa caía sobre el campo como un amplio abanico. Los tanques comenzaron a responder: negros proyectiles, pasando por encima de los antitanquistas, estallaron en el dispositivo de la infantería atrincherada en la vertiente de la colina. Después los alemanes trasladaron su fuego más arriba, evidentemente para reducir al silencio la artillería rusa. La mayor parte de los tanques se detuvo. En el aire apareció un “joro-

bado”: un avión de corrección de tiro. El “jorobado” empezó a comunicar por radio con los tanques. El radista del puesto de mando se quejó:

— Como un martillo me está golpeando este alemán en los oídos: “Gut, gut, gut” ...

— No importa, no importa —dijo Bogarev—; gut, pero no mucho.

Babadzhanian anunció en voz baja a Bogarev:

— Ahora los tanques se lanzarán al ataque, camarada comisario; yo conozco ya esta táctica, para mí es la tercera vez.

Por teléfono ordenó que entrasen en combate los morteros y agregó:

— Ahí está el correo de campaña en el cumpleaños de la esposa.

— Para el caso de una rotura convendría retirar la artillería —dijo el teniente artillero. Pero Rumiantsev cortó con irritación.

— Si comenzamos a retirar las piezas, los alemanes se abrirán paso sin falta, y entonces aplastarán todo el grupo de artillería. Camarada comisario, permítame usted avanzar dos baterías y abrir fuego directo.

— Inmediatamente, sin perder segundo —aprobó Bogarev, agitado. Comprendía que había llegado el minuto decisivo.

Evidentemente, los alemanes tomaron la suspensión del fuego por una retirada de la artillería y reforzaron su ataque. Algunos minutos más tarde los tanques pasaron al asalto en toda la línea. Iban a gran velocidad, disparando los cañones y las ametralladoras en plena marcha.

Varios combatientes rojos, encorvados, empezaron a huir del parapeto superior; uno de ellos cayó muerto por una bala perdida, los otros, agachándose todavía más, pasaron corriendo ante el puesto de mando.

Babadzhanian salió a su encuentro.

— ¿Adónde van? les gritó

— ¡Vienen los tanques, camarada capitán! — dijo, sin aliento, un combatiente rojo.

— ¿Es que les duele la barriga — ¿Por qué se agachan? gritó furioso, Babadzhanian —. ¡Arriba la cabeza! Si vienen los tanques, hay que recibirlos y no huir como liebres. ¡Atrás ¡Otra vez a sus puestos! .

Entretanto, habían abierto fuego los obuses. Sólo ahora veían al enemigo los que disparaban. El efecto de los proyectiles pesados era extraordinariamente eficaz. Bajo los impactos directos, se destruían los tanques, el metal se chafaba, surgían las llamas de las escotillas y se alzaban en temblorosas columnas sobre las máquinas. Pero no sólo los impactos directos, sino también los gruesos trozos de metralla en que se fragmentaban los proyectiles pesados rompían el blindaje, averiaban las orugas, las máquinas giraban y giraban sobre su eje sin poder seguir adelante.

— ¡No está mal nuestra artillería! — gritó Rumiantsev al oído del jefe del batallón—. ¿Verdad, camarada Babadzhanian que no está mal?

El ataque blindado fue contenido en todo el campo. Pero en la zona por donde pasaba el camino natural los alemanes lograron avanzar un poco. El tanque pesado de cabeza, disparando sin cesar sus cañones y todas sus ametralladoras, llegó hasta el sector en que estaba atrincherado

el destacamento de los antitanquistas. Le seguían impetuosamente cuatro tanques más. Se redujo el fuego de la artillería: dos piezas habían sido averiadas y no podían continuar el fuego, una tercera fue destrozada totalmente por un proyectil a cero. Los camilleros se llevaron a los artilleros gravemente heridos. Los cadáveres de los soldados parecían conservar todo el ímpetu de la lucha: los hombres habían caído sin dejar de combatir hasta su último aliento.

—Muchachos, ha llegado la hora... El que sienta amargura o tenga náuseas, puede quedarse en su sitio —gritó Rodimtsev.

Los tres combatientes empuñaron sendas botellas de líquido inflamable.

Sedov fue el primero en incorporarse. El tanque de cabeza iba directamente contra él. Una ráfaga de ametralladora le dio en la cabeza y en el pecho: Sedov se desplomó al fondo del hoyo.

Ignatiev vio caer a su camarada. Sobre su cabeza pasó, zumbando, una ráfaga de ametralladora que fue a romperse contra la tierra. El tanque pasó también muy cerca. El se tiró a un lado. Por un instante le acudió a la memoria el día en que, siendo todavía un adolescente, sintió pasar un tren cerca de él en una estación ferroviaria donde su padre había ido a despedir a un viajero: ante él, regándole de vapor y de olor a aceite caliente, pasó a toda velocidad la locomotora de un tren expreso. Se irguió y arrojó una botella, aunque pensaba casi desesperado: “¿Y qué podrás hacer contra la locomotora con una botella de litro?” Pero la botella no había hecho más que estrellarse contra la torreta cuando inmediatamente se alzó una llama ligera y ondulan-

te que pronto fue impulsada por el viento. En este instante Rodimtsev lanzó un manojó de bombas de mano bajo las orugas de la segunda máquina. Ignatiev lanzó después otra botella. “Este tanque es menor — pensó rápidamente — ; para él habría bastado medio litro”.

El enorme tanque de cabeza fue averiado. Su conductor trató de hacerlo virar; pero el incendio no le dio tiempo. Entonces se abrió la escotilla superior, y del tanque comenzaron a salir a toda prisa alemanes con fusiles automáticos, que, protegiéndose la cara contra las llamas, saltaban a tierra. Intuitivamente pensó Ignatiev: “Este es el que mató a Sedov”.

— ¡Alto! — gritó y, cogiendo el fusil, saltó fuera del hoyo. El enorme y fofo alemán de anchas espaldas, con el brazo envuelto por un brazalete de corales, quedó solo en el campo. Los demás tripulantes del tanque corrían, agachándose, por el campo cubierto de malezas. El alemán estaba de pie, erguido en toda su gran estatura. Cuando divisó a Ignatiev corriendo hacia él con el fusil en la mano, apretó su automático contra la panza y abrió fuego. Casi toda la ráfaga pasó rozando a Ignatiev ; pero las últimas balas dieron en su fusil y destrozaron la culata. El soldado rojo se detuvo un instante; luego se lanzó sobre el alemán. El alemán intentó cargar de nuevo su automático; pero calculó que no tendría tiempo de hacerla, y, sin desorientarse un segundo — se veía que no era cobarde — fue con un salto al mismo tiempo pesado y ligero, hacia Ignatiev.

A Ignatiev se le nubló la vista: este hombre había matado a Sedov, este hombre incendió en una sola noche toda una gran ciudad, asesinó a una bella muchacha ucraniana, pisoteaba los campos, destruía las casas blancas, traía la vergüenza y la muerte al pueblo.

— ¡Eh, Ignatiev! — se oyó a lo lejos, desde algún lado, la voz del sargento.

El alemán confiaba en su fuerza y en su audacia: había seguido un entrenamiento gimnástico de muchos años, conocía métodos rápidos y eficaces de lucha.

— ¡Kom, kom, Ivan! — decía.

Como embriagado por la majestuosidad de su postura, sólo entre los tanques incendiados, bajo el fragor de las explosiones, el alemán, que había pasado por Bélgica y por Francia, que había mancillado la tierra de Belgrado y de Atenas, el alemán que llevaba en el pecho, colgada por el mismo Hitler, la Cruz de Hierro, era un monumento en la tierra conquistada.

Lo mismo que si hubieran resucitado los tiempos de los antiguos duelos, decenas de ojos seguían los movimientos de estos dos hombres que se encontraban en el campo mutilado por la batalla. Ignatiev, campesino de Tula, levantó su mano. Tremendo y sencillo fue el golpe del soldado ruso: no golpeó al enemigo en el pecho, hizo lo que le dictaba su corazón. Golpeó al enemigo en la cara.

— ¡Canalla, combates contra las muchachas! — gritó, con una voz ronca por el recuerdo, Ignatiev.

Se oyó el breve y seco estampido de un disparo de fusil. Había disparado Rodimtsev.

El ataque de los alemanes fue rechazado. Cuatro veces pasaron al ataque los tanques alemanes y su infantería motorizada. Cuatro veces levantó Babadzhanian su batallón contra los alemanes, cuatro veces fueron los combatientes al encuentro de las máquinas blindadas con bombas de mano y botellas de líquido inflamable.

Con la voz enronquecida daban sus órdenes los jefes artilleros; pero las voces de los cañones se oían cada vez menos frecuentes.

La gente moría sencillamente en el campo de batalla.

—Ya no jugaré más contigo, Vasia —dijo el comisario político Nevtulov. Una bala de gran calibre le había dado en el pecho. Al respirar salía sangre por su boca. Rodimtsev le besó y rompió a llorar.

—¡Fuego! —ordenó el jefe de la batería, y, en el estruendo de los cañones, se apagó el último aliento de Nevtulov. Durante el cuarto asalto de los tanques alemanes cayó mortalmente herido en el vientre, Babadzhanian. Los combatientes le colocaron sobre una capa-tienda, quisieron sacarle del campo de batalla.

—Aún me queda la voz para mandar —protestó Babadzhanian.

Y hasta que fue definitivamente repelido el ataque, los combatientes estuvieron oyendo su voz. Murió en brazos de Bogarev.

—No me olvides, comisario —dijo—; en estos días te habías convertido en un amigo mío.

Morían los combatientes. ¿Quién contará sus hazañas? Sólo las rápidas nubes vieron, cómo luchó hasta el último cartucho el combatiente Riabokon, cómo después de liquidar a diez enemigos, se voló a sí mismo con una bomba de mano el instructor político Eretkin; cómo, cercado por los alemanes, siguió disparando hasta su último aliento el combatiente rojo Glushkov; cómo lucharon, desangrándose, los ametralladores Glagolev y Kordajin, mientras sus dedos, que iban debilitándose, podían oprimir el gatillo, mientras su vista, nublándose ya, veía el objetivo medio borroso.

Estérilmente escriben los poetas en sus canciones que los nombres de los muertos vivirán a lo largo de los siglos, estérilmente escriben versos asegurando a los héroes caídos que no murieron, que siguen viviendo, que su memoria y su nombre son eternos. Estérilmente escriben sobre ellos los escritores en sus libros, estérilmente prometen al pueblo combatiente lo que él mismo no pide.

La memoria humana no puede conservar centenares de miles de nombres. El que ha muerto, muerto está. Esto lo saben bien los que van a la muerte. El pueblo acude a morir por su libertad lo mismo que ayer iba al trabajo difícil. Es grande el pueblo cuyos hijos saben morir de un modo solemne, sencillo y severo en los inmensos campos de batalla. Sobre ellos podrían hablar el cielo y las estrellas, la tierra oyó sus últimos suspiros, el trigo sin segar y los bosquecillos pegados a las carreteras vieron sus hazañas. Ahora los muertos duermen en la tierra: sobre ellos están el cielo, el sol y las nubes.

Duermen profundamente, duermen el sueño eterno, igual que duermen sus padres y sus abuelos, que pasaron su vida trabajando como carpinteros, como cavadores, como mineros, como tejedores, como campesinos de la gran tierra. Mucho sudor, mucho trabajo pesado, a veces excesivamente pesado, dieron a esta tierra. Llegó la hora terrible de la guerra y le dieron también su sangre e incluso su vida. Que sea gloriosa esta tierra por su trabajo, su inteligencia, su honor y su libertad. Que no haya gloria tan solemne y tan sagrada como la palabra pueblo.

De noche, después del entierro de los caídos, Bogarrev volvió a su refugio.

—Camarada comisario —dijo el combatiente rojo que estaba de guardia en el blindaje—: acaba de llegar un mensajero.

—¿Un mensajero? —preguntó, con extrañeza, Bogarev—. ¿De dónde? Entró un combatiente rojo de poca estatura, con su fusil y una bolsa.

—¿De dónde viene usted, camarada combatiente?

—Del estado Mayor de la división: traigo la correspondencia.

—¿Cómo ha podido pasar usted con la carretera cortada?

—Pasando, camarada comisario. Unos cuatro kilómetros me arrastré sobre el vientre. El riachuelo lo crucé de noche. Maté de un tiro al centinela alemán. Aquí traigo una hombrera suya.

—¿Le dio miedo pasar? —pregunta Bogarev.

—¿Qué tengo que temer yo? —dijo, sonriendo, el combatiente rojo—. Mi alma es tan barata como una bala-laika: cinco kopeks le he puesto de precio. ¿Entonces por qué he de temer por ella?

—¿Es en efecto así? —preguntó seriamente Bogarev—. ¿Es en efecto así?

El combatiente seguía sonriendo sin decir nada. La primera carta era de Erevan: para Babadzhanian... Bogarev miró las señas del remitente: la mujer de Babadzhanian.

Los jefes de compañía Ovchinikov y Shuleikin y el comisario Majotkin clasificaban rápidamente las cartas: decían en voz baja “Vive, Muerto... Muerto, Vive...” y depositaban las cartas para los muertos en un montoncito Bogarev tomó la carta dirigida a Babadzhanian y se fue derecho a su

tumba. Colocó la carta sobre el túmulo, la cubrió de tierra, que apretó con un casco de metralla. Largo rato estuvo de pie junto a la tumba del jefe del batallón.

—¿Cuándo llegará para mí tu carta, Lisa? —preguntó en voz alta. A las tres de la madrugada se recibió por radio un breve despacho cifrado. El mando del Ejército daba las gracias a soldados y jefes por su valentía. Las bajas que habían producido en la columna de tanques alemanes eran enormes. Su misión —detener el avance de la columna— estaba cumplida con brillantez. A los restos del batallón y la artillería se les daba orden de repliegue.

Bogarev sabía que no había donde retirarse: las patrullas de reconocimiento acababan de avisar sobre movimientos nocturnos del enemigo por los caminos vecinales que cruzaban la carretera natural.

Los jefes se acercaban a él con preguntas inquietas:

—Estamos cercados -decían.

Después de la muerte de Babadzhanian él solo debía resolver todas las cuestiones. La frase que con tanta frecuencia se oye en el frente incluso para hablar de un acontecimiento nocturno o de la comida del mediodía. —"He estudiado la situación creada y he tomado una decisión" —ahora, por vez primera, la pronunció solemnemente Bogarev, dirigiéndose a los jefes y comisarios congregados en el refugio. Pronunciando estas palabras se extrañó interiormente y pensó: "¡Si me hubiese visto ahora Lisa!" Sí, ahora quería frecuentemente que le viera Lisa.

—Camaradas jefes, mi decisión es la siguiente —dijo Bogarev—: nos retiramos al bosque. Allí descansaremos y reorganizaremos las fuerzas. Luego, combatiendo, nos abri-

remos paso hacia el río para cruzar a la orilla oriental. Como suplente mío nombro al capitán Rumiantsev, Salimos exactamente dentro de una hora.

Eché una mirada a los rostros cansados de los jefes. A la cara severa y envejecida de Rumiantsev, y, con una voz completamente distinta, que a él mismo le hizo recordar su voz en el Moscú de antes de la guerra, dijo:

-Así se forja nuestra victoria, camaradas: a sangre y fuego. Pongámonos de pie en homenaje a nuestros fieles amigos los combatientes rojos, colaboradores políticos y jefes que han caído en el combate de hoy.

XIV

El Estado Mayor del, frente se había situado en un bosque. En cabañas hechas de ramaje o en refugios cavados en el suelo y cubiertos de maleza vivía el personal de la sección de Operaciones, de Información, de la Dirección política, de la Intendencia del frente. En un frondoso avellanar estaban las mesas de las oficinas, los mensajeros iban y venían por senderos legendarios, echaban tinta en los tinteros; por las mañanas, el ruido de las máquinas de escribir, bajo el follaje húmedo de rocío, ahogaba el canto de los pájaros; entre el denso verdor se veían cabezas de mujeres, se escuchaban risas femeniles, voces monótonas de los escribientes. En una choza alta y oscura había unas grandes mesas con mapas; en torno a la choza se paseaban los centinelas, a la puerta el soldado de guardia prendía los salvoconductos en un clavo medio hundido en un pobo viejo y aromático. De noche los tocones resplandecían con una luz azulada.

El Estado Mayor no dejaba nunca de vivir su vida propia e invariable, lo mismo en los viejos salones de un gran señor polaco que en las isbas de una aldea o — como ahora — en un bosque. Y, al mismo tiempo, el bosque vivía también su propia vida: las ardillas preparaban sus para el invierno y, trepando por las ramas, tiraban bellotas a la cabeza de las mecanógrafas, los pájaros carpinteros picaban la corteza de los árboles en busca de gusanos, los milanos peinaban las copas de los robles, de los abedules, de los tilos, los pajari-llos jóvenes probaban la fuerza de sus alas, todo un mundo de millones de hormigas y de escarabajos negros zumbaba, trabajaba, se daba prisa.

A veces aparecían Messerschmidts en el cielo claro: describiendo círculos sobre el macizo forestal, husmeaban las tropas y los Estados Mayores.

— ¡Aire! — gritaban los centinelas. Las mecanógrafas recogían los papeles de las mesas, se echaban a la cabeza pañuelos oscuros, los jefes se quitaban las gorras de plato para que no se viese el brillo de las viseras, el peluquero del Estado Mayor doblaba rápidamente la sabanilla blanca y secaba la espuma de jabón en el rostro de algún cliente a medio afeitar, las muchachas del servicio cubrían con ramas los platos preparados en las mesas para la comida. Se instauraba entonces un silencio absoluto: sólo se oía el zumbido de los motores, y de un extremo del bosque, en la, loma arenosa donde estaba la dirección de la artillería, llegaba la recia voz del jefe — un general de mejillas sonrosadas — que increpaba a sus subordinados.

Y, lo mismo que en la sala abovedada de algún palacio, en esta cabaña hecha de ramajes secos donde se reunía el

Consejo Militar, los ordenanzas traían bandejas de manzanas agrias para el jefe supremo del frente y cajetillas de “Palмира del Norte” para los mandos que asistían a la conferencia. Día y noche sonaba en el avellanar la dinamo que nutría la estación de radio. desde el bosque decenas de cables se extendían a través de los campos, repiqueteaban los aparatos telegráficos, las ondas del enlace aéreo, del teléfono, del telégrafo unían esta choza de ramajes con los Estados mayores de los; ejércitos, de las divisiones, de las brigadas de tanques, de los cuerpos de caballería, de las grandes unidades de aviación. En un pequeño tocón cubierto de hongos había un sencillo teléfono moscovita, que sonaba exactamente igual que en Moscú. Cuando su timbre vibraba un silencio solemne se hacía en la choza, los centinelas, a la entrada, se ponían firmes como si se lo hubieran ordenado, y el jefe del frente, que nunca hacía el menor movimiento precipitado, se levantaba rápidamente y se dirigía al aparato: era el aparato que unía a Eremin con el Cuartel General.

El Estado Mayor del Frente estaba a cuarenta kilómetros de la primera línea. Por las noches, cuando cedía el viento y dejaban de sonar las copas de los árboles, en el bosque se oía claramente el cañoneo. El jefe del Estado Mayor opinaba que se debía retirar el Estado Mayor a setenta u ochenta kilómetros de profundidad; pero el jefe supremo del frente no tenía prisa: le gustaba sentirse cerca de la línea de fuego. Le gustaba visitar frecuentemente las divisiones y los regimientos; de este modo podía seguir directamente la marcha del combate y estar cuarenta minutos después en su Estado Mayor junto a un enorme mapa donde la situación le parecía así más clara.

Este día ya desde por la mañana había empezado la inquietud en el Estado Mayor. Columnas de tanques enemigos se aproximaban al río. Entre el personal del Estado Mayor corría el rumor de que en esta parte del río habían aparecido algunos motoristas alemanes que debieron cruzar desde la otra orilla en grandes barcazas. De otro modo no hubieran podido llegar hasta el lindero del bosque donde estaba emplazado el Estado Mayor. Cuando el comisario del Estado Mayor informó sobre ello al jefe del frente, Eremin, se hallaba junto a un avellano recogiendo los frutos maduros.

Los oficiales del Estado Mayor que acompañaban al comisario seguían inquietos el rostro del jefe supremo del frente; pero la noticia no produjo impresión alguna en Eremin. Con un movimiento de cabeza indicó al comisario del Estado Mayor que le había oído y luego dijo a su ayudante: -Lazarev, tira un poco de esa rama. Fíjate: está llena de avellanas escondidas.

Los oficiales, de pie en torno a Eremin, observaban atentamente como recogía las avellanas. Debía tener una vista excelente porque no se le escapaba ni siquiera una de las avellanas escondidas en sus células verdes, entre las hojas ásperas del árbol. Esta lección de calma y de serenidad duró largo tiempo.

Luego el mando del frente se acercó con rapidez a los jefes de las Secciones y les dijo:

—Yo sé, yo sé a qué han venido ustedes. El Estado Mayor seguirá donde está sin moverse de aquí. De ahora en adelante hagan ustedes el favor de presentarse sólo cuando yo les cite.

Los jefes se marcharon confusos. Minutos más tarde el ayudante informó al general que el jefe del grupo del Ejército, Samarin, le llamaba por teléfono.

Eremin se marchó a la choza.

Escuchó atentamente a Samarin. Únicamente, de vez en cuando, repetía: — Así, así. Y, con el mismo tono con que pronunciaba este “así, así”, habló después:

— Oiga usted, Samarin: el hecho de que las unidades hayan sufrido pérdidas no tiene ninguna relación con la tarea que yo le he fijado a usted. Aunque se quede completamente solo, tiene usted que cumplir esta misión. ¿Comprendido?

El jefe del frente siguió unos segundos por teléfono y terminó:

— Me alegro que haya comprendido — y colgó el auricular.

Cherednichenko, que había escuchado la conversación, observó:

— Evidentemente, le es difícil aguantar a Samarin. El no habla porque sí.

— Samarin es un hombre de hierro — dijo el jefe supremo del frente.

— Cierto que es un hombre de hierro. De todas maneras, yo visitaré mañana a este hombre de hierro.

— ¡Qué hermoso día hace hoy! — comentó el jefe —. ¿No quieres unas avellanas? Yo mismo las he recogido.

— Ya lo he visto — dijo, sonriendo, Cherednichenko y tomó un puñado de avellanas.

— ¿Qué te parece? — dijo vivamente el jefe —. Por la historia esa de los motoristas quieren que traslade el Estado Mayor.

—No tiene importancia —dijo Cherednichenko—; yo recuerdo unos doscientos casos parecidos. Viene uno a presentarse: la guerrera flamante, el rostro pálido, las manos blancas, los ojos impasibles. Un hombre que hasta ahora ha estado en la academia o en algún lugar parecido. Pero cada día va cambiando un poco: primero se le pela la nariz, luego se le tuestan las manos, ya tiene menos flamante la guerrera, el rostro se le quema del sol, hasta las cejas se le oscurecen. Entonces miras a este hombre, le estudias y compruebas que, así como se le curtió la piel del sol y del aire, también por dentro se ha templado...

—Sí, sí. —aprobó el jefe—; todo eso está muy bien. Pero yo lo confieso, no considero como un mérito el hecho de que la gente haya aprendido a luchar, se haya templado, se haya habituado. ¿Qué mérito es ese? ¿No son militares?

Después preguntó al ayudante: —¿Comeremos pronto?

—Ya están poniendo la mesa, —contestó el oficial de guardia.

—Para mí —siguió Eremin— es poco cuando un jefe se ha templado, cuando ha adquirido experiencia y conocimiento. Un jefe, en la guerra, tiene que vivir la vida plenamente, tiene que dormir bien, comer bien, leer libros, estar alegre, sentirse tranquilo, cortarse el pelo a la moda, según le siente mejor, y golpear a la aviación enemiga. Tiene que aplastar a los tanques que intenten cercarle, tiene que destruir a los motociclistas y a los soldados con fusiles automáticos que encuentre en su camino. Y, precisamente en el calor de esta lucha, es cuando debe sentirse completamente a gusto. Entonces será un militar auténtico. ¿Te acuerdas del

día en que comimos juntos empanadillas de nata en uno de los regimientos?

Cherednichenko sonrió:

— ¿Fue aquel día en que el cocinero se quejaba: “Están pica que te pica y no dejan un lugar cómodo donde preparar las empanadas?

— Sí, precisamente ese día. Los alemanes picaban como demonios y no había dónde cocinar; pero las empanadillas estaban muy buenas.

Se quedó pensativo un rato y luego dijo: -Todo estriba en esto: cada uno debe tener cariño a su ocupación, y nuestra ocupación es la guerra.

Cherednichenko se aproximó a Eremin y le dijo con una voz ronca:

— Les batiremos, huirán, ya verás como huyen: maldecirán el día 22 de junio, maldecirán la hora — las cuatro de la mañana — en que empezaron la guerra, y les maldecirán sus hijos y sus nietos, hasta los biznietos les maldecirán.

Durante el día los vuelos de reconocimiento confirmaron las noticias dadas por un teniente herido que había podido salir del cerco: en la zona de Gorelovets se efectuaba una concentración de columnas de tanques alemanes que venían por diferentes caminos. El mismo teniente indicó en los planos el terreno llano, poco cubierto de pinos donde se reunían las fuerzas alemanas. Una fotografía aérea comprobó más tarde sus datos. Unos pastores que vinieron cruzando el río comunicaron a las patrullas de reconocimiento que, después de que las mujeres se fueron a la casa para ordeñar las vacas, a la zona de concentración llegaron dos columnas de infantería motorizada. El lugar

de concentración de los alemanes estaba a 22 kilómetros del río. Noticiosos de la debilidad de nuestra aviación en este sector del frente, los alemanes se sentían tranquilos. Las máquinas de combate y las de carga se habían situado casi una contra la otra. Al oscurecer, algunos choferes encendieron sus faros: a su luz los cocineros limpiaban las legumbres para el rancho del día siguiente.

El jefe supremo del frente mandó llamar al encargado de la artillería.

—¿Podrá alcanzarlo usted? —le preguntó, indicándole un óvalo marcado en el mapa.

—Lo cubriré, camarada teniente general —contestó el jefe artillero.

A disposición del jefe del frente había algunas piezas de artillería pesada de la reserva del mando supremo. Eran, precisamente, los monstruos de acero que encontró Bogarev el día de su llegada al Estado Mayor. Muchos, en el Estado Mayor, temían que no se podrían trasladar estos enormes cañones hasta el otro lado del río sin la construcción de un paso especial. Bogarev ignoraba que el combate cerca del sovjós y la derrota de la columna de tanques habían dado a los zapadores tiempo suficiente para construir el paso.

—A las veintidós horas descargará usted toda la masa de fuego a su disposición —dijo el mando supremo del frente al jefe artillero, un general de mejillas sonrosadas, que estaba casi siempre sonriendo, que quería apasionadamente a su mujer y a su anciana madre, a sus hijas, a su hijo. Le gustaban muchas cosas en la vida: la caza, las conversaciones alegres, el vino georgiano, un buen libro. Pero lo que quería en el mundo era la artillería de largo alcance. La pérdida

de cada cañón pesado le dolía como una pérdida personal. Le amargaba extraordinariamente el hecho de que, en esta guerra de rápidas maniobras, la artillería de largo alcance no tuviese oportunidad de desplegar toda su potencia.

El día en que empezó a concentrarse en la zona del Estado Mayor una importante cantidad de artillería: pesada el general, inquieto, se alegró y entristeció al mismo tiempo. ¿Tendría ocasión de utilizarla?

Por eso cuando Eremin le dijo: “Descargará usted íntegra la masa de fuego a su disposición” fue, tal vez, el momento más solemne y más feliz en toda la vida del jefe artillero.

A la noche, en un pequeño claro del bosque se reunió el Comité Central del Partido Bolchevique. El cielo lucía entre el follaje. Hojas secas y grises, medio cubrían el blando césped de color verde oscuro que parecía peinado por la mano de un jardinero cuidadoso.

¡Quién pudiese transmitir la severa sencillez de esta reunión en el único trozo libre del último bosque bielorruso! El viento que venía de Bielorrusia sonaba con un rumor triste y solemne, y era como si un coro de millones y millones de voces humanas vibrase en la fronda de los robles. Los comisarios del Pueblo y los miembros del Comité Central, con el rostro cansado y curtido por el sol, intervinieron muy brevemente. Parecía que millares de hilos de enlace salían de este claro del bosque hacia Comel, Mohilev, Minsk, Bobruisk, Rogachov, Smolevich, hacia las aldeas y los pueblos, hacia las huertas, las colmenas, los campos, los pantanos de Bielorrusia... Y el viento nocturno continuaba sonando en las hojas oscuras con la voz crepuscular triste y tranquila del

pueblo que sabía que debía morir en la esclavitud o luchar por su libertad.

Oscureció totalmente. La artillería abrió fuego. Largos relámpagos iluminaron al oeste en sombra. Los troncos de los robles se dibujaron netos en la oscuridad — miles y miles de troncos— como enfocados por una trémula luz blanca. Las salvas artilleras no sonaban igual que de costumbre. Eran un fragor macizo y profundo. Así debió tronar el aire sobre la tierra en los lejanos períodos de la era prearcaica, cuando emergían del fondo del océano las cordilleras de Europa y Asia.

Dos periodistas militares y un corresponsal fotográfico estaban sentados sobre un tronco caído cerca de la choza del Consejo Militar. En silencio observaban este cuadro estremecedor.

De la choza de ramas secas llegó la voz del jefe supremo del frente:

—Dicho sea de paso, recuerden ustedes, camaradas, que en la obra de Pushkin “El viaje a Erzerum” se describe notablemente...

Los periodistas no oyeron el final de la frase. Segundos más tarde llegaron hasta ellos unas palabras tranquilas y lentas: en el acto reconocieron la voz del comisario de división Cherednichenko:

—¿Sabes? A mí quien me gusta mucho es Garshin. Este sí que describe verídicamente la vida del soldado....

A las 22 horas y 50 minutos el mando supremo del frente y el jefe artillero volaron en avión sobre el valle donde se habían concentrado las columnas blindadas de los alemanes. Lo que vieron allí colmó de eterno orgullo el corazón del general artillero.

XV

Una de las misiones del general mayor Samarin, jefe de un grupo de Ejército, era defender los pasos del río. El Estado Mayor, los servicios de retaguardia, la redacción del periódico del Ejército, los dos primeros escalones de reserva se encontraban en la orilla oriental del río. El puesto de mando avanzado lo había situado Samarin en la orilla occidental, en una pequeña aldea, al borde de su extenso campo donde no había sido recogida la cosecha. Con él estaban únicamente el mayor Garan, de la Sección de operaciones del Estado Mayor; el canoso coronel Nabashidse, jefe de la artillería; había también una estación de radio de campaña, un aparato telegráfico, los teléfonos habituales que le unían con los jefes de las unidades. Samarin se alojaba en una amplia isba: allí mismo trabajaba, allí recibía a los jefes, allí comía. Para dormir se iba al henil porque no podía soportar el calor de la isba.

Dentro de la isba dormían en camas de campaña el ayudante de Samarin, el chato Liadov, un hombre de mejillas coloradas y ojos negros y profundos; el melancólico cocinero, que antes de acostarse cantaba todas las noches "Pañuelito azul" y el chofer del coche especial Kliujin, que llevaba consigo en el automóvil, desde el primer día de la guerra, la novela de Dickens "David Copperfield". El 22 de junio tenía leídas solamente catorce páginas y en un mes de guerra no había avanzado mucho más en la lectura porque Samarin dejaba a la gente escaso tiempo libre. Una vez el cocinero le preguntó si el grueso volumen era interesante. "Merece leerlo -le contestó Kliujin-. Es la vida de los judíos".

Al amanecer Samarin descendió del henil. Liadov le preguntó:

— ¿Ha dormido usted bien camarada general mayor? Los alemanes se han pasado íntegramente la noche disparando desde el bosque con balas trazadoras.

Samarin era un hombre lacónico y exigente. No conocía el miedo en la guerra; sus visitas a los sectores más peligrosos del frente desesperaban a Liadov. Iba por los campos de batalla lentamente, con tranquila seguridad. En los minutos más difíciles de la batalla aparecía en los puestos de mando de los regimientos y de los batallones. Con todas las condecoraciones y la estrella de oro en su pecho andaba entre las minas y los proyectiles que estallaban. Cuando llegaba a algún regimiento en pleno combate, de todo el caos de ruidos, de explosiones, de disparos, en medio del humo de las isbas y los corrales incendiados, de toda la confusión general, de todas las idas y venidas de un lugar a otro, del movimiento de nuestros tanques y del de las máquinas enemigas, captaba inmediatamente lo esencial de la situación.

Los jefes de las divisiones, de los regimientos, de los batallones conocían su voz brusca; su rostro narigudo, donde aparecía muy raramente la sonrisa, su eterno gesto taciturno y severo. Cuando llegaba a un regimiento, su presencia cubría inmediatamente el trueno de los cañones y el fuego de los incendios, absorbía por un minuto toda la tensión del combate. Estaba poco tiempo en el puesto de mando; pero su visita se hacía notar en toda la marcha de los combates sucesivos, como si la mirada tranquila y minuciosa del jefe del Ejército siguiese observando las caras de los comandantes. Cuando comprobaba la mala dirección de

un combate sustituía a los responsables sin vacilar. Una vez envió al ataque a un comandante -jefe de regimiento- como simple soldado de filas para que redimiese su vacilación, su miedo al peligro, su miedo a adoptar una decisión categórica. Rigurosamente, sin la menor piedad, castigaba con la muerte a los cobardes en el propio campo de batalla.

Su odio y su desprecio al enemigo eran inagotables. Cuando pasaba a lo largo de las calles en llamas de los pueblos incendiados por los alemanes, su rostro adquiría un gesto terrible. Los combatientes relataban que una vez, después de llegar en un blindado al infierno de un combate, Samarin descubrió a un combatiente rojo herido, le hizo ocupar su asiento y después siguió a pie detrás del blindado, bajo el huracán de fuego de los alemanes. Relataban también que otra vez recogió un fusil que había tirado un combatiente en plena batalla -un fusil manchado de barro maloliente-, lo limpió cuidadosamente ante toda la compañía formada y se lo devolvió en silencio al combatiente rojo, medio muerto de vergüenza. La gente que llevaba al combate tenía confianza en él y le perdonaba su severidad y su dureza.

Liadov conocía bien a su general. Más de una vez, al llegar a la línea avanzada, Liadov se apeaba para preguntar por el camino, y, cuando volvía al coche comunicaba:

—Camarada general mayor, con el coche no se puede seguir. Por aquí no pasa nadie. El camino está batido por fuego de morteros; en cuanto al bosquecillo, dicen que se han infiltrado algunos soldados con fusiles automáticos. Habrá que buscar un camino de rodeo.

Samarin blandaba un cigarrillo grueso, lo encendía; y preguntaba:

— ¿Soldados con fusiles automáticos? Eso no es nada. Adelante por la recta.

Y Liadov, sentado detrás de su general, se desmayaba de espanto. Igual que muchos hombres de escaso valor, Liadov llevaba consigo una serie de armas imponentes: un fusil automático, un máuser y una parabellum alemana. Una vez le envió el general con una misión a la retaguardia, y sus relatos y su bizarro aspecto produjeron la admiración de las mujeres en los trenes y de los comandantes de las estaciones ferroviarias. Pero parece que jamás había disparado una sola de sus armas innumerables.

Samarin pasó el día entero en las posiciones avanzadas. La presión de los alemanes se intensificaba en todos los sectores. Los combates duraban día y noche. Los soldados rojos, fatigados por la temperatura sofocante, renunciaban con frecuencia a la comida caliente que les traían a las trincheras. Cuando regresó de las primeras líneas, Samarin llamó por teléfono a Eremin y le pidió permiso para replegarse a la orilla oriental del río. Eremin se lo negó rotundamente. Después del diálogo con Eremin, el general mayor se puso de mal humor. Cuando el mayor Caran le trajo el boletín de operaciones, Samarin, sin leerlo, habló con indiferencia:

— Yo conozco la situación sin su boletín...

Y luego preguntó enfadado al cocinero:

— ¿Me darán de comer hoy o no?

— La comida está ya preparada, camarada general mayor — contestó el cocinero, y tan enérgicamente juntó los pies para la media vuelta a la derecha que se estremeció su bata blanca. La dueña de la isba — la vieja koljosiana Olga Dmitrievna Corbacheva — sonrió maliciosamente. Estaba

enojada con el cocinero porque se burlaba de su modo aldeano de guisar.

—Dime, Dmitrievna, ¿cómo prepararías tú una chuleta de ave o, por ejemplo, cómo freirías las patatas a la paja? — le preguntaba el cocinero.

—¡Vete al diablo! —le respondía la vieja—. A mí, a una anciana vas tú a enseñarme a freír patatas.

—Pero no a lo aldeano, sino como yo las freía en el restorán de Pensa antes de la guerra. Si te lo ordenase el general mayor, ¿qué harías, eh?—. La nuera Frosis y el nieto enfermo seguían atentamente este debate que duraba ya varios días. A la vieja le molestaba comprobar que no sabía preparar —platos con nombres complicados y que este cocinero alto y escuálido se defendía en la cocina con más habilidad que ella.

—Timka, Timka... —decía la mujer sabiendo que al cocinero no le gustaba que le llamasen ni siquiera por el apellido y que sólo sonreía cuando le llamaban “Timofei Markovich”, como le decía Liadov cuando tenía ganas comer un bocadillo antes de que el general se sentara la mesa.

Samarin estaba satisfecho del cocinero y nunca se enfadaba con él. Pero esta vez, al sentarse a la mesa, le dijo:

—Cocinero, ¿cuántas veces habrá que repetirte que traigas el samovar del Estado Mayor?

—Esta tarde lo traerá la sección económico-administrativa, camarada general mayor.

—¿Y otra vez cordero frito? —preguntó Samarin—. He dicho ya dos veces que quiero comer pescado. El riachuelo está a dos pasos, y me parece que el tiempo libre no escasea.

La Dmitrievna sonreía sin dejar de mirar al cocinero azorado y dijo:

— Lo único que sabe es burlarse de una anciana como yo. Pero si el general le pide algo enérgicamente ya no da pie con bola. ¡Qué hombre tan limitado es este Timka!

— ¿Se burla de usted? — preguntó Samarin.

— Ya lo creo que se burla. “Tú, vieja, más que vieja ¿sabes preparar una chuleta de ave?” así se está Timka todo el día.

Samarin sonrió:

— No se preocupe usted. Yo también puedo burlarme de él. Cocinero: ¿cómo se debe preparar la pasta para los bizcochos?

— Eso yo no sé hacerlo, camarada general mayor.

— Bien. ¿Y cómo sube mejor la pasta de harina de trigo? ¿Con soda, o con levadura? explíquelo, por favor.

— Nunca he trabajado como pastelero, camarada general mayor.

Todos se rieron del avergonzado cocinero.

Después de la comida, el general invitó a Olga Dmitrievna a tomar té con él. La vieja se secó lentamente las manos en el delantal y, después de quitar el polvo del taburete, se sentó a la mesa. Bebía el té en un platillo, secándose de vez en cuando su frente rugosa, brillante de sudor.

— No se olvide usted del azúcar, madrecita — dijo Samarin y luego le preguntó — ¿Cómo está su nieto? ¿Tampoco ha dormido esta noche?

— Se le está formando un absceso en la pierna. Es una desgracia: ya está agotado y ahora nos está agotando también a nosotros.

— Cocinero, dale al niño un poco de mermelada.

— A sus órdenes, camarada general mayor.

—¿Y cómo van las cosas en Riajovitsi? ¿Sigue el combate? —preguntó la vieja. Luego suspiró, hizo la señal de la cruz, se lamentó:

—¡Lo que está sufriendo el pueblo!

—Allí no queda ya gente —dijo el general—; todo el mundo se ha ido. Las casas están vacías. El pueblo se ha llevado todo, todo.

Siguió el general:

—Explíqueme usted esta duda, Oiga Dmitrievna: siempre que entré en alguna casa vacía vi que todos los objetos habían sido evacuados, menos los iconos, que los koljosianos, por regla general, abandonan. Se llevan consigo cosas tan viejas, que da pena verlas; la casa queda totalmente vacía, no queda nada en ella... Hasta los recortes de periódicos se llevan de las paredes; pero abandonan los iconos. En todas las casas ocurre lo mismo. Usted, según veo, es una mujer creyente. Explíqueme qué pasa. ¿Es que abandonan a Dios?

La vieja se rió, y luego en voz baja, para que la oyese únicamente el general, repuso:

—¿Quién sabe si existe Dios o no existe? Nosotros, viejos, rezamos por si acaso y hasta agachamos la cabeza diez veces al día. A lo mejor, le parece bien.

Samarin sonrió.

—¡Ay, qué Dímitrievna! —dijo y amenazó con el dedo a un gatito que había bajado dando un brinco desde el horno al suelo.

En este momento trajeron un radiograma cifrado de Bogarev con los detalles de la derrota de la columna blindada. Liadov conocía muy bien el carácter del general. Sabía

que, antes de algún viaje a cualquiera de los sectores más peligrosos del frente, el general se ponía de buen humor, sabía que cuanto más tensa, más caliente estaba la situación, más tranquilo se sentía Samarin. Conocía también una extraña debilidad de este hombre severo. Cuando llegaba a una isba vacía, abandonada, donde siempre quedaban los gatos fieles al hogar, Samarin sacaba de su bolsillo trocitos de pan que llevaba preparados por si acaso, — llamaba al gato o a la madre gata de muchos gatitos, se ponía en cuclillas y les daba de comer. Una vez le dijo a Liadov reflexivamente:

— ¿Sabes por qué los gatos campesinos no juegan nunca con papel blanco? Porque no están acostumbrados al color blanco; en cambio, se lanzan inmediatamente sobre un papel negro creyendo que es un ratón, y Liadov comprendió ahora que el general, después de su conversación con la vieja y, sobre todo, después del despacho cifrado, se había puesto de buen humor.

— Camarada general mayor — dijo —; permítame informarle: citado por usted, acaba de presentarse el mayor Mertsalov.

Samarin frunció las cejas y volvió a amenazar con el dedo al gatito.

— ¿De qué hablas?

— Le digo, camarada general mayor, que acaba de presentarse, citado por usted, el jefe del III regimiento de tiradores.

— Está bien. Que pase. — y dijo a la Dmitrievna, que se levantaba ya de la mesa — .No, no. Quédese usted. ¿Adónde va? Siga usted tomando su té, no nos molesta.

Por la mañana Mertsalov había salido por un camino vecinal y pudo incorporarse a su división. Pero la marcha no

fue muy feliz. En el camino perdió parte de su artillería que se quedó empantanada en un bosque. El tren regimental se extravió porque al jefe de la columna le habían dado mal el itinerario. Por último, durante su desplazamiento la unidad tuvo que repeler un ataque alemán con armas automáticas, y la compañía de Mishanski que iba a retaguardia, en lugar de abrirse paso hacia el grueso de las fuerzas, vaciló y, junto con su jefe, que no se atrevió a seguir por el campo abierto, viró hacia el bosque.

Cuando, por la mañana, Samarin escuchó el parte de Mertsalov, le hizo una sola pregunta: ¿cuántas municiones le había dejado a Bogarev?

—Preséntese usted a las diecisiete horas —ordenó después. Mertsalov intuía que la segunda conferencia había de ser más breve que la primera y que no auspiciaba nada bueno. Por ello se asombró y se alegró, al mismo tiempo, cuando Samarin le dijo:

—Le doy la posibilidad de rectificar su error: póngase en contacto con Bogarev, coordine sus acciones con él, asegúrele la salida y recupere todo el material abandonado. Puede retirarse.

Mertsalov comprendía que la tarea que acababa de encomendarle el jefe era extraordinariamente difícil. Pero a él no le daban miedo las tareas difíciles y peligrosas. A él lo que le daba miedo era el enojo de su inflexible jefe.

XVI

Dos días llevaba Bogarev con su batallón en el bosque. El batallón tenía poca gente. Los cañones, cubiertos con ramas,

apuntaban al camino. A la cabeza del destacamento de exploración había sido puesto el teniente de artillería Klenovkin, un joven alto, que tenía la costumbre de mirar frecuentemente, sin mayor necesidad, el reloj. Casi todos los exploradores pertenecían a la artillería; del batallón de infantería procedían únicamente Ignatiev, Zhavelev y Rodimtsev.

Bogarev llamó a Klenovkin y le dijo:

—Tendrá que ser usted no solamente explorador, sino también encargado de abastos. Las reservas de pan se nos van terminando.

Después agregó pensativo:

—Medicamentos tenemos; pero nos hace falta con qué alimentar a los heridos: necesitan zumos de frutas, jaleas. Para probar a sus nuevos exploradores, Klenovkin encomendó a Rodimtsev y a sus compañeros el primer servicio de reconocimiento. Les dijo:

—Principalmente, hay que asegurar pan para los combatientes y algunas jaleas y zumos de frutas para los heridos. El cocinero tiene harina de patata para hacer la jalea.

Zhavelev contestó sorprendido:

—Camarada teniente ¿qué jaleas se pueden hacer aquí? Alrededor nuestro no hay más que bosques y por el camino circulan solamente los tanques enemigos.

Klenovkin sonrió. A él mismo le habían extrañado las palabras del comisario.

—Está bien, veremos qué encontramos —dijo Ignatiev—. ¡Andando!

Ardía en deseos de ir por el bosque. Pasaron entre los heridos que reposaban al pie de los árboles. Uno de ellos, que tenía la mano vendada, levantó su rostro pálido y les dijo enfadado:

— ¡Menos ruido! ¿Por qué alborotan como si fueran osos?

Otro preguntó en voz baja:

— ¿Van a casa, muchachos?

Los exploradores se internaron en el bosque y, durante todo el trayecto, Rodimtsev no cesó de repetir con asombro:

— ¿Qué ha pasado con la gente? Verdaderamente es una sorpresa: antes, defendiéndose, no les dieron miedo ni doscientos tanques, mientras que ahora, al cabo de dos días de bosque, parecen vacíos.

— Es porque no hacen nada —le contestó Zhavelev—. Así pasa siempre.

Pronto llegaron a un claro. Estuvieron más de dos horas en una zanja, Junto al camino, observando el movimiento de los alemanes. Rozándoles casi pasaban motoristas del servicio de enlace. Uno se detuvo muy cerca, llenó su pipa, la encendió y después siguió adelante. Pasaron también seis tanques pesados. Pero los que pasaban más frecuentemente eran los camiones de la intendencia. Los alemanes conversaban. Muchos de ellos tenían desabrochado el cuello de la guerrera; por lo visto, querían tostarse. En una camioneta los soldados iban cantando. Los camiones pasaban bajo un árbol de lánguido ramaje, y casi de cada camión se levantaban brazos para arrancar algunas hojas.

Después los exploradores se dividieron en dos grupos. Rodimtsev y Zhavelev se encaminaron, a través del bosque, hacia el punto donde la carretera cortaba el camino vecinal, mientras que Ignatiev cruzó el camino vecinal y, después de tirar por un barranco, llegó hasta una aldea ocupada por los alemanes.

Durante mucho tiempo estuvo observando desde el alto cáñamo. En la aldea había tanquistas y soldados de infantería. Debían de estar reposando después de alguna marcha. Unos se bañaban en el lago; otros estaban tendidos al sol, sobre el suelo. En la huerta, debajo de un árbol, comían unos oficiales. Bebían en vasos metálicos donde brillaba intensamente la luz solar. Uno de ellos daba cuerda a una gramola, otro jugaba con un perro, un tercero, algo más lejos, escribía. Algunos soldados zurcían su ropa sobre el zócalo saliente de una casa; otros se afeitaban; con el cuello envuelto en una toalla; otros sacudían los manzanos y, valiéndose de unas pértigas, alcanzaban las peras maduras de las altas ramas de los perales. Algunos, echados sobre la hierba, leían.

Este paraje recordaba a Ignatiev su aldea natal: el bosque se parecía al bosque donde le gustaba pasar horas y horas, y el río se parecía al río donde; de chico, solía ir a pescar menudos y ligeros pececillos. Y el huerto donde los oficiales almorzaban y se entretenían tocando la gramola era también muy parecido al huerto de María Pesochina. ¡Cuántas horas agradables, durante las noches, había pasado con María en aquel huerto! Recordaba cómo de noche, entre el follaje oscuro, resplandecían de puro blancas las manzanas, cómo suspiraba y reía sin ruido junto a él, igual que una joven y ardiente paloma, María Pesochina. Una oleada caliente le subía del corazón con estos recuerdos... En el umbral de la casa apareció una muchacha delgada, con los pies descalzos y un pañuelo blanco a la cabeza. Uno de los alemanes le gritó algo, le hizo un ademán con la mano. La muchacha volvió a la casa y salió con una jarra de agua.

Una pena profunda, un agudo y amargo dolor oprimieron el corazón de Ignatiev. Nunca, ni la noche en que los alemanes incendiaron aquella lejana y verde ciudad, ni después, viendo las aldeas arruinadas, ni siquiera en los combates a muerte había sentido Ignatiev tanta amargura como en este día claro y apacible. Los alemanes reposando tranquilamente en una aldea soviética le parecían mucho más temibles que en el combate. El iba ahora por un bosque que era suyo, encorvándose, hablando a media voz, atento, y, sin embargo, conocía estos tupidos bosques, conocía sus nogales, sus pobos, sus abedules, sus arces, como la propia palma -de su mano. Por un bosque exactamente igual que éste solía ir, de mozo entonando a pleno pulmón las canciones que le enseñó la vieja Bogachija. Le encantaba tenderse sobre las hojas crujientes, mirando al cielo, viendo el ir y venir de las aves, contemplando los troncos, cubiertos de musgo, de los árboles; conocía todos los lugares donde abundaban las bayas y las setas, conocía las cuevas de los zorros, sabía en qué árboles habitaban las ardillas, conocía los claros donde a la tarde, entre la alta hierba jugaban las liebres. Y, ahora, el alemán fumaba su pipa por estos bosques, mientras que él, Ignatiev, tenía que limitarse, a observarle sigilosamente desde la cuneta alfombrada de matas. Un, cable negro, tendido por algún soldado alemán de transmisiones, corría entre los árboles queridos; las sorbas y los abedules permitían candorosos que sus frágiles brazos sostuvieran el cable, y, por este cable, a través de un bosque ruso, eran transmitidas palabras alemanas. Y, allí donde no había árboles, los alemanes clavaron en la tierra estacas hechas de jóvenes abedules y colgaron de ellas rótulos indicadores, y los abedules per-

manecían muertos, con sus pequeñas hojas amarillas como monedas de cobre, sosteniendo también el cable maldito.

Este día, en este minuto, Ignatiev comprendió con todas las fibras de su corazón lo que estaba sucediendo en el país, comprendió que se luchaba por la vida, por el derecho a respirar del pueblo trabajador.

Veía descansando a los alemanes, y el espanto le helaba: por un momento se imaginó que la guerra había terminado y que los alemanes, igual que ahora, ante sus propios ojos, se bañaban, oían por la noche el canto de los ruiseñores, paseaban por los claros del bosque, recogían las frambuesas, las moras, la tila, las setas, tomaban té en las isbas, hacían sonar la gramola a la sombra de los manzanos e invitaban a las muchachas. Y en este instante, Ignatiev, que llevaba sobre sus hombros todo el peso de varias batallas terribles, que más de una vez, en las trincheras fangosas, había visto pasar sobre sí los tanques alemanes, que había recorrido miles de kilómetros por la candente arena de los caminos de guerra, que cada día veía la muerte y se enfrentaba con ella; en este momento, Ignatiev comprendió con todo su corazón, con toda su sangre, que la guerra actual debía continuar hasta que no quedase un solo alemán sobre el territorio soviético. Las llamas de los incendios, las explosiones fragorosas de las granadas de mortero, los combates aéreos no tenían importancia alguna en comparación con este plácido descanso de los fascistas alemanes en una aldea ucraniana ocupada. Esta calma, este reposo apacible de los alemanes daba miedo. Involuntariamente, Ignatiev acarició la culata de su automático, palpó una granada para cerciorarse de su fuerza, de su voluntad de luchar. El soldado de filas, sentía la guerra con toda la sangre de sus venas.

¡Sí, ésta no era la guerra del año catorce, la guerra de que le había hablado su hermano mayor, la guerra maldita por los soldados y por el pueblo!

Todo esto lo comprendió Ignatiev con el alma, con el cerebro y el corazón durante este claro día de verano viendo descansar a los alemanes en medio de la engañosa tranquilidad meridiana.

—Efectivamente, el comisario me dijo una cosa cierta aquella vez— recordó Ignatiev su diálogo con el comisario en la ciudad ardiendo.

Volvió al lugar convenido. Ya le esperaban allí sus compañeros.

—¿Qué hay en la carretera? —preguntó Ignatiev.

—No pasan más que convoyes —dijo con voz de aburrimiento Zhavelev—. A cada paso, camiones y camiones. En casi todos se oye cacareo de gallinas; también llevan rebaños de vacas.

Tenía el rostro distinto sin su ágil e irónica sonrisa habitual. Era visible que también a él le había producido un hondo dolor observar la vida en la retaguardia de los alemanes.

—¿Regresamos? —preguntó Rodimtsev. Rodimtsev estaba tan tranquilo como de costumbre. Así le conocían sus camaradas, cuando aguardaba a los tanques enemigos, así le conocían cuando, despacio, como un buen administrador, distribuía las raciones de pan para la cena.

—Habría que hacer algún prisionero... —propuso Zhavelev.

—No es difícil —aprobó, animándose Ignatiev—. Yo, tengo ya pensado cómo puede hacerse —y expuso a los compañeros su plan.

El afán de hacer algo se había apoderado de Ignatiev.

Le parecía que debía combatir día y noche, que no debía perder- un solo minuto. Por algo admiraban los armeros de Tula su comprensión y su indómita fuerza de trabajo, por algo le consideraban el mejor segador de la aldea...

Informaron al teniente sobre los resultados del reconocimiento. El teniente ordenó a Ignatiev que se presentase al comisario. Bogarev estaba sentado bajo un árbol.

—¡Ah. camarada Ignatiev! —se sonrió el comisario—. ¿Y su guitarra? ¿Está sana?

—¿Cómo no, camarada comisario? Ayer toqué para los combatientes. Se habían puesto un poco melancólicos, hablaban en voz baja...

Miró fijamente a la cara del comisario y le dijo:

—Camarada comisario: permítame usted realizar un buen trabajo, algo que valga la pena, algo que haga saltar chispas. No puedo estar tranquilo cuando veo que los alemanes tocan aquí su gramola y recorren nuestros bosques.

—Trabajo hay mucho —contestó Bogarev—: trabajo para todos. Ahora me preocupa conseguir pan, poder alimentar a los heridos, hacer algún prisionero. Ya le he dicho: trabajo hay para todos.

—Camarada comisario —dijo Ignatiev—: deme usted cinco hombres y, antes de la noche, tiene usted resuelto todo eso.

—¿No es jactancia? —preguntó Bogarev.

—Vamos a verlo.

—Usted responderá si no cumple. Bogarev ordenó a Klenovkin que destacase un equipo de voluntarios. Quince minutos después Ignatiev les llevaba por el bosque, en dirección al camino.

El primer trabajo le ocupó poco tiempo. En su viaje anterior de reconocimiento había descubierto unos calveros llenos de bayas rojas.

— A ver, chicas — gritó a los soldados que le acompañaban levántense las faldas y a recoger bayas.

Todos se reían con sus bromas, estallaban de risa, escuchando, una tras otra, las historias que refería.

— ¡Cuántas bayas! Parece una verdadera alfombra — comentó Rodimtsev.

— Poned aparte cada especie —. Podéis separarlas con hojas — recomendó Ignatiev.

Cuarenta minutos más tarde platos y cascotes estaban llenos de bayas.

— Ya habéis visto qué simple — dijo, entusiasmado Ignatiev —. La murtilla será para los que sufren del estómago, la frambuesa para los que tienen fiebre y el jugo de zarzamora, que es agrio, servirá para aplacar la sed: los heridos tienen sed siempre.

Diestro y rápido exprimió el zumo de las bayas y luego le filtró a través de la gasa de su paquete individual. Pronto llenó varios tarros de un líquido espeso y transparente al mismo tiempo. Sin saber de dónde, llegó volando una mosca casera.

Ignatiev llevó los tarros a las chozas donde se quejaban los heridos. El viejo médico, viendo lo que traía Ignatiev, se enjugó, conmovido, una lágrima y dijo:

— Dudo que en el mejor hospital puedan ofrecer a los heridos cosa semejante. Ha salvado usted más de una vida, camarada soldado. Perdón, no conozco su apellido... Ignatiev miró, confuso, al médico, sonrió, hizo un ademán de

negatorio con la mano y se marchó. El éxito le acompañaba. El combatiente que había sido destacado para observar la carretera informó que en el claro estaba detenido un camión alemán. Por lo visto, le había fallado el motor. Los alemanes estuvieron comentando largo tiempo el accidente y después se marcharon con el chofer en una camioneta.

— ¿Qué hay en el camión? -preguntó Ignatiev.

— ¡Vete a saber! Está cubierto con capotes alemanes.

— ¿No miraste?

— ¿Cómo iba a mirar? —respondió el soldado—; los coches circulan sin cesar en las dos direcciones. No es posible arrimarse.

— ¡Vaya un observador! —exclamó Ignatiev—, ¡Gorrión, más que gorrión!

El soldado se ofendió.

— Por lo visto, crees que eres un aguilucho —le dijo Ignatiev.

Fue al lugar donde estaba el camión y desde allí gritó:

— ¡Muchachos, vengan corriendo!

Se dirigieron adonde estaba Ignatiev, observando con su rostro alegre y, al mismo tiempo, serio. El era el amo de este bosque, él y nadie más que él. Efectivamente, sólo él podía ser aquí el dueño: hablaba en voz alta, como si estuviese en su casa, sus ojos claros sonreían. ¡Deprisa, deprisa! —gritaba—. ¡Estiren los capotes, sujétenlos por un extremo! ¿No ven que los alemanes nos han traído pan? Y tenían prisa en traérmelo: querían que nos llegase reciente, calentito. Incluso hicieron reventar el coche. Empezó a arrojar un pan, tras otro en los capotes tirantes. Para cada pieza de pan tenía algún chiste:

—Este se le ha pasado a Fritz. No sabe cocer pan; habrá que echarle una buena reprimenda. Este otro está bien: se ve que Hanse se ha esmerado. Este también está demasiado cocido: Herman se durmió aquí. En cambio, este otro es magnífico, el mejor de todos: lo ha hecho, por encargo mío, el propio Adolfo.

Su frente, quemada por el sol, se había perlado de gotas de sudor; la luz del sol, al pasar por el follaje, sombreaba la cara de Ignatiev, los panes que volaban por el aire, las negras bordas del camión alemán, el camino cubierto de hierba verde, Ignatiev se enderezó, jadeante, se estiró todo lo largo que era, se enjugó la frente y luego contempló largamente el bosque, el cielo, el camino...

—Igual que un brigadier sobre el almiar —pronunció.

En fin, muchachos, lleven los panes a unos doscientos o trescientos metros de aquí, escóndanlos entre los matorrales y volved luego.

—Tú baja de ahí entre tanto. No seas loco, que pueden llegar de un momento a otro los alemanes —le gritaron los soldados.

—¿A dónde voy a ir? —preguntó sorprendido—. Este bosque es mío, yo soy aquí el amo. Si me fuese, me preguntarían: ¿a dónde vas, dueño del bosque?

Y siguió de pie sobre el camión. Los mirlos y los jilgueros tronaban volando sobre su cabeza, cantaban su arrojo, su alegría, su bondad. Ignatiev desmenuzó un trozo de pan y arrojó las migas a los pájaros; después se puso él mismo a cantar. Pero sus ojos observaban atentos el camino, que se podía ver a un kilómetro en cada dirección. De vez en

cuando interrumpía sus canciones y escuchaba cerrando los ojos: le parecía que muy a lo lejos sonaba algún motor. Poco después en el horizonte divisó una nubecilla de polvo. Ignatiev se fijó bien: venía un motorista. -Tú, dueño del bosque, ¿piensas huir? -se preguntó a sí mismo en son de burla. Estaba claro que para reparar o remolcar el camión los alemanes no hubieran enviado sólo una moto. Ignatiev preparó una granada, la oprimió fuertemente con la mano y se tendió en el espacio que había quedado libre después de sacar el pan. El motorista pasó de largo, sin aminorar siquiera su marcha.

Una hora después todo el camión había sido descargado. Al irse Ignatiev registró en la cabina, extrajo de la bolsa lateral una botella que tenía un poco de coñac y se la guardó en su bolsillo. Cuando los soldados se marchaban ya con la última carga de pan sobre su capa tienda, se oyó a lo lejos el zumbido de un motor. Ignatiev se guareció entre los matorrales para ver qué ocurría. El camión, al acercarse, disminuyó su velocidad viró y se aproximó al coche vacío. Ignatiev no entendía una sola palabra de lo que gritaban los alemanes; pero, por sus gestos, por la expresión de sus caras, por su ajetreo, todo estaba absolutamente claro. Primero miraron en la cuneta, luego buscaron debajo del camión, después el sargento empezó a increpar al cabo, cuadrado rígidamente ante su superior. Ignatiev comprendía sin la menor duda que el sargento gritaba: "¿Por qué, cara de perro, no dejaste a alguno de guardia? ¿Qué temías?" Y el cabo indicaba melancólicamente con la mano el paraje como diciendo: "Alrededor no hay más que bosque... ¿Quién podía obligarlos a quedarse?" A lo que el sargento oponía: "¿Y por qué no te quedaste tú, hijo de cerda? Ahora los voy a detener a to-

dos y no les daré de comer". "Como usted guste" -suspiraba el cabo. Después el cabo se puso a gritar al chofer. Ignatiev interpretaba así sus gritos : "Tu echaste a perder el motor, te detuviste en medio del bosque; seguramente fuiste todo el camino bebiendo coñac".

Y el chofer, viendo que el sargento se había alejado un poco contestaba al cabo: "¿Por qué chillas tanto si tú mismo te tragaste un par de copitas?"

Los mirlos saltaban sobre las ramas y se reían de los alemanes. Después uno de los soldados encontró cerca del camión una colilla y se la mostró al sargento. Ignatiev comprendió que el sargento no tardaría en descubrir las letras rusas en el papel. "¡Ahí están!" -gritó enseñando la colilla a los soldados. En este momento los alemanes se volvieron locos: sacaron sus pistolas, empuñaron los automáticos y empezaron a disparar contra los árboles; las hojas y las pequeñas ramas caían segadas sobre el camino. Ignatiev se arrastró hasta los lejanos arbustos donde se hallaban escondidos sus compañeros con el pan. Una vez allí, les contó, riéndose, todo lo que había visto y sacó la botella del bolsillo:

—No queda casi nada de coñac. Desde luego, para los seis no alcanza. Tendré que bebérmelo yo solo ¿eh?

— ¡Está bien! No vamos a discutir. Aquí tienes un vasito. Yo no quiero nada que sea alemán.

Antes del anochecer. Ignatiev se presentó al comisario con un alemán. Le había hecho prisionero de una manera muy sencilla: cortó el cable telefónico que corría a lo largo del camino y se quedó acechando con un camarada entre los arbustos. Una hora más tarde vinieron dos alemanes del servicio de transmisiones para buscar el corte. Los soldados

rojos saltaron entonces de su escondite. A uno de los alemanes, que intentó huir le mataron; el otro se quedó como petrificado del susto y le apresaron.

— Yo, camarada comisario, empleo siempre en el bosque dos métodos infalibles — explicó sonriendo Ignatiev —. A los motoristas les cojo tendiendo un alambre a través del camino; para los de infantería ato una gallina entre los arbustos y la pincho. En cuanto oyen el cacareo, los alemanes vienen aunque estén a cinco kilómetros.

— ¡Muy ingenioso! — le dijo, riéndose, Bogarev.

En la oscuridad Rumiantsev formó a artilleros e infantes y leyó ante ellos la orden del día: “Se da las gracias al soldado de reconocimiento Ignatiev en nombre del ejército”. Cuando oyó su nombre Ignatiev salió de la fila y, a pesar de la oscuridad, se cuadró y repuso:

¡Sirvo a la Unión Soviética, camarada capitán!

XVII

Mertsalov recordaba dolorosamente su retirada poco feliz. Una Insoportable y humillante sensación de impotencia le dominó durante la breve marcha, más parecida a una fuga que al repliegue de una unidad militar regular. Aspecto particularmente penoso ofrecía la gente mandada por Mishanski. En su compañía reinaba el abatimiento, los combatientes marchaban con la cabeza baja, moviendo pesadamente los pies, algunos sin armas. Cualquier ruido les alarmaba, observaban el cielo con ojos extraviados. Mishanski prohibió a sus hombres que abrieran fuego contra los aviones y les ordenó que marchasen a un costado del camino, tratando de

elegir lugares boscosos o terrenos cubiertos de maleza. La compañía iba como una muchedumbre sin orden, diseminada a gran distancia.

Los soldados, viendo la inseguridad de los mandos, infringían con frecuencia la disciplina. Unos cuantos, procedentes de la parte de Chernigov, abandonaron por la noche sus armas y se fueron a sus aldeas siguiendo los caminos vecinales. Mertsalov ordenó que les detuviesen. Pero no se pudo dar con ellos.

De día las secciones del regimiento que marchaban en vanguardia salieron a un extenso campo. Delante, a unos cinco o seis kilómetros, azuleaba un bosque. El bosque llegaba hasta el río. Los soldados rojos se reanimaron: allí, al otro lado del río, estaban las fuerzas soviéticas, allí terminaba su duro y peligroso camino por la retaguardia alemana. Los caballos, al sentir la lejana humedad del agua, empezaron a piafar, los soldados del cuerpo de tren no tenían que azuzarlos.

Cuando el regimiento, muy diseminado marchaba por el camino, levantando nubes de polvo los miles de botas, las ruedas chirriantes de los carros, las cubiertas gastadas de los camiones; las anchas orugas de los tractores, apareció en el aire un avión alemán de reconocimiento. Describió un círculo veloz sobre el camino polvoriento y desapareció seguidamente. Mertsalov comprendió que pronto tendría que enfrentarse con el enemigo. Dispuso que los carros y camiones mantuviesen una distancia de veinte metros entre sí para el caso de un ataque aéreo, y que las ametralladoras antiaéreas instaladas sobre camiones fueran colocadas a la cabeza y a la cola de la columna. Estaba seguro de que el enemigo atacaría desde el aire. Con ironía señaló al jefe del Estado Mayor:

—Observa hacia la compañía de Mishanski, camarada comandante: todos van mira que te mira al cielo. El mismo Mishanski, como un águila, tiene también los ojos clavados en el cielo. Pero antes, cuando iba por el bosque, andaba cabizbajo igual que un septuagenario, sin atreverse a levantar la cabeza.

Subió a una colina y observó los espacios del cielo y de la tierra que se extendían ante él. Silbaba el viento, meciendo el trigo sin segar, rizándolo, y las doradas espirales de granos maduros se inclinaban dócilmente y surgía ante la vista el pálido cuerpo de sus tallos. Todo el campo cambiaba de color, de amarillo ámbar se transformaba en verde pálido. Y entonces parecía que una palidez mortecina cubría los trigales, como si la sangre viva abandonase su cara, como si el campo resplandeciera, espantado ante el repliegue de las tropas rusas. Y el campo susurraba, imploraba, se inclinaba hasta el suelo, tan pronto palidecía como, irguiéndose de nuevo, mostraba en toda su belleza las altivas espigas tostadas por el sol. Mertsalov contempló largamente la campiña, los blancos pañuelos de las mujeres que se veían de vez en cuando, los distantes molinos, las casas blanquecinas de una aldea a lo lejos. Miró luego al cielo: el candente cielo color azul lechoso del verano. Flotaban por él pequeñas nubes, dispersas, imprecisas, tan transparentes que, a través suyo, se divisaba el aire azul. Y este enorme campo y este cielo inconmensurable y caliente clamaban en su gran tristeza, imploraban la ayuda del ejército que iba por el árido y polvoriento camino. Las nubecillas navegaban de oeste a este, como si algún ser invisible empujase un enorme rebaño de blancos merinos a lo largo del cielo azul, invadido por los alemanes.

Las nubes iban tras las tropas que se retiraban en medio del polvo del camino, tenían prisa por llegar allí donde no podría cortarlas el ala tajante de los aviones alemanes. El trigo susurraba, se inclinaba ante los soldados rojos, les rogaba sin saber él mismo qué pedirles.

—¡Ah, habría que llorar sangre! —pronunció Mertsalov—. Sangre salada y no lágrimas...

Una viejecilla descalza, con una alforja medio vacía sobre la espalda encorvada, y un chico de grandes pupilas que permanecían al borde del camino miraban a las tropas en repliegue y era tremendo e indescriptible el reproche de sus ojos tristes e inmóviles, infantilmente impotentes los de la vieja, senilmente cansados los del chico. Durante largo tiempo permanecieron de pie, perdidos en el inmenso campo.

Fue, un día penosísimo. Jamás podría olvidarlo Mertsalov. Esperaba al enemigo desde el aire; pero el enemigo se presentó por tierra. En un breve combate, Mertsalov perdió todo el cuerpo de tren, perdió la compañía de Mishanski, que se retiró al bosque siguiendo a su jefe.

Hacia el amanecer el regimiento llegó al río. El rudo camino había terminado. Pero el jefe del regimiento no experimentaba la menor alegría: tristes pensamientos le embargaban. El jefe del Estado Mayor se acercó y entregó a Mertsalov un informe del comisario de la segunda compañía. En un caserío emplazado en medio del bosque se quedó un soldado rojo, después de anunciar a sus compañeros que había decidido esperar allí, en compañía de una viuda joven, a que pasaran los tiempos difíciles. Mertsalov ordenó que una camioneta fuese inmediatamente en busca del desertor. Le trajeron de noche al Estado Mayor: vestía un tra-

je campesino, calzaba “laptis”. El uniforme lo había tirado a un estanque después de atado a una piedra. Desde lejos Mertsalov seguía el diálogo de los soldados rojos.

—¿También tiraste al agua el gorro con la estrella roja? —preguntó el número uno de un equipo de ametralladoras.

—Si —dijo con triste indiferencia el desertor—, ¿y el fusil también? —interrogó el número dos del equipo.

—¿Para qué lo necesitaba ya si me quedaba en el caserío?

—También habrá hundido su alma en el estanque —dijo el soldado rojo Glushkov, alto y sombrío, hermano de un soldado que habla sucumbido luchando contra un tanque-: la ató a un ladrillo y la tiró al agua.

—¿Y para qué iba a hundir mi alma? —dijo, ofendido, el desertor y se rascó una pierna.

El sargento que había ido en busca del desertor sonrió y explicó:

—Cuando llegamos, se disponía a acostarse con su viudita. Todo estaba en regla: la cama preparada, una botella, ya vacía, de medio litro en la mesa, dos copitas; acababan de comer cerdo frito.

—Habría que traer también a esa viudita para fusilarlos a los dos juntos —volvió a hablar el número uno.

—Aplastarlos con las botas —dijo un combatiente escuálido, con cara demacrada y ojos febriles de enfermo.

Mertsalov se acercó al desertor. Recordó todo el amargo día —el trigal, el cielo, la vieja con el chico que miraban con reproche a las tropas en retirada— y pronunció por primera vez en su vida estas pesadas, terribles palabras:

— Que lo fusilen delante de las tropas.

De noche no durmió. “No, no me doblegaré — se decía —; existen en mí las energías necesarias para esta guerra”.

Y con todas sus fuerzas se dedicó a cumplir la tarea que el jefe del Ejército había encomendado a su regimiento.

Por la mañana Mishanski visitó a Bogarev.

— ¡Salud, camarada comisario! — dijo alegremente.

— ¡Este sí que es un encuentro!

Los hombres que habían llegado con él estaban sin afeitar, tenían las guerreras destrozadas. El propio Mishanski no ofrecía mejor aspecto que sus combatientes. Había arrancado las insignias del cuello de su guerrera; el corchete y los botones superiores estaban arrancados también; por lo visto, había tirado la cartera de campaña y el portamapas que solía llevar antes consigo para perder su aspecto de jefe, incluso había desenfundado el revólver y lo llevaba en un bolsillo del pantalón. Después de sentarse junto a Bogarev, le dijo en voz baja:

— Sí, hemos caído juntos en el cerco clásico, camarada comisario. Me parece que lo único acertado es desconcentrar a los hombres y tratar de pasar uno a uno la línea del frente.

Escuchándole, Bogarev sintió como si la sangre se le hubiese ido de la cara, sintió que incluso las mejillas blancas de cólera, se le habían quedado frías.

— ¿Por qué tiene su gente ese aspecto? — preguntó calmamente.

Mishanski hizo un ademán:

— ¿Qué quiere usted que le diga? — dijo —. No hay héroes entre ellos. Por la noche cuando salimos a un calvero, los alemanes lanzaron una bengala y ellos se tiraron cuerpo a tierra, como si estuviesen batidos por un huracán de fuego.

Bogarev se levantó, se apoyó pesadamente en un pie, luego en otro. Mishanski, que seguía sentado sin observar el rostro, descompuesto por la cólera, de Bogarev, añadió:

— Camarada comisario, ¿no podría usted invitarme a un cigarrillo? Me parece que la solución que le propongo es acertada: pasar el frente uno a uno. Cada cual como pueda. En montón, hagamos lo que hagamos, no podremos abrimos paso.

— ¡En pie! — ordenó Bogarev.

— ¿Cómo? — preguntó Mishanski.

— ¡En pie! — repitió el comisario con una voz sonora e imponente.

Mishanski reparó entonces en la cara de Bogarev y, de un salto se levantó y quedó firme.

— Siga usted así- ordenó Bogarev y, mirando a Mishanski con una expresión de odio, le gritó: — ¿Qué aspecto tiene usted? ¿Cómo se atreve a presentarse así ante un superior? Inmediatamente se las arreglarán usted y su gente para que no haya nadie sin afeitar y no falte un solo botón en las guerreras. Cósase en el cuello sus insignias. Dentro de veinte minutos forme a toda la compañía y venga a presentarse ante mí, jefe de una unidad regular del Ejército Rojo que opera en la retaguardia del enemigo, a cuyas órdenes ha pasado usted.

— Entendido, camarada comisario de Batallón — dijo Mishanski; pero creyendo aún que el asunto no era tan serio, añadió con una sonrisa — lo que pasa es que no sé dónde podré conseguir las insignias. Estamos cercados, en medio del bosque; como no quiera usted que me cosa unas bellotas en el cuello a manera de insignias...

Bogarev consultó el reloj y silabeó:

—Si dentro de veinte minutos no está cumplida mi orden, será usted fusilado ante las tropas, aquí mismo, debajo de este árbol.

Mishanski comprendió y calibró la fuerza tremenda, inflexible, del hombre que estaba hablando con él. En estos mismos instantes los artilleros y los tiradores interrogaban a los combatientes recién llegados:

—¡Oye barbudo! —preguntaba en voz alta a uno de ellos el héroe de la lucha contra los tanques alemanes, el apuntador Morosov —¿De qué quinta eres?

—Del doce —respondió con un hilo de voz el recién llegado; después, alzando un dedo, suplicó—. Bajo, muchachos, no hagan tanto ruido.

—¿Por qué, padre? —preguntó Ignatiev, levantando a propósito la voz...

—Más bajo —volvió a pedir con cara de dolor el combatiente barbudo—. ¿No han oído?

—¿Qué, qué? —preguntaron, intrigados, exploradores y artilleros.

—Los alemanes están alrededor de nosotros; se les siente hablar.

Todos se miraron sorprendidos; pero Ignatiev se echó a reír de pronto con tanta fuerza que varios soldados de la compañía de Mishanski le susurraron también -Más bajo, más bajo.

—¿Qué les pasa, muchachos? —preguntó Ignatiev —¿Qué les pasa? Si lo que se oye es el graznar de los cuervos, de los cuervos ¿entienden? y una carcajada general atronó el bosque: se reían los artilleros, los soldados de infantería,

los exploradores; se reían también los heridos, quejándose al mismo tiempo del dolor que les causaba la risa, y se reían, por último, hasta los combatientes recién llegados, moviendo, turbados, la cabeza y escupiendo.

En este momento llegó Mishanski.

— A ver muchachos ¡Rápidos, rápidos! — gritó —. Les doy quince minutos de plazo para que se afeiten todos y se arreglen como les corresponde. Camaradas jefes de las secciones, cósanse las insignias y formen la compañía.

Y, después de coger su mochila, marchó velozmente hacia el arroyo. Bogarev se paseaba, meditabundo, a la sombra de los árboles.

— Dice Mishanski que no hay héroes en su compañía. ¿Qué se le va a hacer? Si no los hay, los crearemos. Habrá héroes.

Poco después la compañía estaba formada. El capitán Rumiantsev recorrió lentamente las filas, revisando meticulosamente los uniformes de los combatientes y sus armas, haciendo serias observaciones a propósito de cualquier anormalidad. — Ajustese más el cinto, más, más — dijo a uno. — ¿Por qué se ha afeitado usted tan mal? Hay que afeitarse con esmero y no de cualquier modo... Usted no ha limpiado su fusil. ¿Para qué sirve un fusil sucio? ¿Acaso un combatiente del Ejército Rojo debe tratar así su arma?

Parecía que la revista se efectuaba en una escuela militar, antes de una inspección severa, y no en un bosque en la retaguardia de los alemanes. Bogarev le había pedido especialmente a Rumiantsev que realizase esta revista, minuciosa hasta el cansancio, y desde lejos observaba a la compañía formada. Rumiantsev se acercaba ya al ala izquierda

y, echando una mirada rigurosa a la hilera, dijo al jefe de la sección: "Sus combatientes no han formado exactamente por estaturas, camarada teniente". Bogarev dio unos pasos hacia adelante. —¡Firmes! —ordenó Mishanski y, adelantando un paso, dio el parte en voz alta. Bogarev pasó ante las filas, y después de saludar a los combatientes, les dirigió la palabra. Habló sin levantar apenas la voz: sus palabras llegaron inmediatamente al corazón del auditorio. Habló sobre las grandes penurias de la guerra, sobre la amargura de la retirada. Expuso ante los soldados rojos la difícil situación, sin ocultarles nada. Habló sobre los tanques alemanes, sobre los caminos cortados; habló sobre como apreciaba las fuerzas del enemigo que había en este sector. Habló sobre la dura lucha a vida o muerte que libraba el pueblo.

Y, desde la fila, los hombres le escuchaban erguidos, los rostros serenos, mirando a su comisario con ojos inteligentes de soldados a quienes no había nada que enseñar.

En estos días penosos la gente deseaba únicamente la verdad. Quería escuchar la verdad por dura, por penosa que fuera. Y Bogarev les dijo esta verdad. Un viento frío, que anunciaba el otoño, comenzó a remover la alta fronda de los árboles. Y, después del día ardiente, después de las noches negras y tormentosas de estos meses, después de los mediodías sofocantes, después de las tardes llenas de zumbidos de mosquitos, este viento nortero que traía recuerdos de invierno, de nieve, de ventisca, era infinitamente agradable. Este viento decía que el verano penoso y abrazador terminaba y venía una nueva estación. La gente lo sintió con todas las fibras de su alma y relacionó esta intuición con las palabras del comisario y con los embates del

viento frío, bajo el cual habían empezado a susurrar, como en noviembre, los nogales.

Esta noche Bogarev no durmió. Se dirigió a un montecillo arenoso donde crecían unos pinos enormes. Allí se tendió y, después de taparse con el capote, se puso a contemplar el cielo. La noche estaba fresca. La luna se movía lentamente entre los troncos oscuros, navegando por el cielo. Entre los árboles del bosque se notaba particularmente el suave movimiento de la luna; era tan grande, que incluso los troncos gruesos no podían taparla, y el disco amarillo, tan pronto como desaparecía por un lado del árbol, asomaba y crecía por el otro. Bogarev fumaba, el humo transparente de su cigarrillo, a la luz de la luna, era como de cristal. En el cielo, infinito y vacío, la luna había eclipsado las estrellas. Sobre la parte frondosa del bosque se alzaba una neblina de un gris azulado, igual de liviana que el humo del cigarrillo de Bogarev. Y, bajo los pinos, se oía constantemente un susurro, como si miles de mosquitos estuviesen trabajando en estas horas nocturnas: eran las gotas de rocío que se deslizaban al suelo desde las agujas resbaladizas y aceitosas de los pinos. El rocío se acumulaba, maduraba sobre las verdes agujas, el agua se deslizaba por el canal que era cada aguja, las gotas, cuajándose, brillaban a la luz de la luna. La noche tenía una hermosura tan grandiosa, que Bogarev se sintió invadido por la tristeza. El suave susurro de las gotas que caían, el caminar de la luna por el cielo, las sombras incorpóreas de los árboles que se movían lentamente por la tierra expresaban la sabia belleza del mundo.

Pero este mundo se estremecía bajo los golpes de la guerra; la guerra se había guarecido en la tierra laborada,

estaba en el agua, se alzaba a diez mil metros sobre la tierra, vivía desencadenada en los bosques, en los campos, sobre los apacibles estanques cubiertos de juncos, sobre los ríos y las ciudades; la guerra no conocía ni día ni noche. Y Bogarev pensó que si en la guerra venciese Hitler, para el mundo no habría sol ni estrellas ni noches tan hermosas como ésta. Vio a un hombre sentado en medio de un calvero. Bogarev lo llamó. Era Ignatiev.

¿Qué hace usted aquí, camarada Ignatiev? —preguntó Bogarev.

—No puedo dormir, camarada comisario; ¡qué noche!

A Bogarev le gustaba este hombre recio y alegre; conocía la influencia que tenía sobre los soldados rojos. Había oído a los combatientes transmitirse mutuamente las bromas de Ignatiev, les había oído hablar sobre su alegre y astuto valor. Allí donde estaba Ignatiev había siempre un grupo de cinco o diez combatientes.

—¿En qué piensas, camarada Ignatiev? —preguntó Bogarev.

—Recordaba a un compañero: Sedov. Cuando empezó la guerra hubo también noches de luna. Y una de ellas me dijo:

“¡Qué noche tan hermosa Ignatiev! Pero ya no sé si me quedan muchas noches de vida.” Y, efectivamente, ya no existe.

—Y Babadzhanian tampoco existe —suspiró Bogarev.

Bogarev empezó a hablar. Ignatiev escuchaba con interés.

No le gustaban las conversaciones donde le explicasen algo.

—¿Qué tienen que enseñarme? —pensaba—. Yo sé lo bastante. Luego habitualmente, sucedía que no era a él a quien le contaban cosas nuevas, sino que él era, precisamente, quien hacía que le escuchasen. Conocía infinidad de historietas de todo género, conocía casos, recuerdos, oídos a los viejos soldados, a los abuelos y a las abuelas. Sentía cierta pasión por recoger estas narraciones, que revestían la forma de historias sencillas. Se grababan fácilmente en su memoria prodigiosa. Y, como estaba dotado de mucha fantasía, solía modificarlas y transmitir las ya elaboradas a sus compañeros. Eran relatos al mismo tiempo de humor y de miedo, historietas ingeniosas de soldados rojos. Esta noche habló el comisario y escuchó Ignatiev.

Se le quedaron bien impresas las palabras de la plática nocturna.

—De verdad, camarada comisario —contestó Ignatiev—, creo que me he convertido en otro hombre durante la guerra. Por donde paso me duele cada riachuelo; cada bosquecillo me da tanta lástima, que hasta se me oprime el corazón. Y eso que la vida que llevaba en el pueblo no era una vida fácil; pero todo era nuestro, propio. La tierra era nuestra, la industria nuestra y la vida nuestra también, una vida dura, pero nuestra, propia. ¿Y cómo entregar todo esto? En los últimos tiempos he empezado a reflexionar mucho. Cuando llegué al ejército creía que no me importaba nada. Ahora, en cambio, ha empezado a hablar en mí el corazón. Cuando veníamos hoy, en un calvero susurraba un arbolillo, se agitaba el pobre, y me produjo tanto dolor, que llegué a

conmoverme. ¿Sería posible, pensé para mis adentros, que un arbolillo tan gracioso pasara al poder del alemán? “No, contesté a los muchachos, esto no sucederá”. Y mi amigo Rodimtsev asintió: “Por difícil, por duro que sea, hay que resistir; luchamos por nuestra tierra.” Y es así: no importa que hayamos pasado tiempos azarosos, donde incluso no había qué comer; pero la vida era mía, me pertenecía.

Desapareció la luz lunar, un velo oscuro cubrió el cielo. Poco después empezó a caer una lluvia menuda, como una fría arenilla.

Bogarev se subió un poco el capote, tosió y, con su hablar ordinario, algo ronco y lento, dijo:

— Camarada Ignatiev: al servicio de exploración se le ha encomendado un ataque contra algún convoy alemán. Irá un nuevo destacamento donde van a ser incluidos los hombres menos firmes de la compañía de Mishanski. Hay que enseñarles, levantar su ánimo. Usted integrará el destacamento, para que la gente vea cómo se puede golpear a los alemanes.

— A sus órdenes, camarada comisario —respondió Ignatiev.

“Ya se acabó la noche de luna” —pensó luego Bogarev. Lo mismo había pensado Ignatiev al despedirse del comisario.

Más tarde Bogarev despertó a Mishanski y le dijo:

— Dentro de una hora usted saldrá con un destacamento para atacar un convoy alemán.

— ¿De quién puedo recibir las directivas? —preguntó Mishanski.

— Las directivas las ha recibido el teniente Klenovkin, que es el jefe del destacamento. En esta operación us-

ted irá como simple combatiente con un fusil. Desde hoy no manda ya la compañía.

— Camarada comisario — dijo Mishanski — : permítame explicarle...

— Yo quería únicamente prevenirle de esto — le interrumpió Bogarev — : No tenga usted miedo a los alemanes, tenga miedo a demostrar poca firmeza. Más explicaciones no habrá; recuérdelo.

XVIII

El pastor Vasili Karpovich llevaba seis días vagando con Lioniá Cherednichenko por aldeas que tenían en su poder los alemanes. El chico se cansaba mucho, se había lastimado los pies, que manaban sangre. Varias veces preguntó al viejo: ¿Por qué sale sangre de los pies si vamos todo el tiempo por caminos blandos? Durante el viaje comieron bien: las mujeres les daban bastante leche, pan, tocino. La última noche se detuvieron a dormir en una casa habitada, por una madre y dos hijas. Las dos chicas cursaban la décima clase, estudiaban álgebra y geometría, conocían un poco de francés. La madre había envuelto a las chicas en unos harapos; las dos tenían las manos y la cara manchadas de barro, el cabello sin peinar, en marañas. Era para que los alemanes no reparasen en la belleza de las muchachas. Ellas se miraban con frecuencia al espejo y se reían. Les parecía que dentro de un día o dos terminaría esta vida salvaje y terrible, que el alcalde les devolvería manuales de geometría, física y francés, recogidos por orden del comandante alemán; que dejarían de mandarlas a realizar trabajos duros. Circulaban rumores

de que multitud de mujeres iban por los caminos hacia lejanos campamentos para cumplir trabajos forzados; que a las muchachas bonitas las apartaban y desaparecían inmediatamente sin dejar rastro; que en los campamentos estaban separados hombres y mujeres y que en todas las aldeas ucranianas habían sido prohibidos los casamientos. Las muchachas escuchaban estos rumores; pero en su interior no les daban crédito. Demasiado salvaje les parecía todo lo que contaba la gente. En otoño pensaban ir a Clujov para ingresar en el Instituto pedagógico. Leían libros; sabían resolver problemas de ecuaciones con dos incógnitas sabían que el sol es una estrella en estado de extinción y que la temperatura de su superficie asciende a cerca de 6, 000 grados. Habían leído “Ana Karenina”, y cuando se examinaron de literatura escribieron composiciones sobre la lírica en Lermontov y sobre las características de Tatiana Lárina. Su padre, ya difunto, era brigadier especializado en agronomía: dirigía el laboratorio de la aldea y recibía cartas desde Moscú del académico Lisenko. Y las muchachas se reían de sus harapos y consolaban a la madre:

—No llores, mamita, las cosas no pueden durar mucho así. Hitler reventará como reventó Napoleón.

Cuando supieron que Lonia cursaba la tercera clase en una escuela de Kiev, le hicieron un examen en regla: le obligaron a resolver un problema de multiplicación y división.

Todo el tiempo que Lonia tardó en resolver el problema se lo pasaron hablando en voz baja y mirando sin cesar a la ventana: involuntariamente les parecía que, bajo el dominio de los alemanes, los chicos de las aldeas, no podían hablar de aritmética, y el papel donde Lonia resolvió el pro-

blema fue roto en fragmentos muy pequeños por una de las chicas, Pesha, de ojos negros, y arrojado después al horno.

A Lionia le improvisaron una cama en el suelo. Pero, a pesar del cansancio, no podía dormirse. El diálogo sobre la escuela le había emocionado. Recordaba Kiev, el cuarto de los juguetes; recordaba que el padre le había enseñado a jugar al ajedrez y, por las noches, solía ir a su habitación para echar con él una partida. Lionia posaba entonces de hombre superior, fruncía la nariz y, repitiendo la actitud del padre, se acariciaba la barbilla. El padre se reía y le daba jaque y mate. Simultáneamente se acordaba de otras cosas: de los incendios, de la muchacha muerta que habían visto en el campo, de la horca en la plaza del pueblecito judío, del zumbido de los aviones. Estos recuerdos se entrelazaban: tan pronto le parecía que no había habido escuela, ni compañeros, ni el cine de la calle Kreschatik, como que el padre se iba a acercar de un momento a otro a su camita, y le acariciaba el cabello, y una sensación de calma y de felicidad invadiría todo su cuerpo, pequeño y cansado. Para Lionia, su padre era un gran hombre. Con su certero instinto infantil calibraba la fuerza moral de su padre. Sentía el respeto con que le trataban sus compañeros militares; observaba cómo todos ellos, sentados a la mesa, se callaban y volvían la cabeza cuando se escuchaba la voz tranquila y pausada de su padre. Y este rapaz de once años, desamparado, que vagaba a la ventura entre las aldeas incendiadas, llenas de tropas del ejército alemán, en ofensiva, ni por un segundo modificó su idea: el padre seguía siendo tan fuerte y tan ponderado como le recordaba de los tiempos de paz. Y al recorrer los campos, al dormirse en el bosque o sobre el almiar de heno, pensaba

nítidamente que el padre iba a su encuentro, que el padre le buscaba. Se dormía ya; pero a sus oídos llegaba la débil voz de Vasili Karpovich, hablando con la dueña de la casa:

—Cuarenta y nueve aldeas he atravesado —decía el anciano—, y en todas ellas he visto un orden como no quiero ver más. Sin embargo, entre nosotros había gente que esperaba a los alemanes: habrá orden en el campo, decían. Pues bien: en una aldea ordenaron por edicto ordeñar las vacas dos veces al día; dos veces al día llegaban los soldados y se llevaban la leche, igual que si hubiesen dado las vacas en arriendo a los koljosianos, cuando las vacas les pertenecían a los koljosianos y sólo a ellos. En otra aldea ordenaron que todos los hombres entregasen sus botas: que anduvieran los koljosianos descalzos. En todas partes han impuesto a sus alcaldes. Y los alcaldes mandan a la gente a su capricho; pero ellos mismos no son dueños de nada: no duermen de miedo, también temen a los alemanes. La gente no sabe qué hacer: si haces una cosa así, está mal; si la haces de otra manera, tampoco está bien. “En lo que se refiere a la tierra —dice el alemán—, olvídense de eso.” En todas cuantas aldeas he recorrido no he oído cantar un solo gallo: no han dejado ninguno, a todos les han retorcido el pescuezo. A un viejo le fusilaron porque no hacía más que subirse al tejado y mirar hacia el Este para ver si venían los nuestros. Cuando estaba allí le disparó un alemán. “No hay por qué mirar al Este” —dijo—. Han clavado una infinidad de rótulos; pero nadie sabe lo que dicen en ellos. Y también unas flechas; en todas partes hay flechas indicadoras. Las mujeres se lamentaban: “Día y noche nos obligan a tener encendido el horno, todo el tiempo se lo pasan cociendo y friendo. Y charlan y charlan

en su idioma, las mujeres están enrabiadas, no entienden ni una sola palabra de lo que dicen. Todo lo hablan en su idioma y sólo repiten sin cesar, como unos imbéciles: "Matka, matka." No respetan ni a las mujeres ancianas; andan desnudos delante de ellas. Ni los gatos quieren quedarse en las casas donde hay alemanes -decían las mujeres-. Una vieja me contaba: "Es un mal muy grande que el gato se vaya de una casa; pero cuando están los alemanes, los gatos se escapan." El gato es un animal al que no hay manera de echar de una casa; ni con el fuego ni por la fuerza se le puede expulsar. En cambio, aquí huyen solos al huerto. Miraba yo todas estas cosas y pensaba para mí que aparentemente esto tiene aspecto de orden, pero que no es ningún orden, sino nuestra muerte. Cada uno tiene miedo a mirar a su vecino. En una aldea los alemanes congregaron a los mujiks y en ucraniano puro les explicaron: "A vosotros os oprimían los rusos y los judíos: he aquí a los enemigos de Ucrania." Los viejos, escucharon en silencio. Y cuando regresaban de la reunión se decían: "Esto ya lo hemos oído: todos nos ofendían; sólo los alemanes vinieron a hacernos el bien." Pero en una aldea reunieron a los mujiks para que construyesen un excusado con destino al general y les hicieron andar cuarenta kilómetros en busca de ladrillos, porque querían que todo se hiciera muy bien. Uno de los viejos me dijo: "Prefiero que me ahorquen; pero yo no haré nunca más un trabajo como aquél." La gente habla por todas partes en voz baja, no se miran a la cara unos a otros, no hay ninguna sinceridad. Tratan a la gente como al ganado de una granja koljosiana; tan pronto los cuentan, como los registran, como les hacen formar por estaturas o les hacen correr de un lado para otro.

Pronto empezarán a marcar a cada uno con un número y le colgarán del cuello un rótulo para distinguirlo...

Lionia se despertó y dijo inmediatamente:

— Abuelo, seguramente ya es hora de marchamos.

El viejo no respondió. Lionia miró en torno suyo: Vassili Karpovich no estaba en la casa; su alforja se hallaba sobre el banco. El chico preguntó: —¿Dónde está el abuelo?

La dueña de la casa, sentada junto a la ventana miraba a sus hijas que dormían aún. Sus mejillas estaban regadas por las lágrimas.

— Se lo llevaron los malditos, anoche se lo llevaron — dijo —. Hoy se llevaron al abuelo, mañana se llevarán a mis hijas. Estamos perdidos todos.

El chico dio un salto: —¿Quién se lo llevó, a dónde se lo llevaron? — preguntó entre sollozos.

— Ya puedes saber quién se lo llevó — respondió la dueña y empezó a insultar a los alemanes — ¡Que les salten los ojos que no vuelvan a ver a sus hijos, que termine con ellos el cólera, que se les sequen las manos y los pies!

Después dijo:

— No llores chico, no te echaremos; puedes quedarte con nosotros en la casa, nosotros cuidaremos de ti.

— No, no quiero quedarme — dijo Lionia.

— ¿Y a dónde vas a ir?

— Iré en busca de mi papá.

— Espérate, va a estar listo enseguida el samovar. Desayunarás con nosotros y después veremos adónde puedes ir.

A Lionia le dio miedo que la dueña no le dejara marcharse. Se levantó despacio y fue hacia la puerta.

— Pero ¿a dónde vas? — preguntó la dueña.

— Es un momento — respondió Lionia. Salió al patio, miró a la puerta y echó a correr. Corrió por la calle de la aldea, junto a los camiones de siete toneladas, cuyas altas bordas llegaban hasta los techos de paja; pasó rozando la cocina de campaña, donde el cocinero encendía el fuego; corrió cerca de los soldados rojos prisioneros de cara gris pálida, que estaban sentados descalzos, con las ropas sucias, detrás de las vallas de la caballeriza del koljós: corrió por entre las flechas indicadoras de color amarillo, donde había pintados en negro números y letras góticas. En su cabeza todo estaba confundido: le parecía que escapaba de la vieja dueña y de sus hijas, las dos muchachas que estuvieron resolviendo con él problemas aritméticos. La dueña — pensaba — tenía la intención de calentar el Samovar y de obligarle a estar bebiendo té desde la mañana hasta la noche en la casa hermética y aburrida. Corrió hasta el molino de viento y allí se detuvo. El camino se bifurcaba: una flecha amarilla apuntaba hacia la aldea, otra hacia una amplia carretera con huellas de automóviles y tanques. Lionia se dirigió hacia el bosque lejano por un angosto camino vecinal, que no indicaba ninguna flecha alemana. Hacía mucho que no se utilizaba este camino; al parecer desde la primavera no había pasado por él ningún carro campesino, y las huellas del último vehículo quedaron impresas sobre la tierra de arcilla endurecida. Una hora después llegó a la entrada del bosque. Tenía hambre y sed; el sol le había fatigado.

Una vez en el bosque sintió miedo: tan pronto le parecía que los alemanes le observaban, escondidos detrás de los árboles, como que se arrastraban por entre el matorral o

que venían hacia él negros jabalíes salvajes del parque zoológico, con sus largos colmillos y el belfo superior remangado. Estuvo tentado de gritar, de llamar; pero tuvo miedo a que le descubriesen y siguió andando en silencio. Después el terror y la desesperación fueron tan grandes, tan insoportablemente agudos, que empezó a chillar y a correr. Corrió sin reparar en el camino, hasta que notó que se ahogaba. Entonces se sentó, descansó un poco y luego siguió adelante. En estos momentos se sentía embargado por una inmensa y feliz convicción: le parecía que veía venir al padre con su amplio y pausado andar, que observaba atentamente el bosque y se acercaba más y más.

En un sitio encontró muchas bayas y se puso a juntarlas. Luego se acordó de un libro de cuentos donde se hablaba de los osos que suelen pasear por los calveros y arrancar frambuesas de los arbustos y se apresuró a internarse en el bosque.

De pronto, vio entre los árboles a un hombre. Se detuvo, pegándose a un grueso tronco y le observó. El hombre tenía un fusil en la mano y miraba hacia el sitio donde se había escondido el muchacho: por lo visto, había oído sus pasos. Lonia miraba, miraba: la espesa oscuridad le impedía ver bien al hombre. Un agudo grito de alegría resonó entre los árboles. El soldado rojo se echó el fusil a la cara; pero el chico corrió hacia él gritando:

— ¡Camarada!... ¡No dispare, soy yo, yo, yo!

Llegó en un brinco al soldado rojo y, llorando, se aferró a su guerrera con tanta energía que le blanquearon los dedos.

El soldado rojo le acarició los cabellos y, moviendo la cabeza, dijo:

—¿Dónde te has lastimado tanto los pies? Te sangran mucho... No te agarres tanto. ¿Acaso te obligo a volver al bosque? -El soldado suspiró y añadió: —Tal vez el mío anda vagando también como tú, solo, por los bosques. ¡Sí! Ya pueden los alemanes matarme dos veces, que no conseguirán nada, la tierra no me cubrirá mientras ellos manden aquí. ¡Resucitaré!

Poco después, Lonia se hallaba acostado en una cama hecha de ramas; le habían dado de comer y beber, le habían lavado los pies. Llevaba puesto un cinturón de soldado rojo, del que pendía una cartuchera con su revólver de hojalata. En torno suyo estaban sentados algunos jefes oyéndole hablar de los alemanes.

Se acercó Bogarev y todos se pusieron en pie.

—¿Qué tal aspirante? —preguntó Bogarev—. Pronto verás a tu papá. Probablemente mañana. Ustedes, camaradas, dejad descansar al viajero.

—¡Nada de descansar! —exclamó el chico—. Ahora voy a jugar al ajedrez con el capitán.

—¿Qué, camarada Rumiantsev, ha encontrado usted un nuevo contrincante? —preguntó Bogarev.

—Sí, hemos decidido jugar una partida —respondió Rumiantsev

Colocaron las piezas y Rumiantsev, meditabundo, clavó su mirada en el tablero. Así transcurrieron unos largos minutos.

—¿Porqué no hace usted la primera jugada? —preguntó el chico.

Rumiantsev se levantó bruscamente, hizo un ademán y se dirigió con rapidez hacia el bosque.

—No te ofendas, chico —dijo un sargento de artillería—; el capitán se ha acordado de su comisario, con el que siempre estaba jugando al ajedrez.

Rumiantsev se alejaba sin volver la cabeza y balbuceaba:

—Nunca jamás volveremos a jugar ya al ajedrez, Sergio, nunca jamás...

XIX

El campamento parecía inactivo. Pero quizá Bogarev no se había cansado en toda su vida tanto como en estos días de preparación de la rotura de la defensa alemana. Se pasaba las noches casi enteramente sin dormir. Sus pensamientos y su voluntad estaban tensos, hasta el máximo. Y esta tensión de su voluntad contagiaba a todos los jefes y soldados rojos, les dotaba de una elevada moral. Bogarev conversaba frecuentemente con los soldados; los mandos instruían a las tropas; entre las distintas secciones se había establecido una buena comunicación telefónica; el radista captaba cada mañana el parte de la Oficina de Información Soviética que luego era copiado a máquina en numerosos ejemplares y repartido por uno de los enlaces en una moto capturada al enemigo, entre los combatientes emplazados en el bosque. De madrugada varios destacamentos pequeños salían en servicio de exploración, observaban a los alemanes, reconocían el movimiento de sus tropas y convoyes. Los combatientes limpiaron sus uniformes completamente; se implantó una disciplina severa. Por no saludar se castigaba estrictamente, los partes tenían que ser dados de acuerdo con el reglamento, cualquier

infracción era reprimida: Los hombres menos fogueados, los más tímidos se fueron habituando al cumplimiento de operaciones peligrosas: a ellos se les encomendaba la lucha contra los enlaces y motoristas alemanes, la captura de enlaces, la destrucción de los camiones aislados. La primera vez se les envió acompañados de exploradores veteranos; luego empezó a mandárseles solos para que actuasen en la medida de sus fuerzas y por iniciativa propia. Cada tarde Bogarev conferenciaba con los mandos, y su seguridad en la victoria futura, su fe basada en la dura experiencia de las grandes dificultades vencidas durante los primeros meses de la guerra, contagiaba a la gente.

—Lo que me da rabia por encima de todo —dijo una tarde Rumiantsev— es la insistencia de los alemanes en su frase “guerra relámpago” y su ridícula fijación de plazos: treinta y cinco días para ocupar Moscú, setenta días para terminar la guerra, cuando nosotros cada mañana, involuntariamente, al despertarnos echamos la cuenta al revés: “Ya hace cincuenta y tres días que combatimos; ya hace sesenta y un días, sesenta y dos, después setenta y uno”. Seguro que ellos están diciendo entre sí: “¡Qué lástima! Si no es en setenta días tendrá que ser en ciento setenta”. Como si la disputa fuese por el calendario.

—Precisamente, es por el calendario, —opinó Bogarev—. La experiencia de casi todas las guerras sostenidas por Alemania demuestra que no puede ganar una guerra larga. Basta mirar el mapa para comprender por qué los alemanes hablan tanto de su guerra relámpago. La guerra relámpago significa para ellos el triunfo, mientras que una guerra larga sólo puede acarrearles la derrota.

Bogarev miró a los jefes y siguió:

— Camaradas: hoy debe regresar el soldado que marchó al Estado Mayor del Ejército a través de la línea del frente. Me parece que mañana emprenderemos la operación.

Cuando se quedó solo con Rumiantsev, los dos se tumbaron sobre la hierba y volvieron a estudiar el mapa. El servicio de reconocimiento, que no se interrumpía ni de día ni de noche, les había suministrado muchos datos interesantes: Rumiantsev determinó sin equivocarse el punto débil de la línea alemana.

— Aquí, — dijo — podremos pasar a través del bosque. En esta parte tenemos posibilidad, primero, de concentrarnos y luego de cruzar el bosque hasta el mismo río. En general, estimo que si actuamos de noche, lograremos pasar a la orilla donde están los nuestros sin un solo disparo, esto es, inadvertidamente.

— ¡Eso sí que es genial! — exclamó sorprendido, Bogarev —. ¿Cómo es posible que usted, camarada Rumiantsev, un excelente militar soviético, un artillero culto e inteligente, conciba tal herejía?

— ¿Qué herejía? — preguntó Rumiantsev con extrañeza. Le aseguro a usted que de noche podemos pasar sin ser vistos. Aquí el enemigo es poco numeroso y está muy disperso: yo mismo he reconocido personalmente ese lugar.

— ¡Pues ahí está, precisamente, la herejía!

— ¿Dónde, camarada comisario?

— ¡Ahí, que diantre! Una unidad regular está en la retaguardia enemiga y usted propone que se deslice de noche sin disparar un solo tiro. ¿Perder una ocasión tan ventajosa? ¡Nunca! No buscaremos el punto donde el enemigo es débil.

Elegiremos la parte en que tiene concentrado más material, le atacaremos desde la retaguardia, le derrotaremos y, después de asestarle pérdidas, nos reuniremos, triunfantes, a los nuestros. ¡No puede ocurrir de otro modo!

Rumiantsev se quedó mirando largo rato a Bogarev.

— ¡Perdóneme — dijo —; pero usted es un hombre magnífico! ¡Lo juro por Dios! ¡Pensar en el aspecto que presentaba la compañía que trajo al bosque Mishanski y el que tiene ahora la gente mandada por usted! ¡Parece que estamos en un campamento modelo como en las maniobras ante el Comisario de Defensa! ¡Usted camarada comisario, es una gran fuerza! Tiene usted razón: ¿Por qué deslizamos si podemos golpear?

— No tiene importancia — pronunció pensativo Bogarev —. En la guerra, el instinto de conservación gasta, a veces, bromas muy pesadas a los hombres. Pero hay que recordar en todo momento que estamos empeñados en una guerra a vida o muerte, que las trincheras se cavan para disparar desde ellas y no para esconderse, que hay que guarecerse en las zanjas con la única finalidad de conservar la vida para el ataque decisivo y terrible, que puede comenzar dentro de una hora. Pero hay gente que empieza a creer en ciertos momentos que los blindajes se construyen para esconderse y solamente para eso. Lo que yo le digo, mi pensamiento filosófico, puede ser expresado sencilla y concretamente así — añadió Bogarev —: Estamos en un bosque, a retaguardia del enemigo para atacarle por sorpresa y no para buscar refugio entre los árboles. ¿Es así?

— Sí, únicamente así.

El teniente Klenovkin llegó hasta Bogarev.

— Camarada comisario, permítame dirigirme a usted
— dijo y, como de costumbre, consultó su reloj —: tenemos un visitante.

— ¿Quién? — preguntó Bogarev mirando hacia el militar que se hallaba junto a Klenovkin. Y, de repente, exclamó con alegría:

— ¡Pero si es el camarada Koslov, el famoso jefe de nuestra compañía de reconocimiento!

— ¡El teniente Koslov viene a presentarse a usted enviado por el jefe del regimiento ciento once, comandante Mertsalov! — se nombró con una voz exageradamente solemne Koslov, y sus ojos astutos se reían como el día en que se conocieron. — No tanto “ha venido” como se ha arrastrado sobre la barriga — rectificó Rumiantsev.

Koslov tomó asiento junto a Bogarev y le transmitió detalladamente el plan de un golpe conjunto que había elaborado Mertsalov. Punto por punto describió la compleja operación que se planeaba. Tanto la hora de la concentración y del ataque como el sistema de señales para la acción combinada estaban previstos hasta el último detalle. Señaló el punto donde actuarían los tanques soviéticos, desde qué parte abrirían su fuego la artillería y los morteros; refirió cómo sería cortado el camino donde los alemanes deberían mover sus reservas y cómo batiría la artillería divisionaria los caminos probables del repliegue alemán. Después de entregar a Bogarev un reloj de oro, el teniente dijo:

— El camarada Mertsalov me ha pedido que le entregue a usted este reloj, él tiene otro de níquel: los dos están controlados hasta la máxima precisión.

Bogarev tomó el reloj y lo examinó minuciosamente;

luego consultó su reloj de pulsera y vio que atrasaba cuatro minutos.

— ¡Está bien! — aprobó —. Por lo visto no en balde le dije muchas cosas antipáticas a Mertsalov —. Se rió luego y pensó para su interior: “Acaso se las dije sin necesidad. He aquí el gran misterio”.

— Usted tomará el mando del batallón de infantería — ordenó a Koslov — y usted, camarada Rumiantsev, en cuanto oscurezca, tendrá que ponerse en marcha. No es fácil para los cañones pesados moverse en medio del bosque.

— El camino está ya preparado: en algunas partes hemos talado los árboles. En otros sitios están listas las fajinas — respondió Rumiantsev, que siempre tenía todo a punto.

— Bien — asintió Bogarev —. Lo único malo es que no tenemos qué fumar. ¿Usted no tiene cigarrillos, camarada Koslov?

— Yo no fumo, camarada comisario — respondió Koslov con un acento de hombre culpable —. Usted me ejecutaría si hubiese oído cómo quiso convencerme Mertsalov que debía traer para ustedes un par de cajetillas y cómo yo me negué diciendo: “Seguro que tienen tabaco, seguro”.

— ¡Bien hombre! Y nosotros aquí, fumando alfalfa — dijo enfadado Rumiantsev.

— ¡Si, nos ha hecho usted un flaco servicio... — asintió Bogarev —. ¿Y qué cigarrillos nos quería mandar Mertsalov?

— Unas cajetillas azules con montañas blancas y un jinete; me parece que “Kasbek” o algo por el estilo.

— ¡Claro, “Kasbek”! — exclamó Bogarev. — ¿Qué le parece, camarada Rumiantsev?

— Se ve que no nos acompaña la suerte — sonrió Bogarev —. Estoy cierto de que tú eres el único jefe de explora-

dores del ejército que no fuma. ¡Y el destino nos ha ligado contigo!

— En fin, camaradas, márchense, que tienen mucho que hacer — les despidió Bogarev.

Koslov, apenas se alejó unos pasos, preguntó en voz baja:

— ¿Qué le ha pasado a Mishanski? Rumiantsev le refirió todo.

— ¡Feo asunto! — dijo pensativo, Koslov —. Conozco a Mishanski ya desde hace mucho, desde el tiempo de paz. Antes era obrero. No gozó nunca de demasiadas simpatías, por su optimismo oficial. Sólo sabía gritar: “Hurra”. Estaba siempre dispuesto a decir que al enemigo se le podía tomar con las manos vacías. Pero las cosas llegaron a los hechos y en el acto se acobardó.

— Es completamente natural — respondió Rumiantsev —: quiere decirse que su optimismo era falso. Y como dice el comisario ahora se ha convertido en su antípoda.

— ¿Y qué tal el comisario? — preguntó Koslov.

— ¡Oh! El comisario es una fortaleza — contestó Rumiantsev y suspiró —. Sabrás que Sergio Nevtulov ya no vive. Le mataron.

— Lo sé — dijo Koslov —; era un buen chico. Cayó el pobre...

Poco después sabían los soldados que debían prepararse para la operación nocturna. Comenzaron los preparativos. Los rostros de la gente, como siempre de alguna empresa seria, tenían una expresión concentrada y pensativa. En la semioscuridad del follaje y del crepúsculo, parecían más morenos, más delgados y viriles.

Los hombres se habían acostumbrado a este bosque, que era para ellos como una casa familiar. Todo les parecía muy cercano: los troncos de los árboles, bajo cuya sombra sostenían largos diálogos, las zanjas tapizadas de musgo, donde era agradable y dulce dormir, el crujir de las ramas secas, el susurro de la fronda, el alerta de los centinelas situados más allá de los nogales, los macizos de frambuesas, los calveros llenos de setas, el picoteo del pájaro carpintero, el canto del cuco. A la mañana los combatientes no estarían ya en este bosque. A muchos les esperaba hallar la muerte a la salida del sol en el campo de batalla.

—Toma esta tabaquera hasta mañana: si me matan quédate con ella, es tan bonita que me daría lástima que se perdiese —dijo un combatiente a su paisano—; es de goma y cabe en ella paquete y medio de “majorka”, no se estropea con la humedad.

—También a mí pueden matarme —dijo, ofendido, el otro.

—Es que tú eres sanitario, mientras que yo iré en las primeras filas. Mis posibilidades son mayores.

—Bueno dámela. Me servirá de recuerdo tuyo.

—Pero mira: si quedo con vida, me la devolverás. Te la entrego ante testigos. Todos los soldados que estaban alrededor suyo, se echaron a reír.

—¡Ay, qué ganas de fumar! —suspiraron, al mismo tiempo, varias voces.

Bogarev recorría los grupos, escuchando las conversaciones; luego seguía adelante, oía de nuevo a los combatientes. Y la conciencia severa y tranquila de la fuerza popular, dispuesta a entablar un combate a muerte, le embargó por completo. El registraba y sentía esta fuerza.

El sol poniente, abriéndose paso entre los troncos de los árboles, iluminó por un instante las caras tostadas de los soldados, los bruñidos cañones de los fusiles, resbaló sobre los cuerpos de bronce de los cartuchos que distribuía el jefe de municionamiento, iluminó los blancos vendajes de los heridos. Y de, pronto, como si surgiera precisamente de este sol crepuscular, empezó a oírse una canción. Cantaba Ignatiev. Una voz le hizo coro, después otra, luego una cuarta. No se veía a la gente que entonaba la canción; por eso parecía que era el mismo bosque quien cantaba, melancólico, majestuoso...

El soldado rojo Rodimtsev se acercó a Bogarev.

—Camarada comisario, he sido delegado por los combatientes —dijo tendiendo a Bogarev una petaca de tela roja, con pequeñas cruces verdes bordadas.

—¿Qué es eso? —preguntó Bogarev.

—Los combatientes decidieron entre sí —dijo Rodimtsev— que, puesto que todos sufrimos aquí por la falta de tabaco, se podía reunir un poco para que, por lo menos, fumase nuestro comisario.

—¡No, no, gracias! —contestó Bogarev con emoción—. Es su último tabaco. No lo aceptaré. Yo mismo soy fumador y sé lo que supone eso.

Rodimtsev insistió calmosamente.

—Camarada comisario, los combatientes lo hacen con sinceridad, de todo corazón. Se ofenderán.

Bogarev miró el rostro serio y solemne de Rodimtsev y tomó silenciosamente la ligera petaca.

—Es muy poco tabaco —siguió Rodimtsev—... Apenas si hemos podido juntar menos de medio vaso entre todos.

Precisamente en el camión donde venía el tabaco cayó una bomba incendiaria; los alemanes supieron lanzarla contra el punto más delicado... Por eso se dijeron los combatientes: nuestro querido comisario se pasa las noches sin dormir, estudiando el mapa. A él le hace más falta el tabaco que a nadie.

Bogarev quiso dar las gracias a Rodimtsev; pero sintió, de pronto que la emoción le ahogaba la garganta. Por vez primera desde que había comenzado la guerra, a sus ojos asomaron las lágrimas.

La canción triste y lánguida se oía cada vez más fuerte, como si la atizasen las rojas llamas del sol crepuscular.

XX

Mertsalov se despertó mucho antes del amanecer. En la oscuridad brillaba sobre la mesa del refugio la blanca olla de aluminio; en la misma mesa había un mapa, sujeto en sus extremos por dos granadas de mano para que no se enrollase el papel nuevo y tirante. Mirando el mapa, Mertsalov sonrió. Lo había traído ayer el jefe del Estado Mayor desde la sección topográfica del Ejército y, al desenrollarlo, dijo solemnemente: —Camarada Mertsalov, en el mapa viejo hemos estado marcando todo el tiempo nuestra retirada. Aquí le traigo un mapa nuevo; mañana lo inauguraremos con un combate para la rotura del frente alemán. Quemaron el viejo mapa, sucio, gastado por los dobleces, el mapa que reflejaba en su papel marchito, blando como un trapo húmedo, todos los combates sangrientos de la retirada del Ejército Rojo. Este viejo mapa carbonizado había visto ya de todo. Sobre

este mapa se inclinó Mertsalov la madrugada del 22 de junio cuando los bombarderos fascistas cruzaron la frontera y aparecieron sobre los regimientos de artillería y de infantería que dormitaban; el mapa había visto lluvias y tormentas, le marchitó el sol de los mediodías ardientes de julio, le batió el aire en los vastos campos de Ucrania; por encima de las cabezas de los oficiales miraron el mapa los altos y viejos árboles de los bosques bielorrusos.

—No hay más remedio —dijo Mertsalov contemplando con disgusto la olla blanca—; habrá que pintarlas de verde. Si no, descubren a los combatientes: o el sol se refleja en ellas o son ellas las que brillan de noche —pensó.

Mertsalov sacó de debajo de la tarima su maletín y lo abrió. Salía de —él una mezcla de olores: queso, embutido, agua de colonia, jabón. Cada vez que abría el maletín. Mertsalov recordaba a su mujer que le preparó todas sus cosas el primer día de la agresión alemana. Mertsalov sacó una muda interior, un par de calcetines, unas “partiankas”. Encendió una vela y se afeitó. Luego salió fuera y miró en torno suyo.

Aún faltaba una hora para el amanecer; el oriente estaba tan oscuro y tan tranquilo como el oeste. Una bruma ancha y compacta flotaba sobre la tierra. La niebla, fría y oscura, se extendía entre los sauces y los cañaverales de la orilla del río. No era posible saber si el cielo, sereno e inmóvil como el ojo de un ciego, estaba nublado o claro.

Mertsalov se desnudó y, respirando ruidosamente, pasó sobre la arena fría y húmeda hacia el agua. Se escalofrió al sentir el agua helada en su cuerpo. Durante largo tiempo se enjabonó el cabello, el cuello, los oídos; se frotó el pecho

con la esponja; en torno suyo el agua oscura, nocturna, azulaba del jabón. Después de lavarse, se puso la muda limpia y volvió al refugio. Se sentó en la tarima, eligió un cuello almidonado y lo pegó al cuello de la guerrera. Luego se echó el resto de su agua de colonia en la palma de la mano, humedeció el rostro, se echó talco, guardó el talco sobrante en una cajita redonda. Después se frotó cuidadosamente el rostro con una toalla húmeda y comenzó a vestirse sin prisa: se puso los pantalones azules, una guerrera de entretiem po, el correa je nuevo. Invirtió mucho tiempo en limpiar sus botas: primero les quitó el polvo, luego les sacó brillo con un cepillo y un paño de lana. Cuando acabó de limpiar las botas volvió a lavarse las manos, se peinó el cabello húmedo, se puso de pie, revisó su revólver y lo enfundó, tomó la pistola de su maleta y la metió en el bolsillo, guardó la fotografía de su mujer e hija en un bolsillo de la guerrera.

— En regla —resumió, miró el reloj y despertó al jefe del Estado Mayor.

Comenzaba a amanecer. Un viento frío murmuraba en el cáñamo, como una red volante se extendía sobre el río, iba a paso ligero por el extenso campo, saltaba fácilmente sobre las trincheras y las zanjas antitanques, arremolinaba el polvo en los montículos que cubrían los blindajes, tiraba de los arbustos a través del campo contra las alambradas.

Apresuradamente se levantaba el sol en el cielo, como un viejo juez frío y desapasionado dispuesto a ocupar su alto sitio de costumbre sobre el enorme campo todavía en sombra. Las oscuras nubes nocturnas se calentaban, como fríos bloques de carbón, ardían con una llama sombría y deslucida de color amarillo. En este amanecer todo presa-

giaba lúgubrementemente el duro combate, la muerte de muchos hombres. Era una simple aurora otoñal. Un año antes, sobre esta misma tierra, en un amanecer exactamente igual, bostezaban de vez en cuando, unos pescadores aldeanos, y, para ellos, la tierra, el cielo, el sol, el viento, estaban llenos de paz, de dulzura, de belleza rural. Pero desde este verano todo parecía fúnebre: los pozos que en su oscuridad azul-verdosa, escondían un agua envenenada, y los haces de heno iluminados por la luna, y los manzanos y las blancas paredes de las casas aldeanas salpicadas por la sangre de los fusilados, y los senderos, y el viento que ululaba en los cables, y los nidos vacíos de las cigüeñas, y las huertas, y el alforfón encarnado: todo el maravilloso mundo de la tierra ucraniana, húmeda de sangre y salada de lágrimas...

El ataque comenzó a las cinco de la mañana. Los negros aviones de asalto pasaron sobre la infantería. Eran aparatos nuevos, recién llegados al frente. Volaban a poca altura y la infantería pudo ver bajo sus planos las bombas dispuestas a caer. Sobre las posiciones alemanas se levantaron columnas de humo, un estruendo sordo recorrió todo el amplio horizonte. Simultáneamente abrieron fuego las baterías de artillería regimental. El aire, poco antes vacío, y en cuyas alas corría únicamente el viento matinal, se llenó completamente de silbidos y del fragor de las explosiones; para el viento no quedaba sitio.

Mertsalov ardía en deseos de marchar al ataque con el primer batallón; pero se frenaba a sí mismo. En estos momentos sentía por vez primera dentro de sí toda la responsabilidad de su presencia en el Estado Mayor: "Verdaderamente, él tenía razón» -se enfadó Mertsalov recordando su

conversación de aquella noche con Bogarev. Le obsesionaba esta conversación como un tormento. Ahora pasaba y veía cuántos hilos del combate se concentraban en sus manos. Aunque cada jefe tenía su misión concreta desde la noche anterior y sabía perfectamente lo que debía hacer, aunque las peticiones de bombarderos, de cazas, de aviones de asalto habían sido elaboradas con exactitud, aunque el Mayor Sereguin jefe del batallón de tanques pesados, se pasó con Mertsalov más de una hora sobre el mapa, ya desde los primeros minutos del combate el enemigo comenzó a actuar enérgicamente y esto exigió en el acto una rápida y tensa dirección de todo el complejo y vibrante sistema.

Los aviones soviéticos habían efectuado ya dos incursiones sobre las primeras líneas del dispositivo alemán, y las trincheras y las casamatas estaban cubiertas de humo negro. Pero, cuando detrás de los tanques pesados, las unidades de infantería se lanzaron al ataque, los alemanes abrieron un poderoso fuego: disparaban todas las baterías de artillería y morteros, disparaban las piezas antitanques.

Los jefes de los batallones telefonearon a Mertsalov que la infantería se había tenido que echar cuerpo a tierra: el fuego enemigo era tan denso, que no se podía avanzar. Mertsalov se levantó, desabrochó la funda del revólver: había que levantar a la infantería y abrirse camino con ella hacia adelante fuera como fuera. Para el hombre que no conocía el miedo lo más sencillo era lanzarse al infierno del combate. Por un instante experimentó como una rabiosa desilusión: ¿acaso había preparado inútilmente durante tanto tiempo, con tanta minuciosidad, el combate de hoy? ¿Acaso había elaborado en vano por vez primera, con la escrupulosidad

de un profesor, todos los detalles del encuentro que se acercaba?

—No, camarada jefe del Estado Mayor —dijo, enfadado—: la guerra ha sido y es el arte de no tener miedo al enemigo y a la muerte. Hay que levantar la infantería.

Pero no se fue del Estado Mayor. Repiqueteó de nuevo un teléfono, después otro.

—Los golpes desde el aire influyen muy poco sobre el enemigo bien atrincherado, no le quitan su potencia de fuego —comunicó Kochetkov desde un teléfono—; los cañones y los morteros alemanes disparan ininterrumpidamente.

—Los tanques encuentran un fuego intenso de artillería, la infantería ha echado cuerpo a tierra; los tanques, de apartarse un poco, avanzarán solos, a dos les han averiado las orugas —informó después Sereguin—. En estas condiciones estimo inconveniente proseguir el avance.

Volvió a sonar el teléfono: el representante de las fuerzas aéreas pregunta sobre el efecto de los bombardeos y sobre si sería conveniente modificar el sistema de las incursiones porque, según informaban los pilotos, la infantería no avanzaba y la artillería enemiga conservaba su actividad. Al mismo tiempo llegó al Estado Mayor un teniente coronel que representaba a la dirección de la artillería: tenía que plantear varias cuestiones importantes que exigían solución inmediata.

Mertsalov encendió un cigarrillo, frunció las cejas, se sentó a la mesa.

—¿Repetimos los vuelos sobre la infantería? —preguntó el jefe del Estado Mayor.

—No —repuso Mertsalov.

—Ordenaremos otra vez a la infantería que avance; las secciones de vanguardia echaron cuerpo a tierra a unos trescientos metros del enemigo. Cien metros más se pueden vencer a saltos —propuso el jefe del Estado Mayor.

—No —le contestó otra vez Mertsalov.

Se había entregado tan profundamente a sus reflexiones sobre el mapa que ni advirtió la entrada en el Estado Mayor del comisario de la división, Cherednichenko. Tampoco el jefe del Estado Mayor reparó en él. El comisario de división tomó asiento en un rincón oscuro, junto a la tarima, donde de ordinario se sentaban los enlaces y, fumando su pipa, tranquilo y atento, escuchó los diálogos telefónicos, observó a Mertsalov y al jefe de su Estado Mayor.

Cherednichenko llegó hasta Mertsalov sin detenerse en el puesto de mando de Samarin. Quería llegar para el comienzo del ataque y, sabiendo que Samarin estaría sin falta en su sitio donde había de realizarse una operación seria, decidió coincidir con el jefe en la primera línea.

Mertsalov seguía contemplando el mapa, y su pensamiento, agudizado hasta el dolor físico, veía la batalla como un todo único, donde, lo mismo que en un variable campo magnético, unas veces surgían instantáneamente poderosas corrientes en tensión y otras veces cedían y se apagaban. Veía el eje de la defensa enemiga, el eje que destruía con su filo las corrientes alternas del ataque. Veía cómo los términos aislados se fundían uno sobre el otro de una manera puramente mecánica sin interferirse, lo mismo que oscilaciones de una misma onda larga que se reforzasen mutuamente. Su cerebro reproducía en una proyección dinámica los múltiples componentes de esta complicada bata-

lla. Medía la tenaz fuerza vital con el aullido de los aviones, con el estruendo de los tanques pesados, con la presión de fuego de las baterías ligeras y pesadas; sentía la energía potencial de las tropas de Bogarev que se encontraban en la retaguardia de enemigo. Como si en su interior se hubiera encendido una luz radiante y alegre, le llegó una solución extraordinariamente sencilla, matemáticamente irrecusable. Lo mismo le ocurre al matemático o al físico: en la primera fase de su investigación gravitan sobre él la complejidad y el peso de las contradicciones entre los diferentes elementos que descubre en un fenómeno sencillo y habitual en su exterior: difícilmente el sabio funde, suma, trata de obtener una ligazón mutua entre los términos contradictorios; se le escapan, tenaces, agudos, elásticos. Y, como un premio, por el duro trabajo del análisis, por el tenaz esfuerzo de la búsqueda, le llega una idea simple y clara, que elimina toda la complejidad y da la única solución justa y espléndida en su incontestable sencillez. Este proceso se llama creación. Un proceso semejante vivió Mertsalov al resolver el complejo problema que había surgido ante él. Nunca, probablemente, había sentido tal agitación y tal alegría. Expuso su plan al jefe del Estado Mayor.

—Pero está en contradicción... —y el jefe del Estado Mayor enumeró todo lo que contradecía la proposición de Mertsalov.

—¿Y qué importa? —cortó Mertsalov—. Recuerde usted lo que decía Babadzhanian: “Hay una sola norma: la victoria”.

Meditó un instante más. Sí, a veces, para adoptar una decisión responsable orientándose por el mapa del Estado

Mayor, hacía falta más energía y más valor que para cualquier proeza en el campo de batalla. Pero Mertsalov encontró en sí mismo el valor necesario para adoptar esta decisión responsable. Sabía que el comandante ruso, en una situación difícil, buscaba la justificación y el desenlace arriesgándose personalmente a perder la vida. Si, después de la batalla, le exigían alguna responsabilidad, contestaba: "Cuando vi que las cosas iban mal me puse a la cabeza de todos. ¿Qué más podía hacer yo?" Pero Mertsalov sabía que este gran sacrificio no eliminaba en modo alguno la responsabilidad por el desenlace del combate.

La situación era ésta. Los golpes de la aviación no habían podido aplastar a la infantería alemana, bien protegida en sus trincheras. La artillería y los morteros alemanes impedían el avance de los tanques, desconectaban de ellos a la infantería que atacaba. Las secciones de infantería que habían logrado avanzar debilitadas y reducidas por el fuego de la artillería y de los morteros, se hallaban bajo las ametralladoras y los fusiles automáticos alemanes. Nuestra artillería, numéricamente superior a la alemana casi en dos veces, dispersaba su potencia haciendo fuego contra todo el dilatado frente de la primera línea de la defensa alemana. Mertsalov comprendió que de toda la capacidad de fuego de los aviones rusos, de la artillería, de los tanques y de la infantería, distribuida: por igual contra todos los elementos de la defensa alemana se dedicaban sólo una cuarta o quinta parte a la lucha contra los cañones y los morteros alemanes. Pero los cañones y los morteros era lo primero que había que quebrantar; en la lucha contra ellos residía precisamente, la clave del éxito en la primera etapa del ataque.

Y Mertsalov, sin levantar la voz, transmitió sus órdenes a la artillería regimental y al grupo divisionario que había sido agregado al regimiento, al batallón de tanques pesados, a la aviación de asalto, de bombardeo, de caza, para que, a petición del regimiento, bombardeasen y ametrallaran a los alemanes. Ordenó a la infantería un pequeño repliegue para concentrarse en abrigos seguros desde donde podrían descargar luego su golpe contra los lugares donde se hallaba emplazado el grueso de la artillería alemana. Mertsalov sabía que los alemanes, confiando en la potencia de sus cañones, tenían en esos sitios sólo insignificantes fuerzas de infantería, las imprescindibles para cubrirlos. Mertsalov sabía también que con toda la potencia de fuego artillero de que disponía era posible reducir fácilmente los cañones alemanes. Eligió para el ataque el sector más fuerte del frente alemán, porque comprendió que podía convertirle súbitamente del más sólido en el más débil y prepararlo para la rotura.

El Jefe del Estado Mayor no podía escuchar tranquilamente las órdenes de Mertsalov. ¡A la infantería, concentrarse contra las baterías de artillería y de morteros! ¡Replegarse sin combate!

—Camarada Mertsalov —insinuó—: ¿acaso es necesario que se repliegue la infantería?

—Hace treinta y cinco años que soy Mertsalov —repuso el jefe del regimiento.

—Camarada Mertsalov, hemos avanzado unos 800 metros, ¿acaso no debíamos fortificarnos allí?

—He dado una orden y no tengo intención de modificarla ni mucho menos.

—Luego le acusarán, usted lo sabe -previno en voz baja el jefe del Estado Mayor—; con lo severo que es Samarin... Ahora, en el mismo principio del ataque, y esto después de nuestro reciente repliegue tan poco feliz, está arriesgándolo usted todo a una sola carta.

—A esta sola carta quiero jugar —dijo sombríamente Mertsalov, indicando el mapa que había sobre la mesa—; deje usted de hablar de eso, Semion Guermoquénovich. No soy un chiquillo ni estoy bromeando.

A la entrada del refugio se oyeron unas voces. Mertsalov y el jefe del Estado Mayor se levantaron vivamente: hacia ellos venía el general mayor Samarin.

El general miró el rostro desconcertado del jefe del Estado Mayor y, después de saludarles con un movimiento de cabeza, preguntó:

—¿Qué tal? ¿Han roto ya el frente?

—No, camarada general mayor —contestó Mertsalov— aún no lo he roto pero lo romperé.

—¿Dónde están sus batallones? —preguntó Samarin.

Cuando se aproximaba al Estado Mayor del regimiento había visto a los tanques y a la infantería que se retiraban. Preguntó a un teniente quién había dado la orden del repliegue. “El jefe del regimiento, Héroe de la Unión Soviética, mayor Mertsalov” —contestó el teniente. La respuesta puso frenético a Samarin.

—¿Dónde están sus batallones, por qué se retiran? —preguntó con una voz imponente por lo tranquila.

—Se están replegando de modo planificado, por orden mía, camarada general mayor —explicó Mertsalov, y, de repente, vio que, cuadrándose, Samarin saludaba a un

militar que venía hacia ellos desde un oscuro rincón del refugio. Se fijó y entonces se cuadró él también: ante ellos estaba un miembro del Consejo Militar del frente.

—Salud, salud, Samarin, salud camaradas —dijo Cherednichenko—: entré en el puesto sin prevenirles, gracias al centinela que me dejó pasar. Hasta ahora, he estado sentado ahí en la tarima, viéndoles conducir la guerra.

“Es igual; tengo razón yo —pensó tenazmente Mertsalov—; ya lo demostraré”.

Cherednichenko miró al sombrío Samarin, al intranquilo jefe del Estado Mayor y luego dijo:

—¡Camarada, Mertsalov!

—A sus órdenes, camarada comisario de división.

Durante un momento el comisario de división miró directamente a los ojos de Mertsalov... Y en esta mirada, tranquila, un poco triste, Mertsalov sintió con alegría y con asombro que el comisario de división comprendía el importante y solemne momento de su vida militar que estaba viviendo el jefe del regimiento.

—Camarada Mertsalov —dijo lentamente el comisario de división—: Estoy contento, muy contento de usted. Dirige usted el combate excelentemente; no tengo la menor duda de que hoy alcanzará el éxito.

Miró, de paso, a Samarin y añadió:

—En nombre del mando le doy las gracias, comandante Mertsalov.

—Sirvo a la Unión Soviética —contestó el jefe del regimiento.

—¿Y qué, Samarin, nos vamos? —dijo Cherednichenko pasando un brazo sobre el hombro del general—.

Tengo que hablarle de algo. Y, además, hay que dejar a la gente que trabaje. Han llegado los jefes y todos están firmes con el trabajo que tienen. Que actúen.

Cuando salía del puesto de mando se aproximó a Mertsalov y le preguntó a media voz: —¿Cómo está su comisario, comandante? —y luego, sonriendo, agregó en voz todavía más baja —¿Usted discutió con él una vez? ¿Fue así? ¿Así efectivamente?- Y Mertsalov sintió como si Cheredni-chenko hubiese estado con ellos la noche del té y quisiera recordarle ahora la secreta ligazón, sólo para ellos comprensible, que existía entre aquella noche y el día de hoy.

XXI

El coronel Bruchmuller, jefe de la unidad alemana que se disponía a cruzar el río, recibió en su despacho al coronel Grün, representante del Estado Mayor General, que había llegado la noche anterior. La mañana en que comenzó el contragolpe inesperado de los rusos desayunaban y tomaban café en el Estado Mayor, instalado en un edificio escolar. Bruchmuller y Grün se conocían de antiguo, habían estado conversando hasta muy entrada la noche sobre asuntos militares e interiores.

Grün ocupaba en el frente un puesto mucho más elevado que el coronel; pero tenía con él bastantes atenciones. Bruchmuller era conocido en el ejército alemán como un jefe muy capaz, maestro en el arte de los combates artilleros. En una ocasión el coronel-general Brauchitsch dijo hablando de él: “Este Bruchmuller no lleva en vano su apellido”. Evidentemente, Brauchitsch se refería al famoso coronel del

mismo nombre que durante la guerra del 14 se hizo famoso por sus golpes en masa de artillería pesada en el frente occidental. Y el delgado Grün, olvidando el complicado sistema tradicional que existía en el ejército y que autorizaba a sostener diálogos de tipo particular sólo dentro del mismo círculo, habló francamente con el obeso y calvo coronel sobre el estado de ánimo de los altos oficiales del Estado Mayor y sobre las interioridades de la vida alemana. Sus relatos dolieron y amargaron bastante a Bruchmuller.

—Sí — asintió con una sencillez que chocó un poco a Grün — mientras nosotros hacemos aquí la guerra, allí ha empezado ya la discordia. Y en fin de cuentas, esta fronda y contra fronda en el generalato acabará echándolo a perder todo. Hay que decirlo claramente: Alemania es el ejército; el ejército de operaciones de Alemania. Nosotros y nadie más que nosotros debemos decidirlo y determinarlo todo.

—No — dijo Grün —; yo le hablaré a usted mañana de unas circunstancias, no menos importantes que los éxitos en el frente, que se vuelven cada día más complejas y más insoportables para los altos oficiales. Hay días en que la situación se hace, podríamos decir, paradójica.

Pero a la mañana siguiente no pudo seguir su conversación porque los rusos pasaron de pronto, a la ofensiva y, naturalmente, el interés de los dos coroneles fue embargado por los acontecimientos del día.

Los medios de transmisión y de enlace funcionaban excelentemente, y, sin moverse del Estado Mayor, Bruchmuller tenía un cuadro completo de la batalla que se estaba desarrollando: cada cinco o seis minutos la radio y el teléfono le daban los partes sobre la marcha del combate.

—Los rusos emplean frecuentemente la presión frontal, que distribuyen por partes iguales en toda la línea del frente. Ellos llaman a esto “golpear en la frente” —dijo Grün, mirando el mapa—, y, evidentemente; los mismos rusos se dan cuenta de la escasa eficacia de tal actividad. En sus órdenes aluden a ello con frecuencia. Pero las órdenes no pasan del papel. En esta táctica se manifiesta el carácter nacional de los rusos.

—¡Oh, el carácter! —dijo Bruchmuller—. Los rusos tienen un carácter extraño. Mire usted: en ningún combate he tenido hasta ahora oportunidad de desentrañar el carácter del jefe que lucha contra mí. Un carácter vago, nebuloso. No puedo captar qué le gusta, qué clase de armas prefiere. Pero declaro que esto no me divierte mucho: a mí no me gusta la niebla.

—De todas maneras, aquí no hay nada que esperar dijo Grün—; nosotros les hemos impuesto toda la complejidad de nuestra moderna guerra alemana. Aviones, tanques, descensos aéreos, maniobra, golpes combinados, la dinámica guerra trilateral.

—A propósito, en nuestro frente han aparecido, por parte de los rusos, considerable cantidad de tanques pesados y muchos aviones nuevos. Y tienen un efecto particular esas máquinas blindadas que los soldados llaman la “muerte negra”.

—Sí, pero es poco lo que pueden hacer, fíjese —opuso Grün y mostró el parte que acababa de copiar a máquina el escribiente.

Bruchmuller sonrió:

—Hay que reconocerlo francamente —dijo—: aquí todo está construido de tal modo que tanto usted como yo

nos hubiéramos desesperado al tropezar con el sistema de defensa de los rusos.

Y, recostándose con el robusto pecho sobre la mesa, comenzó a hablar apasionadamente sobre su sistema de fuego.

—Recuerda —dijo— un juguete infantil con que se distrae mi hijo: un anillo metido en otro y éste en un tercero, que se une a su vez con el primero. Adivine usted cómo se pueden separar los anillos. Romperlos es imposible porque son de acero. Y la clave está en que los anillos se rompen, precisamente, por el sitio donde parecen más sólidos y macizos.

El teléfono y la radio traían buenas noticias de los batallones, de las compañías, de las baterías: el ataque de los rusos iba decayendo.

—Me extraña cómo han podido avanzar 800 metros. No les puedo negar audacia -dijo Grün, encendiendo un cigarrillo, y preguntó:

—¿Cuándo piensa usted pasar el río?

—Dentro de tres días -contestó Bruchmuller—; ya tengo, la orden.

De repente se puso de buen humor y se atusó la barriga.

—¿Qué habría hecho con mi apetito en Alemania? Sin duda hubiese perecido. ¿Creerá usted que siento ya ganas de comer? Aquí lo tengo todo perfectamente organizado. Estoy combatiendo desde el 1 de septiembre de 1939 y ahora puedo trabajar en la cocina del mejor hotel internacional. Me he impuesto como regla comer los platos nacionales de los países donde combato. En la comida soy cosmopolita -dijo y miró a Grün. ¿Acaso un hombre flaco, que sólo be-

bía café puro y que había pedido como almuerzo un caldo con trozos de pan tostado y un poco de gallina cocida no grasienda podía interesarse por los temas culinarios? A lo mejor este amor a la comida sabrosa, un vicio que Bruchmuller reconocía en sí, le parecía desagradable a Grün. n.

Pero Grün. n le escuchaba sonriente: le hacía gracia la plástica disertación del coronel sobre la comida. Sería divertido e interesante hablar luego de ello en Berlín.

Y, entre risas, Bruchmuller siguió relatando:

—En Polonia yo comía “zrazi” y “fliaki”: son platos repugnantes pero endemoniadamente sabrosos, comía también “kliotski”, “knishki”, “mazurkas” dulces, bebía “starka”; en Francia, toda clase de “ragoúts”, legumbres, alcachofas finas y calientes, también bebí allá auténtico vino de los emperadores; en Grecia olía a ajo como una vieja vendedora del mercado y tenía miedo a abrasarme el vientre por la cantidad excesiva de pimienta. Y aquí, como lechoncillos, gansos, pavos y una cosa sabrosísima que se llama “vareniki”. Es una pasta blanca cocida, rellena de cerezas y de requesón con nata encima. Usted lo probará hoy sin falta.

—¡Ah, lo que es yo, no! —opuso, riéndose, Grün. n y levantó el brazo como para protegerse contra un peligro—; quiero ver de nuevo a Berlín, mis hijos, mi mujer...

Mientras tanto, el ayudante comunicó que los tanques rusos se retiraban cubriendo con su fuego el repliegue de la infantería, que la aviación rusa había dejado de aparecer sobre el dispositivo de la infantería, que la artillería de todos los calibres había suspendido el fuego.

—He aquí su famosa niebla —comentó Grün. n.

—No, no es eso —contestó Bruchmuller, frunciendo el entrecejo—. Conozco la tenacidad de Iván.

— ¿Sigue usted creyendo aún en la niebla? — preguntó alegremente Grün.

— Yo creo en nuestras armas — contestó Bruchmuller es posible que los rusos hayan renunciado y también es posible que no. Lo más verosímil es que no. Pero para mí, lo que tiene importancia no es eso, sino esto — y golpeó con la palma de su mano en el mapa.

Allí estaban marcados con gruesos trazos de lápiz Faber, entre el verde del bosque y el azul del agua, racimos de circulitos rojos que indicaban los emplazamientos de la artillería y los morteros alemanes.

— En esto es en lo que yo creo — repitió Bruchmuller. Pronunció estas palabras con intencionada lentitud. Y a Grün le pareció que Bruchmuller se refería no sólo a los esfuerzos militares de los rusos, sino también al tema de su conversación nocturna.

Quince minutos más tarde llegó por teléfono la noticia de que los rusos volvían a manifestar actividad.

Los primeros bombarderos descargaron sus golpes sobre las baterías de cañones pesados. Inmediatamente después llegó otra comunicación: los tanques pesados rusos tanteaban el dispositivo de los morteros de los batallones, habían vuelto a abrir fuego las piezas del 75. E inmediatamente después la voz tranquila del mayor Schwalbe informó que sus cañones del 105 se hallaban, bajo el fuego huracanado de la artillería pesada rusa.

Bruchmuller comprendió en el acto que los refuerzos de los rusos no estaban repartidos por igual todo a lo largo del frente: en ellos se notaba esta vez cierta dirección. Y sintió como el roce desagradable del filo de un arma que le tan-

teaba. Estaba tan intensamente ligado con sus tropas, hasta tal punto él se sentía también soldado, que esta sensación adquirió una realidad física e involuntariamente se pasó la mano por el pecho como para alejar el roce que le molestaba y deprimía. Pero la molesta sensación no sólo no desapareció, sino que se acentuó incluso.

Apenas se marcharon los bombarderos rusos cuando sobre los emplazamientos de la artillería aparecieron los cazas. Los jefes de las baterías comunicaron unos segundos después que no podían continuar el fuego: los servidores de las piezas se habían guarecido en los refugios.

—Continúen disparando a toda costa con la máxima intensidad —ordenó el coronel.

Se había crecido. No en vano llevaba el apellido de Bruchmuller. No en vano le conocían y respetaban en el ejército. Era un militar verdaderamente experto, decidido y hábil. Ya en la academia los profesores hablaban de él como de un representante de la auténtica oficialidad militar de Alemania.

Toda la gran máquina del Estado Mayor, bien organizada, cuidadosamente lubricada, dinámica hasta el extremo, parecía vibrar bajo el impulso de su voluntad y se puso inmediatamente en acción. Comenzaron a sonar los teléfonos, el ayudante y los oficiales inferiores iban rápidamente de la mesa de los radistas al despacho del coronel, verborreaban incesantes las emisoras de radio, los motoristas de enlace, después de tragar de una sentada un poco de aguardiente ruso, se ajustaban sus gorros de piloto y salían del patio del Estado Mayor, levantando polvo corrían velozmente por caminos y senderos.

Bruchmuller habló personalmente por teléfono con los jefes de las baterías.

En cuanto se marcharon los cazas rusos, aparecieron otra vez los bombarderos en picado sobre los emplazamientos de la artillería. Bruchmuller acabó de comprender: el jefe ruso se había planteado como objetivo romper y reducir sus principales medios de fuego. Pieza tras pieza iban siendo puestas fuera de combate. Dos baterías de morteros cayeron con sus servidores. Los rusos tanteaban sistemáticamente un emplazamiento tras otro.

Bruchmuller ordenó que entrase en combate un batallón que tenía de reserva; pero varios minutos más tarde le comunicaron que los negros aviones rusos de asalto habían atacado en vuelo rasante la columna de camiones cuando se aproximaba al frente y la regaron de bombas y de ráfagas de ametralladora. Bruchmuller ordenó que la gente abandonase los camiones y siguiera avanzando a pie. Pero también esto resultó imposible: los rusos abrieron fuego concentrado sobre la carretera y la hicieron prácticamente infranqueable.

De improviso recordó que hacía un año, estando en Francia, quiso presenciar una operación, extraordinariamente complicada, que debía realizar un profesor de fama mundial en cirugía del cerebro, llegado especialmente al frente para ese trabajo. El profesor introdujo en la nariz del paciente adormecido un extraño instrumento, fino y flexible, mitad aguja, mitad cuchilla: con sus dedos blancos y ágiles introducía este objeto brillante cada vez más profundamente en la nariz del enfermo. Le explicaron a Bruchmuller que el sitio herido estaba más allá del occipital y que el profesor podía llevar su instrumento flexible hasta el lugar

afectado entre la base del cráneo y el cerebro. A Bruchmuller le sorprendió esta operación. Y, ahora le parecía que el jefe que estaba combatiendo contra él tenía también un rostro tan agudo y tan atento, unos dedos tan rápidos como los del médico aquel que movía a tientas su instrumento acerado entre los preciosos nudos nerviosos y los hilos de los vasos ultrasensibles.

El coronel llamó, irritado, al ayudante:

— ¿Para qué está usted aquí? Usted es artillero, usted es un oficial, usted me comunicó personalmente la pérdida de tres jefes de baterías y la heroica muerte del mayor Shwalbe, mi mejor auxiliar en el combate. Su deber de militar le exige que usted mismo me pida que le destaque a la línea de fuego. ¿O cree usted que su deber militar se limita a los fusilamientos de ancianas y muchachos sospechosos de simpatizar con los guerrilleros?

— Señor coronel — dijo, ofendido, el ayudante; miró a Bruchmuller y luego agregó rápidamente — ...Señor coronel, tengo el honor de rogarle que me envíe a la línea de combate.

— Váyase — contestó Bruchmuller.

— ¿Qué pasa? — preguntó Grün.

— Pues pasa que el ruso de enfrente ha manifestado, por fin, su carácter — contestó Bruchmuller.

Volvió a inclinarse sobre el mapa. El adversario desarrollaba tranquilamente su juego. Ahora Bruchmuller le veía la cara. “La infantería de los rusos ha pasado al ataque en el sector de nuestros emplazamientos artilleros” — comunicó la cinta del telégrafo de campaña. En este instante entró corriendo un oficial y gritó:

— Señor coronel, la artillería pesada de los rusos nos bate desde la retaguardia.

—No, yo le sobrepasaré en este juego —dijo, convencido, Bruchmuller—. A mí no me gana.

El viento batía las ventanas abiertas, chirriaban las puertas, el viento movía el gran cuadro escolar colgado en la pared. La cabeza morena y velluda de un antepasado del hombre que había en el papel agitado por el viento, parecía comer algo con sus poderosas mandíbulas.

XXII

Los observadores de Rumiantsev estaban apostados muy cerca de los alemanes. El teniente Klenovkin, tendido entre los arbustos, veía cómo dos oficiales, después de salir del refugio subterráneo, bebían café, fumaban. Escuchaba sus palabras, veía como les informaba un telefonista, como uno de los dos oficiales, evidentemente el de mayor jerarquía, le ordenaba algo. Klenovkin miró con amargura su reloj: era una lástima que no hubiese aprendido el alemán a tiempo, ahora habría podido captar cada palabra del diálogo. Los cañones estaban en el lindero del bosque, a unos mil metros del sitio donde se hallaba tendido Klenovkin. Allí mismo se había concentrado la infantería. Los heridos habían sido también traídos más cerca: estaban acostados en camillas sobre camiones dispuestos para poder, en cualquier momento, romper marcha en pos de la infantería cuando se lanzase a la brecha abierta en la línea enemiga.

Para el telefonista Martinov, tendido al lado de Klenovkin, tenía especial interés el telefonista alemán. Al mismo tiempo le hacía gracia y le irritaba este alemán que desempeñaba el mismo trabajo que él.

— ¡Qué morro astuto! Se ve al borracho —susurró—; pero déjale nuestro aparato; verás como no lo entiende este alemán.

Una extraordinaria tensión se había apoderado de todos, comenzando por Klenovkin, tendido frente al blindaje alemán, y terminando por los heridos y el pequeño Lionia que aguardaban, en el bosque semioscuro, el principio del ataque. Todos oían el cañoneo, los disparos de los fusiles automáticos y de las ametralladoras, las explosiones de las bombas de aviación. Frecuentemente, sobre la cabeza de los soldados rojos pasaban aullando aviones con la estrella roja en los planos y viraban hacia las posiciones alemanas. A la gente le costaba esfuerzos ímprobos mantenerse en silencio, no hacer ningún ademán, no gritar cuando los aparatos descendían en picado sobre las trincheras alemanas.

Bogarev no estaba menos agitado que los demás. Veía que hasta Rumiantsev y el alegre e impávido Koslov se hallaban materialmente rendidos por la espera. Habían transcurrido las etapas, convenidas del horario para el ataque. Era más de la hora acordada para el golpe conjunto, y aún no se había dado la señal. Cuando creció el fragor del combate, los jefes suspendieron sus conversaciones: observaban, oían. Pero no les llamaba Mertsalov.

Extraordinario y extraño sonó este combate en los oídos de las tropas que se encontraban en la retaguardia de los alemanes. Todos los sonidos se mezclaban: las explosiones de los proyectiles eran rusas, las salvas artilleras llegaban de los alemanes, sobre la cabeza silbaba a veces, alguna bala perdida; se oía, con alarma especial, el tableteo de los fusiles automáticos, las ráfagas de las ametralladoras enemigas.

Toda esta mezcla poco habitual de sonidos agitaba también a los combatientes.

Los soldados rojos estaban echados entre los arbustos, detrás de los árboles, entre el alto cáñamo sin aplastar y escuchaban, la mirada fija en el claro aire matutino que sólo en raros sitios se oscurecía de humo y de polvo.

¡Qué hermosa era en estos minutos la tierra! Qué llenos de bondad les parecían a la gente sus ríos, sus montañas, sus cerros amarillos, sus pequeños barrancos tapizados de matorrales polvorientos, los claros forestales. Qué maravilloso olor venía de la tierra: un olor a hojas podridas, a polvo seco, a humedad de bosque, un olor a polvo humilde, a hongos, a bayas, a ramas marchitas. El viento traía del campo la fragancia tibia y triste de las flores mustias y de la hierba exhausta; en la penumbra del bosque, inesperadamente traspasada por la luz del sol, brilló de pronto como el arco iris, una telaraña humedecida por el rocío, y parecía que hubiera flotado un milagro de calma y de paz.

He aquí, de bruces sobre la tierra a Rodimtsev. ¿Duerme o qué? No; sus ojos miran atentamente la tierra, las pequeñas plantas de eglantina que haya su lado. Respira ruidosamente, bebe el aroma de la tierra. Mira con interés, con avidez, con respeto todo lo que ocurre en torno suyo: columnas de hormigas siguen un itinerario imperceptible para el ojo humano, arrastran hierbecillas secas, palitos. A lo mejor también ellas —piensa Rodimtsev— sostienen su guerra a muerte, y las columnas que se arrastran ahora son las hormigas movilizadas para la construcción de zanjas y fortificaciones. O es una hormiga rica que está construyendo una nueva casa, en cuyo caso los que se arrastran al trabajo son los carpinteros y los albañiles...

Es inmenso el mundo que ven sus ojos, que escuchan sus oídos, que entra con el aire por las ventanas de su nariz. Un metro de tierra en el lindero del bosque, una planta de eglantina. ¡Qué grande es este metro de tierra! ¡Qué espléndida es esta planta marchita! Por la tierra endurecida pasa, como un fino relámpago, una grieta, las hormigas atraviesan un puente en orden riguroso, una tras otra, al otro lado de la grieta aguardan pacientemente las hormigas que han venido a su encuentro. Una mariquita — una obesa mujer vestida de rojo — corre de un lado para otro en busca de un paso.

Aparecen los ojos brillantes de un ratón, se alza sobre sus patitas traseras y desaparece veloz entre la hierba. Empieza a soplar el viento y se dobla la hierba, se inclina cada una a su modo: una se tiende dócil y rápida sobre la tierra, otra vibra, resiste con su pálido y fino tallo que parece un gorrión. En un arbusto próximo se agitan las bayas amarillentas, un poco rojas cuando el sol las calienta como arcilla ardiente. Una telaraña, evidentemente abandonada hace ya mucho tiempo por su dueño, se mueve entre los embates del aire, en ella se enredaron hojas secas, trocitos de corteza, en un lugar se hundió bajo el peso de una bellota: parece una red tirada a la orilla después de la muerte del pescador.

Y cuánta tierra hay de ésta, cuántos bosques, qué inmensa cantidad de tierra donde alienta la vida. Cuántos paisajes más bellos que éste había en la vida de Rodimtsev, cuántas breves lluvias estivales, cuánto piar de pájaros, cuánto viento tibio, cuánta niebla nocturna. ¡Cuánto trabajo! Y qué gloriosas las horas cuando volvía del trabajo y su mujer le preguntaba con un hondo cariño: “¿Vas a comer?”. Y él comía puré de patatas con aceite y contemplaba a sus hijos,

contemplaba los brazos tostados de su mujer, en el apacible y sofocante calor de la isba. ¡Y cuánta vida de esta queda por delante! ¿Mucha? Todo puede terminarse ahora mismo, dentro de cinco minutos. Y centenares de soldados rojos están tendidos sobre la tierra entrañable igual que Rodimtsev: piensan, recuerdan, miran la tierra, los árboles, el césped, aspiran la fragancia del amanecer. No hay mejor tierra que ésta en el mundo.

Ignatiev dice, pensativo, a un camarada:

—Una vez escuché a dos tenientes de la defensa antiaérea que hablaban entre sí: “Arde la guerra y alrededor hay jardines, los pájaros siguen cantando parece que no tienen que ver con la batalla”. Yo pienso ahora sobre esto y me parece que no tenían razón: a los tenientes se les escapó lo esencial. Esta guerra abarca la vida entera. Toma, por ejemplo, los caballos. ¡Cuánto sufren! Me acuerdo de cuando estábamos acantonados en Rogachov: allí, en cuanto sonaba la señal de alarma, todos los perros bajaban a los sótanos. Descubrí a una perra que llevaba sus cachorros a una zanja que servía de refugio y que en cuanto terminaba la incursión volvía a sacarlos al aire libre. Y las aves, los gansos, las gallinas, los pavos, ¿acaso no sufren también bajo los alemanes? Y aquí, en torno nuestro, en el bosque, observo que los pájaros están como atemorizados, que cuando aparece un avión se levantan ruidosamente igual que una nube y empiezan a dar vueltas, piando, de un lado para otro. ¡Cuántos bosques perecieron! ¡Cuántos jardines! Lo veo bien ahora mismo: en el campo se combate también; nosotros, unos mil hombres, nos hemos tumbado aquí, y, debajo de nosotros toda la vida de las hormigas y de los mosquitos está revuelta. Y, si el ale-

mán lanzara gases y nosotros les respondiésemos adecuadamente, se acabaría de trastornar la vida en todos los bosques y campos: entonces la guerra alcanzaría a todos los ratones, a todos los erizos, comenzarían a asfixiarse la mariquita y los pájaros, ¿dónde podrían esconderse?

Se incorporó un poco y, mirando a los compañeros, dijo con serena tristeza:

— ¡Ay qué bien se está aquí, muchachos! Sólo en un día como éste se da uno cuenta: creo que me estaría tendido aquí sin aburrirme mil años. Es que uno respira.

Bogarev escuchaba el combate, de repente comenzó a ceder el ruido de las explosiones, los aviones soviéticos dejaron de volar sobre las líneas alemanas. ¿Acaso había sido rechazado el asalto? ¿Acaso no había podido Mertsalov romper la defensa de los alemanes para pasar luego con Bogarev al ataque general? La angustia oprimió el corazón de Bogarev. La idea de un posible fracaso de Mertsalov le era insoportable, le abrasaba pesadamente. No veía la luz del sol, le parecía que se había oscurecido el cielo azul, que se había hecho negro, no veía el extenso prado ante sus ojos, todo había desaparecido: los árboles y los campos. Sólo existía el odio a los alemanes.

Aquí, en el lindero del bosque, se representaba claramente la negra fuerza que venía arrastrándose por la tierra del pueblo. ¡La tierra del pueblo! En los sueños de Thomas Moro, en las utopías de Owen, en los raciocinios luminosos de los filósofos franceses, en las notas de los decembristas, en los artículos de Belinski y de Herzen, en las cartas, de Mijailov y Zheliabov, en las palabras del tejedor Alexeiev vivía la eterna angustia de la humanidad por la tierra de los igua-

les, por la tierra donde fuese anulada la eterna desigualdad entre los que trabajan y los que dan el trabajo. Miles y miles de revolucionarios rusos cayeron en la batalla por esta tierra. Bogarev les conocía como a hermanos mayores, conocía todo cuanto se había escrito sobre ellos, conocía sus últimas cartas, sus palabras en el minuto antes de la muerte, las cartas con que se despidieron de sus madres y de sus hijos, conocía sus diarios y sus conversaciones íntimas recogidas por amigos suyos cuando fueron puestos en libertad; conocía su itinerario hasta los trabajos forzados en Siberia, sus etapas, los sitios donde pernoctaron, las cárceles en que les cargaron de cadenas. Quería y respetaba a estos hombres como a sus familiares más cercanos, como si fuesen de su propia carne. Muchos de ellos eran obreros de Kiev, impresores de Minsk, sastres de Vilna, tejedores de Bielostok: ciudades que ahora usurpaban los fascistas.

Bogarev amaba esta tierra con toda su alma, esta tierra conquistada con las dificultades inauditas de la guerra civil, con las torturas del hambre. Amaba esta tierra, aunque fuese pobre aún, aunque trabajara duramente, aunque viviese con severas leyes.

Pasó lentamente entre los hombres recostados en la tierra. Se detuvo un instante, les dijo unas palabras y prosiguió su camino.

“Si dentro de una hora —pensó—. Mertsalov no da la señal, yo llevaré la gente al ataque, romperé la defensa alemana por mi cuenta... exactamente dentro de una hora”.

Después le dijo a Koslov:

—Mertsalov tiene que triunfar, tiene que ser así. Si no, yo no he visto ni comprendido nada en mi vida.

Al pasar entre los combatientes descubrió a Ignatiev hablando con Rodimtsev, se aproximó a ellos, se sentó en la hierba. Le parecía que en este momento los dos soldados tenían que hablar y pensar sobre lo mismo que él.

— ¿De qué hablan? — les preguntó.

— Divagamos sobre los mosquitos — dijo Ignatiev con una sonrisa de culpable...

“Naturalmente -reflexionó el comisario-. ¿Quizá en esta hora se puede pensar en cosas diferentes?”

Decenas de combatientes vieron al mismo tiempo la señal: unos cohetes rojos, que caían de las líneas rusas sobre las posiciones alemanas. Inmediatamente resonaron los cañones. Mil hombres contuvieron la respiración. El trueno de los obuses avisó a los alemanes que en su retaguardia había tropas rusas escondidas.

Bogarev echó una mirada rápida y alegre al campo. Apretó la mano a Koslov, que iba en el flanco derecho, y le dijo: “Querido amigo, confío en usted”. Luego respiró hondamente y gritó alargando sus palabras: “¡Conmigo, camaradas, adelante!”. Y ni un solo hombre se quedó tendido sobre la dulce y tibia tierra estival.

Bogarev corrió hacia adelante. Una sensación desconocida embargaba todo su ser: atraía tras de sí a los combatientes; pero también ellos, ligados con él en un todo eterno e indisoluble, le empujaban hacia las líneas alemanas. A sus espaldas sentía su respiración, el caliente y vivo latir de sus corazones. Era el pueblo que se lanzaba a la reconquista de la tierra. Bogarev oía el recio pisar de las botas: eran las pisadas de Rusia que marchaba al ataque. Se acercaban cada vez más y más rápidos; su “hurra”, lejano y tímido al principio,

fue creciendo, ensanchándose, reforzándose, robusteciéndose. Lo oyeron, a través del fragor del combate, los batallones de Mertsalov. Lo oyeron a lo lejos los vecinos de la aldea ocupada por el enemigo. Lo oyeron los pájaros desde el alto cielo. Bajo este grito triunfal se conmovió el aire y la tierra paralizó su aliento.

Los alemanes combatieron desesperadamente. Organizaron con rápida maestría la defensa circular, abrieron fuego de ametralladoras. Pero dos oleadas de infantería rusa iban la una al encuentro de la otra. Tanques de acero, empotrados en tierra, se incendiaron bajo el fuego ruso. Ardían los automóviles del Estado Mayor, se convertían en escombros los ricos convoyes repletos de bienes robados. ¿Sería posible que hasta hace poco tiempo muchos de estos hombres, cuando estaban todavía en el bosque, tuviesen miedo a pronunciar una palabra en voz alta? ¿Sería posible que antes escucharan inquietos los graznidos de los grajos creyendo que eran palabras en alemán? Los batallones de Mertsalov no escuchaban ya sólo el «hurra» que venía de la retaguardia alemana: veían también los rostros polvorientos de sus camaradas, rostros empapados en la espesa fatiga del combate; distinguían ya a los granaderos y a los tiradores, distinguían los emblemas de los artilleros, la estrella roja en la gorra del teniente Koslov. Pero los alemanes seguían resistiendo. Tal vez no era sólo la audacia lo que producía esta tenacidad. Tal vez la fe embriagadora en su invencibilidad no quería abandonar a los alemanes ni en el momento de su fracaso. Tal vez los soldados, hechos a vencer en el transcurso de 700 días, no podían comprender aún, no querían comprender que el día 701 se había convertido en el día de su derrota.

Pero se abrió por fin la brecha en la línea del frente. Allí se encontraron los primeros dos combatientes, allí se abrazaron y, en el estruendo del combate, se oyó una voz lastimera:

—¡Hermanito, un cigarrillo, que llevo una semana sin fumar!

Allí alzaron sus brazos los primeros ametralladores alemanes cercados, allí empezó a gritar un soldado con la cara cubierta de pecas: “¡Ruso, no dispaes!”, y arrojó rabiosamente contra la tierra su fusil automático. Allí pasaron, las cabezas gachas, los prisioneros con las guerreras recién desabrochadas en el ardor del combate, con los bolsillos vueltos del revés para demostrar que no tenían escondidas pistolas ni bombas de mano. Allí sacaron del estado mayor a los escribientes, a los telegrafistas, a los radistas. Allí unos combatientes de rostro severo contemplaron silenciosos el cadáver del coronel alemán que se había pegado un tiro. Allí los ojos vivaces de un joven comandante contaron los cañones y los fusiles automáticos, los camiones y los tanques abandonados por el enemigo en el campo de batalla.

—¿Dónde está el comisario? —se preguntaban los combatientes entre sí.

—¿Dónde está el comisario? —interrogó también Rumiantsev.

—¿Quién ha visto al comisario? —se interesó Koslov, secándose el sudor de la frente.

—El comisario ha estado todo el tiempo con nosotros —decían los combatientes—; el comisario estaba con nosotros.

—¿Dónde está el comisario? —preguntó Mertsalov, andando entre los esqueletos de los camiones, todo cubierto

de tierra, sucio, con la guerrera nueva atravesada por las balas y le respondían:

— El comisario salió delante, el comisario estaba con nosotros...

Por el campo de combate que iba apaciguándose ya, por el campo alumbrado implacablemente por el sol, entre los charcos de sangre que se coagulaba y se ennegrecía del calor, entre los tanques humeantes y ardientes, entre los camiones abrasados pasó un pequeño coche blindado de color verde. Del automóvil descendió Cherednichenko.

— Camarada miembro del Consejo Militar —le dijo Mertsalov—, allí, en aquel convoy que se acerca, viene su hijo. Bogarev lo ha sacado del cerco con su gente.

— ¿Mi Lonia? —exclamó Cherednichenko—. ¿Mi hijo?...

Miró a Mertsalov y Mertsalov no contestó nada, bajó los ojos. Cherednichenko quedó silencioso, mirando a lo lejos el polvo que levantaban los camiones al salir del bosque.

— ¡Mi hijo —repitió—, mi hijo!

Y, volviéndose a Mertsalov, le preguntó:

— ¿Dónde está el comisario?

Mertsalov seguía callado.

Una ráfaga de viento pasó sobre el campo. Desde allí donde aún crepitaban los incendios venían dos hombres. Todos les reconocieron. Eran el comisario Bogarev y el soldado rojo Ignatiev. La sangre corría por su ropa. Venían apoyándose el uno en el otro, venían pisando lentamente, pesadamente.

Vassili Grossman

Berdichev 1905 – Moscú 1964

Periodista y escritor soviético. Estudió en la Universidad Estatal de Moscú, en donde empezó a escribir historias cortas, algo que continuaría haciendo cuando, regresando a su Ucrania natal, empezó a trabajar de ingeniero en la región de Donbas. Tras dejar este trabajo se dedicó por completo a la escritura, siendo aceptado finalmente en 1937 en la Unión de Escritores. Durante la invasión nazi actuó como corresponsal de guerra, describiendo en sus artículos la limpieza étnica en Ucrania y Polonia y la liberación de los campos de concentración de Treblinka y Majdanek. Participó en el proyecto de *El libro negro*, organizado por el Comité Judío Anti-Fascista para documentar el Holocausto, proyecto que finalmente se canceló.

Su novela más importante es *Vida y destino*, en la que se relatan las atrocidades nazis y estalinistas durante la II Guerra Mundial. El libro fue prohibido y secuestrado por la KGB, pero en los años 80, ya muerto Grossman, se recuperó una copia del manuscrito y se pudo publicar.

Descarga todas nuestras publicaciones en:

www.brigadaparaleerenlibertad.com

Este libro se imprimió en la Ciudad de México en el
mes de junio del año 2015.

Distribución gratuita, cortesía de la
Rosa Luxemburg Stiftung y
Para Leer en Libertad A.C.

Queda prohibida su venta.
Todos los derechos reservados.

El pueblo es inmortal



Vassili Grossman publicó varias decenas de relatos cortos y algunas novelas largas. Tras el estallido de la segunda guerra mundial se convirtió en corresponsal de guerra para el Ejército Rojo. En el invierno de 1941, Grossman es enviado a cubrir los combates en Ucrania. Además de seguir elaborando sus crónicas, comienza a trabajar en su primera gran novela, *El pueblo es inmortal*, que será publicada por entregas, en el diario "Estrella Roja", en 1942. Sus relatos son reconocidos universalmente como los únicos capaces de retratar fielmente la realidad de la vida en el frente.

www.rosalux.org.mx
www.brigadaparaLeerenLibertad.com
[@BRIGADACULTURAL](https://twitter.com/BRIGADACULTURAL)



**ROSA
LUXEMBURG
STIFTUNG**



Esta publicación es financiada con recursos de la RLS con fondos del BMZ y Para Leer en Libertad A.C. Es de distribución gratuita.